FJM-Ens 2-Doc
Doce ensayos sobre el lenguaje /

1032476

Biblioteca FJM

DOCE ENSAYOS SOBRE EL LENGUAJE

FJM
Ens-2
Doc

DOCE ENSAYOS SOBRE EL LENGUAJE

Castro Cubells · Lázaro Carreter · López Aranguren · Lledó · Marías · Michelena · Ninyoles Monllor · Pinillos · Poyatos · Rodríguez Adrados · Trujillo Carreño · Ynduráin

Publicaciones de la FUNDACION JUAN MARCH

colección de ensayos

RIODUERO

Fundación Juan March (Madrid)

OTRAS PUBLICACIONES DE LA FUNDACION JUAN MARCH

COLECCION COMPENDIOS

La música española en el siglo XX, de D. Antonio Fernández-Cid.

Interacciones moleculares, de D. Angel Martín Municio.

COLECCION MONOGRAFIAS

Fermín Arteta *(La anticipación de un tecnócrata)*, de D. Julio Trenas.

La búsqueda de Dios en el Antiguo Testamento, de D. Olegario García de la Fuente.

Función social de la poesía, de D. Ricardo Molina.

La certeza del yo dubitante en la Filosofía prekantiana, de D. José María Arias Azpiazu.

Estudios médicos y biológicos, de los Dres. Rico Irles, Rodríguez Torres, Abadía-Fenoll, García García y Llorente Rodríguez.

El músculo cardíaco, del Dr. D. Francisco Torrent Guasp.

Especialización funcional y dominación en la España urbana, de D. Juan Díez Nicolás.

El haiku japonés, de D. Fernando Rodríguez-Izquierdo.

Ramón Pérez de Ayala, de D. Miguel Pérez Ferrero.

De Tono a Perich, de D. Iván Tubau.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

DOCE ENSAYOS SOBRE EL LENGUAJE

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

FJM. Ens 2-Doc

DOCE ENSAYOS SOBRE EL LENGUAJE

POR

CASTRO CUBELLS • LAZARO CARRETER • LOPEZ ARANGUREN • LLEDO • MARIAS • MICHELENA • NINYOLES MONLLOR • PINILLOS • POYATOS • RODRIGUEZ ADRADOS • TRUJILLO CARREÑO • YNDURAIN

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION JUAN MARCH
Colección Ensayos
RIODUERO
MADRID 1974

Fundación Juan March (Madrid)

La FUNDACIÓN JUAN MARCH no se solidariza necesariamente con la opinión de los autores cuyas obras publica.

Doscientos ejemplares de esta obra han sido donados por la FUNDACIÓN JUAN MARCH a centros culturales y docentes.

© Publicaciones de la Fundación Juan March. Madrid 1974
Depósito legal: M. 19571-1974
ISBN 84-7075-016-X
Impreso en España. Printed in Spain

Fundación Juan March (Madrid)

Il faut beaucoup de philosophie pour savoir observer une fois ce qu'on voit toujours.

ROUSSEAU

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

I N D I C E

Págs.

PRÓLOGO 11

Consideración fenomenológica del lenguaje cristiano, por CARLOS CASTRO CUBELLS 13

Consideraciones sobre la lengua literaria, por FERNANDO LÁZARO CARRETER 33

Etica del lenguaje, por JOSÉ LUIS LÓPEZ ARANGUREN 49

Universales lingüísticos y sociedad, por EMILIO LLEDÓ IÑIGO ... 61

Sociología del lenguaje, por RAFAEL LLUIS NINYOLES 79

Karl Bühler y la teoría del lenguaje, por JULIÁN MARÍAS 97

Las lenguas y la política, por LUIS MICHELENA ALLISALT 117

Comunicación, lenguaje y pensamiento, por JOSÉ LUIS PINILLOS DÍAZ 139

Del paralenguaje a la comunicación total, por FERNANDO POYATOS. 157

Las clasificaciones lingüísticas, por FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS. 173

El lenguaje de la técnica, por RAMÓN TRUJILLO CARREÑO 195

Para una función lúdica en el lenguaje, por FRANCISCO YNDURÁIN HERNÁNDEZ 213

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

PROLOGO

Este libro recoge los distintos *Ensayos* que sobre el tema general del *Lenguaje* han ido apareciendo en el *Boletín Informativo* de la Fundación Juan March a lo largo de 1973, de igual manera que se hizo anteriormente con los trabajos relativos a la Ciencia, aparecidos a lo largo de 1972 y publicados luego bajo el título de *Once Ensayos sobre la Ciencia* en el volumen con que se inició la nueva colección «Ensayos» de la Fundación.

Se pretende con ello recabar la colaboración de algunos especialistas para examinar desde distintos ángulos un fenómeno científico, cultural o social de singular relevancia en nuestro tiempo. Primero fue la Ciencia, ahora es el Lenguaje y más adelante serán el Arte y otros temas los que atraen la atención de estos Ensayos.

Como se advertirá, los aspectos considerados en esta obra conjunta, deliberadamente heterogénea, son diversos y en algún modo complementarios, aunque no se haya buscado una sistematización previa.

Sin embargo, quizás pueda llamarse la atención hacia dos grupos de Ensayos de talante distinto, aunque la línea de demarcación no siempre sea nítida.

De un lado están los trabajos de Lázaro Carreter, Emilio Lledó, Rodríguez Adrados, Ramón Trujillo y Francisco Ynduráin, todos ellos autoridades reconocidas en el campo de la lingüística y la literatura, quienes tratan cuestiones y aspectos más estrictamente lingüísticos: consideraciones sobre la lengua literaria, universales lingüísticos y sociedad, las clasificaciones lingüísticas, el lenguaje de la técnica y la función lúdica del lenguaje. A ellos se une el estudio de Julián Marías sobre la significación de Bühler para la teoría del lenguaje.

De otro lado, el ensayo de Fernando Poyatos sobre el paralenguaje, al analizar el lenguaje en el contexto más amplio de

Fundación Juan March (Madrid)

los gestos y otros signos convencionales que se orientan a la comunicación total, da paso a una serie de trabajos de ARANGUREN, CARLOS CASTRO, MICHELENA, PINILLOS y NINYOLES, que toman en consideración el fenómeno humano del lenguaje desde distintas perspectivas: la ética, la fenomenología religiosa, la política, la psicología y la sociología.

La Fundación agradece a todos los autores su colaboración en este empeño de reflexión sobre preocupaciones actuales acerca del lenguaje. Todos los trabajos son, a fin de cuenta, eco de estudios e investigaciones profesionales en unos dominios culturales de primerísimo orden por cuanto afectan con total cercanía al ser personal y social del hombre.

LA FUNDACIÓN

Fundación Juan March (Madrid)

CONSIDERACION FENOMENOLOGICA DEL LENGUAJE CRISTIANO

Por Carlos Castro Cubells

Profesor de fenomenología de la religión en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

CONSIDERACION FENOMENOLOGICA DEL LENGUAJE CRISTIANO *

I. Las fuentes

Partamos de un hecho sencillo e incontestable: los cristianos hablan. No solamente hablan hoy, sino que han hablado siempre, desde que existen. Preguntémonos ahora por las fuentes de ese hablar de los cristianos. Intentemos buscar los motivos desencadenantes que produjeron un lenguaje que es el de los cristianos.

Para ello hemos de recurrir a una rememoración histórica, aunque no será más que la imprescindible alusión. La historia comienza con el pueblo de Israel que hablaba y escribía y tenía una tradición que versaba sobre el destino de un pueblo, su quehacer en la historia, el origen del pueblo mismo y hasta el confín del origen del hombre. Hablaba también del modo de vivir, de su dependencia de un Dios de Alianza y de Promesa. Tenía toda una visión del mundo, de la vida y se encontraba en una situación peculiar: estar a la espera de un Día y de un Acontecimiento.

En un momento determinado, unos hombres israelitas comienzan a hablar de otra manera, realizando una inflexión importante en el modo de hablar tradicional. ¿Qué es lo que habían hecho estos hombres? Sencillamente, una «interpretación». La interpretación consistía en una nueva lectura de la tradición, que se apoya ahora en una Persona. Así comenzó un nuevo hablar que habría de llamarse el «hablar cristiano».

---

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.22 p.503-514.

Fundación Juan March (Madrid)

Pero como el hablar no es una realidad desarraigada, sino el fruto o expresión de una experiencia existencial, es decir, el acto característico del ente que tiene como modo peculiar de ser el comprender, ese hablar nuevo nos remite a una experiencia nueva sin la cual el lenguaje no tendría sentido.

El hablar cristiano nace de la experiencia de unos hombres que se encuentran a Jesús. Esta experiencia consiste en que toda la Palabra anterior, que resonaba a Promesa, a futuro y a destino, se concreta en la Persona de Jesús. Desde esta persona se «interpreta» ahora la Palabra antigua conservada. Pero el hablar cristiano no sería lo que fue si no viniese a añadirse otra nota: la persona de Jesús realiza y cumple el sentido de la Palabra antigua y la lanza hacia otro nuevo porvenir.

El segundo momento del hablar cristiano está en que la Palabra hecha carne es, a su vez, narrada por los que tomaron contacto con ella. Y así ya tenemos a los cristianos «hablando». En su hablar nos ofrecen aún otra novedad: su hablar tiene la capacidad de transmitir, no sólo un contenido de noticia, sino que hace algo más. No se trata tan sólo de una comunicación del *Sachverhalt* en forma gramatical a través de unas funciones lingüísticas con sus fonemas, morfemas, palabras y frases, sino que esa su locución hace presente la experiencia que ellos tuvieron al tomar contacto con la Palabra hecha carne.

Si esto se olvida, no se puede captar el fenómeno cristiano. El hablar cristiano, en tanto que cristiano, nos remite a la experiencia de la «interpretación» de la Palabra judaica por y en la persona de Jesús. Y esa interpretación es cumplimiento, es plenitud y es transformación. Es, sobre todo, una irrupción de la realidad transmundana en el mundo. Se podrá aceptar o no el contenido, pero no se puede de ningún modo falsear el fenómeno. Lo dicho es más que la captación fenomenológica del hablar cristiano analizado en sí mismo, respetado en sí mismo.

Fundación Juan March (Madrid)

Ahora podemos decir que la esencia del hablar cristiano es la narración. Y narración con la peculiaridad presencializadora que hemos señalado.

Los momentos subsiguientes del hablar cristiano se desprenden con una lógica incontestable. Si la narración tiene la fuerza presencializante que hemos visto, los cristianos no tienen más remedio que hablar contando, narrando, y así desencadenan la misma experiencia que tuvieron los primeros. El lenguaje tiene ya fuerza cultural, capacidad de comunicación con la realidad transmundana y acuña una conducta precisa y clara.

Aquí comienza la «historia de la lengua de los cristianos». Los cristianos son «lectores» de la palabra antigua a través de la interpretación «Jesús», que es una Persona que, una vez desaparecida de la historia, permanece presente por la Palabra (narración de sus obras y dichos).

El hablar cristiano tiene, pues, una continuidad narrativa que, aunque en algunos aspectos (esenciales) se cierra, en otros se abre. Esa persona presente y que es Palabra, que tiene la pretensión de hablar sin palabras, porque es extraña a todo contexto, va a transcurrir en el contexto circunstancial del medio común de comunicación que es el hablar.

El cristiano entra en una nueva situación lingüística, que es la de explicitar constantemente (históricamente) su primera experiencia ante una Persona, Jesús de Nazaret.

Esta Persona, Jesús, ha dejado un «testamento» cuyas cláusulas, desde el punto de vista del lenguaje, no son afirmativas. Mejor dicho, cuya única cláusula es una interrogación: *Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?* (Mc 8,29 y paralelos). Y toda la cuestión del hablar cristiano no será otra cosa que responder, con las palabras apropiadas históricamente, a esta interpelación. Ser cristiano equivale, desde el punto de vista de la locución, a «decir» que Jesús es la «interpretación» realizada del lenguaje judaico. Y esto a través de palabras como *Mesías, Hijo de Dios, Hijo del hombre, el Cristo, el Señor,* etc.

Fundación Juan March (Madrid)

Hemos dicho que el lenguaje cristiano tiene una historia. En efecto, la formada por las distintas respuestas modales a esa pregunta. Así nace el lenguaje, notificador de la predicación; el lenguaje cultural, que es el presencializante de manera peculiar; el lenguaje de la aclaración argumentativa, que es el teológico; el lenguaje del diálogo con el Padre a través de Jesús, que es la plegaria, etc. Estas son las fuentes del hablar cristiano.

II. La estructura

Si somos fieles al método que seguimos y que hemos apuntado, no podemos decir nada de la estructura del hablar de los cristianos que no sea la descripción fenomenológica de ese hablar. Para responder a la pregunta de en qué consiste el lenguaje cristiano, no haremos otra cosa que considerarlo como un fenómeno en todos sus aspectos. Al menos intentarlo.

Unos hombres se encuentran a Jesús y tienen una vivencia. Pasan los años y se decanta en ellos la comprensión de esa vivencia, para, por último, dar testimonio de ella. ¿Qué hacen? Simplemente narran. Veamos cómo. Jesús es, para ellos, un «fenómeno» o algo que se manifiesta. Y la experiencia que tienen es (lo sabemos por sus narraciones) un proceso que va desde el puro y tosco momento del «tropezar con», al estelar momento de «captar su sentido». En esto, el encontrarse con Jesús no se diferencia en nada de cualquier otra vivencia de fenómeno. La diferencia estará en el «contenido» de lo que se manifiesta. Vamos por partes.

Comencemos por el momento en que «algo» se me aparece. En este caso fue Jesús que aparece (física y temporalmente) a unos hombres. *Maestro, ¿dónde habitas?* (Jn 1,38). Ante ellos, pues, hay «algo» que se aparece o manifiesta, y el hecho supone, por lo pronto, tres cosas: primera, que hay allí algo; segunda, que se está mostrando (subrayemos el palpitar del

Fundación Juan March (Madrid)

«estarse mostrando»); tercera, que se constituye en algo para el que se encuentra por el hecho mismo de mostrarse. Este es el palpitar que había de subrayar.

En la más pura ortodoxia fenomenológica, hemos de decir que el hecho de mostrarse concierne tanto a lo que se muestra como al que se muestra. (Van der Leeuw y Mircea Eliade han explanado esto con todo detalle, apoyados, ni que decir tiene, en Husserl. Véase también las sugerencias de Ricoeur y cómo relaciona todo esto con Heidegger.)

Aquellos israelitas que se encuentran con Jesús tienen la experiencia «fenomenal» de entrar en relación con lo que se les manifiesta y situarse de modo nuevo al captar el sentido, no sólo de lo que se les manifiesta, sino de la relación que queda establecida. Para esta relación tienen que recurrir a palabras, porque habrán de contar lo «que les pasó».

Jesús cumple, como algo que se aparece, todos los requisitos para poner en marcha una relación, y lo que nos cuentan luego los apóstoles (algunos de ellos) es la peculiaridad de la relación. Como en todo fenómeno, hay algo que está relativamente escondido. En este caso, que Jesús es el Mesías (u otro de los nombres usados). Pero esto escondido se va manifestando lenta y progresivamente. En el caso de Jesús y los apóstoles es nada menos que la situación de trato, que consiste en el peculiar trato amistoso de unos años y su decantación en el recuerdo tiempo después. Y eso, Jesús, que está escondido relativamente, también es relativamente transparente. Hay momentos de especial transparencia, pero en el caso concreto de Jesús y los apóstoles tiene que buscarse en la lengua otra palabra: *transfiguración*. Esta palabra indica y alude al contenido peculiar al que nos remite.

Nosotros debemos interpretar esa palabra desde el contexto fenoménico en que se dio. La transfiguración es un supuesto, el decisivo para que «algo» tenga sentido superando y asumiendo el simple «encontrarse con». Y Jesús al transfigurarse manifiesta el sentido de lo que es: el Hijo del Padre. Hay que

Fundación Juan March (Madrid)

ponerse allí en el momento en que se dio la experiencia, y, más aún, en el momento en que esta experiencia es narrada.

Para no abandonar la terminología lingüística, podemos decir que nosotros hemos de saber «leer» en el texto lo que «leyeron» los apóstoles (Pedro, Santiago y Juan) en el aparecerse, en el acontecimiento. Y sabemos por la narración que no «leyeron bien», pero que más tarde «escribieron bien». Esto quiere decir que no leyeron a tiempo todo lo que se les manifestaba y luego pudieron establecer el puente de la comprehensión de su vivencia. Esta comprehensión también es peculiar y tiene que recibir otro nombre en el hablar de los cristianos: la iluminación del Espíritu Santo.

No podemos extendernos en más detalles. Con lo apuntado basta para lo que vamos buscando. Pero habrá que decir que donde todo este proceso de «fenómeno de Jesús» adquiere su punto culminante es en la Resurrección. Lo que vamos buscando es que el hecho de manifestarse Jesús tiene un contenido peculiar: se aparece como el Ungido, el Cristo, el Resucitado. Esto desencadena un hablar que da razón de la experiencia y da razón de la esperanza. Y, desde el punto de vista del lenguaje, crea un testimonio hablado o escrito que es la narración.

Toda experiencia desencadena la narración debido a que el relato no es otra cosa que comunicarnos a nosotros mismos y los demás, en intento, nuestra propia vivencia comprendida. Cosa nada fácil, siempre malograda en parte y, en el caso de la manifestación de lo transmundano, todavía más difícil. Pero no hay otra salida que la de la narración.

Así se nos aparece (a su vez como fenómeno) la estructura del hablar cristiano: es contar con plenitud de sentido el encuentro con Jesús de Nazaret, que ha producido una vivencia captada, consistente en descubrir (porque estaba cubierta) la esencia divina, misteriosa, misiva, redentiva y escatológica a la vez que histórica, de aquello que se aparece, y a lo que se le pregunta: *¿Dónde habitas?*

Fundación Juan March (Madrid)

Dentro de esta estructura, los contenidos tienen que ser denominados por palabras (o antiguas, con nuevo sentido, o nuevas). Estas palabras son estaciones de tránsito en el itinerario de la comprensión. Esta comprensión es un proceso que cada uno ha de seguir, por su parte, y que, hegelianamente hablando, sería la formación del concepto a base de la constante autonegación desesperada. Por ello tuvieron que recordar más de una vez los discípulos aquello de: *Quien pierde su vida la encontrará.*

III. Las tensiones

El hablar cristiano como fenómeno es un proceso lento y doloroso para poder dar testimonio del contenido de una manifestación, de una experiencia. Necesitábamos otra palabra, y vino: es la fe en la Revelación que se da en Cristo. Al comienzo del Apocalipsis se habla de *la Revelación de Jesucristo.* Podemos considerar esta expresión de dos maneras: o bien entenderla como que Jesucristo «revela algo», el Padre, o bien como que Jesucristo se revela tal como es en su misteriosidad.

La fe en Jesucristo consistiría, en ese caso, en haberlo vivido como el «fenómeno», en parte encubierto y en parte descubriéndose, en el que se le capta como Enviado. Contar esto es escribir las narraciones evangélicas, y... seguir este proceso con todas sus estaciones de tránsito es «poder leer los evangelios en sí mismos». Poderlos captar como fenómenos que dan el peculiar sentido cuya pretensión tienen.

La primera tensión que todo relato impone consiste en que no puede ser criticado ni analizado, sino que tiene que ser «revivido». El lector ha de ponerse en el mismo punto de partida y recorrer todas las estaciones que conducen a la «manifestación». Aquí aparece una ley de interpretación que frecuentemente se olvida. El lector ha de «soportar» el relato y la fatiga del caminar que impone.

Fundación Juan March (Madrid)

Solamente después de recorrer el sendero de vivencias a través de sus testimonios y solamente después de una «identificación» con ellas es posible el captar el fenómeno con su sentido, con su intencionalidad. Con otras palabras, solamente en esa fidelidad de lectura se presenta el tal fenómeno como tal y no como otra cosa u otro fenómeno de otra cosa.

Si el mostrarse, como dijimos, concierne tanto a lo que se muestra como al que se muestra, y ya no es un simple objeto que «yo veo» ni es tampoco algo que yo proyecto, si no es algo recubierto por mi vista ni mi vida de sujeto (Van der Leeuw), es que estamos en una nueva situación. Mejor: estamos en la comprehensión de una situación. Esta situación es situación de sentido. Para el cristiano fue situación de fe, cuya descripción fenomenológica más elocuente está en el *Permaneced en mi amor,* expresión que supera y asume el posible dualismo ingenuo y nos lleva a la comunión.

La tensión mayor se nos va a presentar inmediatamente, y será cuando el fenómeno, o la invitación a que llegue a serlo, no sea ya la persona histórica de Jesús, sino la narración de la vivencia, es decir, los evangelios.

Aquí es donde se pone a prueba la eficiencia de la narración misma. Y aquí es donde tuvo que surgir la hermenéutica. Hemos visto que el cristiano ha hablado. Por primera vez su hablar fue el escribir los evangelios, que no fueron otra cosa que hablar, dar testimonio de la vivencia. Mas nuestro hablar hoy es el hablar sobre la vivencia que desencadena la narración. Por eso son difíciles (no por el tiempo, etc.). Porque nuestro contacto con la narración la pone a prueba. Pero no olvidemos que nos pone a prueba a nosotros también.

Este «poner a prueba» no es un contraste con nuestra razón ni con nuestra crítica histórica, de las fuentes o de las formas. Todo esto no son más que manifestaciones particulares de la «prueba» de fondo: estar ante una narración en cuanto tal. Este estar ante la narración implica y complica el ser capaces o no de «reescribir» la narración evangélica. Pero,

Fundación Juan March (Madrid)

al decir ser capaces, se significa, en este caso, el que «nos sea dado» el «estar en la narración».

Si queremos seguir hablando cristianamente, no podemos prescindir del hecho fundamental y «supuesto» de que la peculiar narración que nos ocupa sólo se puede captar en la fe, en la vida del Espíritu. Si esta narración no nos manifiesta un contenido peculiar, si nivelamos el relato presencializante como si se tratara de cualquier otro relato, en ese mismo momento se ha dejado de oír y ha dejado de resonar el hablar cristiano.

Aquí surge la gran cuestión que puede orientar sobre el punto, tan repetido hoy, de «crisis del lenguaje» religioso o cristiano. ¿En qué medida es «soportable» la narración evangélica? Como los lingüistas nos dicen, Pedro no puede comunicar a Pablo más que un juicio que Pablo pueda soportar. También la psicología profunda nos informa sobre lo mismo. Y esto no lleva a considerar la narración misma, y la narración evangélica en particular, como originante de tensión. La tensión que comienza por la «atención» y termina con la inmersión en el relato.

Hay una especie de lucha entre el narrador y el lector (oyente), que consiste en que el relato va dando el sentido de la vivencia y no deja otro camino hacia la fuente de la vicencia sino el signo mismo narrativo. En esa lucha, el lector u oyente puede evadirse y decir: *Otro día te escucharemos* (Act 17,32). También puede eludir el contenido vivencial por lejanía buscada o espontánea con respecto al significante. Puede el oyente quedarse enredado en los significantes y cargarlos de «sin-sentido» o de «contra-sentido».

Me atrevería a llamar creyente al que puede «soportar» los lenguajes cristianos de diversos tiempos con la misma serenidad. Serenidad y humor, margen de reserva y margen de confianza, literalidad y transliteralidad. Es creyente porque «soporta» la contradicción que la narración evangélica lleva siempre en su seno. El creyente, anclado en la riqueza alusiva

Fundación Juan March (Madrid)

del signo, supera y asume los momentos distintos de expresión y capta la narración entera como una gran metáfora o alusión que le lleva a lo aludido, que es, en primer término, la vivencia del narrador o invitación al oyente mismo.

No cabe duda de que el cristiano moderno tiene grandes dificultades para adoptar esta actitud ante la narración. Apoyado extraordinariamente en lo argumentativo, lo más que soporta de la narración es su aspecto (tan endeble) «explicativo». No llega a lo ilustrativo. Nos es muy difícil a los occidentales de hoy aclararnos automáticamente la metáfora, como algunos primitivos hacían con humor y profundidad al decir: «Valiente, pero no león; bueno, pero no padre».

La tensión de la validez de un lenguaje (el narrativo bíblico) nos viene de que no sabemos automáticamente hacer esta contratransposición. Esto ha motivado un uso argumentativo de la narración bíblica. Por ello se le ha exigido que corrobore nuestra argumentación o bien se la ha condenado como inválida.

El lenguaje cristiano hoy está pretendiendo lo siguiente: responder a la pregunta *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*, desde la experiencia interna y externa de la mundanidad. Se le exige a la «imagen» que un lejano relato (y una tradición histórica) dejó en nosotros que «aparezca», que se muestre en la experiencia del mundo. No se «soporta» que Jesús sea un «fenómeno» inundatorio; es decir, que, como un aerolito, desvele el «más allá» que es el «más acá» hecho concepto, hecho realidad con sentido, y peculiar sentido, revelado.

El lenguaje cristiano está en crisis. Esto es cierto. Pero hay que ver qué es esa crisis.

IV. La crisis

La crisis actual del lenguaje religioso no puede reducirse a la del mecanismo inmediato del lenguaje mismo, como si este lenguaje fuera sólo un instrumento más o menos adecua-

Fundación Juan March (Madrid)

do. El lenguaje es expresión de un proceso, y aún más, es el proceso mismo en su desarrollo. Por eso abordar el tema del lenguaje rebasa, con mucho, el mero estudio de la letra o de la frase. El análisis del lenguaje no nos puede dar, por sí mismo, la autenticidad o inautenticidad de una experiencia religiosa. Para conseguir este tipo de valoración última hay que desbordar los límites epistemológicos de la investigación. Lo mismo sucede con la fenomenología. Pero en este campo el fenomenólogo lo sabe, y trata de ser fiel a este principio.

El creyente tiene conciencia de que su lenguaje es incomprensible y queda desprovisto de significación para los que no son creyentes. No sé si habrá llegado la hora de decir con más claridad que la crisis del lenguaje religioso se debe en gran medida al intento de muchos para conseguir que el lenguaje religioso, cristiano, deje de serlo en favor de una mayor «inteligibilidad». El lenguaje religioso no puede nunca aspirar a una transparencia semejante al de otros lenguajes. Si todo lenguaje es inteligible para todos los que posean su «clave» (lenguaje matemático, artístico, musical, científico), el religioso carece de clave que afecte al entendimiento o a la pura convención, pues lo que analógicamente nada más podría llamarse su «clave» es una peculiar experiencia que sólo se vislumbra en el lenguaje mismo. Este es el *quid* simbólico de lo religioso, sobre lo que se ha meditado aún poco, como señalaba hace ya años Paul Tillich.

Los problemas hermenéuticos que el lenguaje cristiano entraña son también, como el cristianismo mismo, *sui generis,* y no pueden ser nivelados. Creo que se puede afirmar que también la crisis es peculiar, y debe ser abordada desde los fondos que desencadena la manifestación y no desde la manifestación misma, como si fuera ésta una realidad autónoma.

La crisis cristiana del lenguaje, su insatisfactoria realidad, su situación de tanteo, no hace otra cosa que «manifestar» la problemática de las vivencias. Son éstas las que se encuentran en situación «revisionista». Pero junto con este descubrimiento

Fundación Juan March (Madrid)

hay que señalar que la crisis de vivencias, o su problematización, tiene una estructura que está por encima (es independiente) del mecanismo mismo del lenguaje.

Si esto no lo aceptamos, es que hemos rechazado todo el gran descubrimiento de los historiadores de las religiones, que nos hicieron ver que el «fenómeno religioso» constituye una esfera peculiar tanto existencial como noética.

La crisis del lenguaje cristiano consiste en la pérdida de vigencia de expresiones que en otro tiempo la tuvieron y la aparición de nuevas que galvanizan y acuñan actitudes. En el paso de las unas a las otras está la crisis. Pero, insistimos, esta inflexión de lenguaje no es otra cosa que la manifestación expresiva de transmutación de las vivencias. No se puede pretender que lo que les pasa a los cristianos es simplemente que buscan «decir lo de siempre con otras palabras». El lenguaje es algo más que «cuestión de palabras».

El lenguaje cristiano fue en su origen narrativo, como hemos visto. Fue narrativo por necesidad interna de su mensaje, y continúa siéndolo más o menos disfrazadamente. Ahora bien, la narración tiene sus supuestos, que son los que hoy parecen haber fallado. Ha fallado la actitud de disponibilidad ante la narración. Y ha fallado no hoy, sino en el momento en que se acentuó la necesidad imperiosa de «demostrar» la «verdad» de la narración. Cuando se quiso pasar de la narración a la «historia».

El hombre occidental «necesita» no que la narración sea históricamente válida, sino que quiere justificarla previamente como historia para que luego pueda ser narración. Y esto es muy grave. Es grave porque significa que la vivencia de la fe del narrador desaparece de la consideración del oyente. La fuerza interna de la narración la daba, en sus primeros momentos, la fe testimonial del narrante (es igual que sea un apóstol o la comunidad).

Esta es la constante encarnación de la palabra, que da como resultado la Iglesia. Pero de esta situación se pasa a que la

Fundación Juan March (Madrid)

fuerza de la narración sea la «verdad histórica», y esta verdad histórica se «prueba» por la autoridad de la definición canónica. Con ello, el lector, el oyente, se queda sin la patencia del símbolo, o ha de recurrir al símbolo segundo de la «autoridad».

Esta autoridad, con el correr del tiempo, se apoya cada vez más en la «verdad histórica», tratando de aclararlo todo, de fundamentarlo todo, con sus consecuencias de intelectualización. En este proceso, tantas veces ya señalado, no hay el menor «error». Aquí, la Iglesia, la autoridad, no se han equivocado. La jerarquía y el magisterio, al decir esto, ha dicho una gran verdad. Pero lo que ha sucedido con ello es que ha llamado la atención de manera casi exclusiva sobre un aspecto y se ha perdido la fuerza de la narración como tal.

Los cristianos, a partir de ese momento, están muy habituados a «aceptar» la narración por la autoridad, pero de un modo muy particular. La autoridad es aceptada no por sí misma, sino porque se «supone» que tiene todos los argumentos de «verdad histórica», aunque no se haga patente esto a todos. La autoridad de la jerarquía no es creída y aceptada plenamente, sino simplemente se confía en ella. Y se confía porque hay motivos para creer que ella «lo sabe históricamente todo». La jerarquía, apoyada en esta «confianza», estaba condenada de antemano a ser criticada, «contestada» y rechazada en cuanto esta actitud de los fieles desapareciese, como era lógico que sucediese.

La jerarquía había quedado reducida a una condición empobrecida, como lo demuestra esta expresión del lenguaje: «No me preguntéis, porque soy ignorante; doctores tiene la santa madre Iglesia que os sabrán responder». Es decir, que la Iglesia desterraba la posibilidad de un «silencio de los doctores» o excluía que lo que debían hacer los doctores era «narrar» los misterios en misterio y símbolo, por sí mismos reveladores. Lo que ha venido después estaba más que previsto desde la fenomenología y la historia de las religiones.

Fundación Juan March (Madrid)

El creyente por su parte, en esta nueva situación de «verdad histórica», aceptaba, sin darse cuenta, dos verdades: la autoridad y la narración que se había convertido en «historia» no conocida por él, pero garantizada por la autoridad. Luego, al descubrir que la historia no era historia y que la autoridad no «sabía tanto como parecía», el creyente se encuentra sin confianza en la autoridad, sin credibilidad para la «historia», y, como consecuencia, sin lenguaje.

Los creyentes no están ejercitados como oidores de narración, y una de las causas de la depauperación del lenguaje cristiano está ahí. Desde una narración simbólica no saben hacer los necesarios traslados (sin artificialidad) a sus experiencias vitales; pero, tocados todavía por la actitud nivelada de la narración, después de rechazar a la autoridad, siguen haciendo lo mismo que ella, es decir, buscan «de otro modo» justificar, «probar» con la narración convertida en historia (aquí convertida en doctrina de «liberación del mundo»), sus actitudes políticas, sociales, etc. Para ello no hacen sino continuar un camino abierto por la autoridad en pasados tiempos: pedir en préstamo otros métodos (los de la reflexión racional) para acercarse a la Escritura. Aunque sea entre paréntesis, hemos de decir que en estos tiempos, en que tanto (y tan injustamente) se critica a la jerarquía, sin embargo, nunca se la ha imitado tanto en este punto. La única diferencia está en que los creyentes se han erigido individualmente o en grupos, en jerarquía, para hacer por sí mismos lo que antes se les daba hecho: interpretar racional o históricamente la narración, nivelándola. La jerarquía «clásica» la convirtió en historia; los impugnadores de hoy la han convertido en respaldo y doctrina de las opciones temporales. En ambos casos, la narración ha dejado de ser un símbolo de salvación que se capta en la experiencia del narrador.

Los lenguajes cristianos de hoy son confusos, insatisfactorios por esto. La narración, considerada en su entraña simbólica, es nada menos que la manifestación de la constante encar-

Fundación Juan March (Madrid)

nación de la Palabra, es decir, la Iglesia misma como lugar de presencia, dado que el narrar de la Iglesia es la patencia de la vivencia de fe, que al transmitirse engendra fe *(fides ex auditu)*. La Iglesia deja de ser para muchos el resonar de la Palabra en narración (que se revela a los simples y se oculta a los sabios), para convertirse en «academia» donde se establecen una o muchas escuelas de interpretación racional.

Las consecuencias en el lenguaje son clarísimas. La Iglesia deja de ser el lugar donde se recibe (por noticia de narración transformante) la actitud nueva, y se convierte en «norma concreta» de conducta, dentro, por supuesto, del más amplio pluralismo interpretativo, en el que cada uno de los grupos excluye dogmáticamente a los demás. De ahí que la palabra *equivocarse,* desde el punto de vista histórico, equivale a la palabra *pecado* o infidelidad y «lograr» la transformación (y no cualquiera, sino la correspondiente a determinada ideología) equivale a fidelidad, estar en gracia o ser cristiano sin más.

Pecado y *fidelidad* son dos palabras que habría que estudiar en su uso normal hoy en la predicación, en los trabajos teológicos, en su repetición entre los grupos de cristianos militantes. *Pecado* apenas se pronuncia, pero sí sus equivalentes: *opresión, injusticia, manipulación, alienación.* Y se usa en una curiosa «heteronomía», puesto que siempre son los otros los que lo cometen. La fidelidad es sinónima de (testimonio comprometido», siempre que esto signifique el gallardo gesto (fracase o no) de combatir, directa e históricamente, la opresión, etcétera.

Con ello, otra cosa que se ha perdido, en la vivencia y en el lenguaje, es la valentía para asumir el error o inmadurez histórica, e incluso el propio pecado histórico o biográfico. Con otras palabras: ¿quién es hoy capaz de sentirse y declararse cristiano aceptando la posibilidad de estar equivocado históricamente? ¿Quién es capaz de ver y considerar como fieles cristianos a aquellos que considera equivocados históricamente? Esta aceptación, por supuesto, sin concesión retórica

Fundación Juan March (Madrid)

ni subrayada por un «a pesar de». En una época en que parece hay obsesión por ser sensible ante las «realidades temporales y mundanas», se está produciendo una incomparable insensibilidad por lo más mundano y temporal, como es el error o la inmadurez histórica. En unos tiempos en que se usa y abusa de la palabra dialéctica, se padece una ceguera extrema ante los «momentos» de esta dialéctica, a los que se les condena y «borra» sin asumirlos.

El lenguaje actual de muchos cristianos denuncia una voluntad incontenible de que la «opción histórica» descanse y esté garantizada por la Escritura y hasta por la Jerarquía. Muchos cristianos que tanto hablan hoy de «libertad de opción» no pueden prescindir de que sus opciones sean respaldadas por la Iglesia y que hasta se identifiquen con la misma Iglesia. Todavía hay pocos cristianos que sepan «arriesgarse históricamente» sin necesidad de andadores. Y esto se debe a que aún no se ha asumido de manera positiva el error histórico dentro de la fe. Es la más grande de las nivelaciones que sufrimos. Por eso se «condena» tanto las actitudes históricas con las que discrepamos y vemos en ellas actitudes incompatibles con el cristianismo. Esto sucede si miramos a la derecha y si miramos a la izquierda. Las actitudes declaradamente no cristianas tienen una actitud ética mucho más clara y sincera.

Debido a esta actitud de grandes núcleos cristianos, el lenguaje exigido y balbuceado busca el ser «inteligible» de acuerdo con determinados riesgos históricos para que la aventura temporal tenga «garantías». Así la acción histórica, temporal, «equivocada» o no vigente queda fuera de la Iglesia. Ejemplo de ello es cómo trata el lenguaje común de muchos cristianos al hombre feudal o del imperio, al burgués. Simplemente se dice de ellos que no fueron cristianos.

El fenómeno de nivelación que señalamos nos revela cómo gran número de cristianos (los que más hablan y escriben hoy) están en una actitud hermenéutica con respecto a los evangelios, que consiste en no recibirlos como narración, sino como

Fundación Juan March (Madrid)

fuente de fundamentación argumentativa. Así como en otros tiempos se dio la primacía a la «realidad histórica», en perjuicio del testimonio de vivencia de fe del narrador, hoy, sin haber recuperado ese testimonio vivencial de fe, la narración evangélica se aparece como instancia argumentativa de posturas en el quehacer temporal. Y como, por otra parte, se ha deteriorado el sentido religioso de «autoridad», esa misma instancia argumentativa es interpretada por el propio creyente o grupo que protagoniza su «compromiso temporal». Tenemos, pues, desde el punto de vista del lenguaje, «autoridades» e «interpretaciones» diversas.

La autoridad es el grupo que desde su experiencia temporal pretende «iluminar» el mensaje evangélico, construyendo así su kerygma. Al hacer esto construye un lenguaje no narrativo precisamente, sino conclusiva y fuertemente dogmático. Por otro lado, como se dan múltiples grupos y múltiples experiencias, se da el fenómeno de los *ghettos* o compartimentos estancos, que no sólo están incomunicados, sino que su forma de coexistencia es la polémica.

Por otro lado, la lectura misma se hace con fines distintos a los de encontrar la vivencia del que escribió. Venidos de una tradición escasamente sensible al género narrativo, es lógico que muchos cristianos no reparen en esta dimensión, y esto contribuye a hacer más difíciles y lejanos ciertos pasajes y a deformar todo el texto. Si la hermenéutica es, según ya dijo Dilthey, la interpretación de las experiencias de la vida fijadas por la escritura, y si, además, los evangelios son, previamente, el resonar de una predicación, será decisivo, en primer término, acercarse lo más posible a aquella vivencia. Pero se da el caso de que el acercamento a aquella vivencia es lo que secularmente se ha considerado como la incorporación a la «fe de la Iglesia».

De estas observaciones se saca fácilmente la conclusión de que el lenguaje religioso (el usado comúnmente por los cristianos) tiene que ser forzosamente insatisfactorio o estar en crisis. Sin embargo, este estado de crisis es positivo y anuncia una

Fundación Juan March (Madrid)

nueva etapa. La crisis no es más que un «momento» de un proceso. Y ese lenguaje, tal como hoy se da, nos revela (porque es un fenómeno) la situación de muchos cristianos ante la Iglesia. Lo que se ha hecho problemática es la Iglesia y la fe. En el lenguaje como fenómeno se manifiesta esta situación. Esto nos incita a hacer un estudio sistemático de las formas de lenguaje hoy entre los cristianos para descubrir lo que les pasa. Pero este lugar no nos permite más que sugerencias.

Sí nos permite, sin embargo, insistir en lo que ya he apuntado anteriormente, y es que el lenguaje no puede estudiarse como fin en sí mismo o como una formalidad autónoma. El lenguaje tiene un contexto que no es «lenguaje», sino su presupuesto. Pero la relación «presupuesto» y lenguaje no funciona como un instrumento externo o un medio en el que algo ajeno se da. Es el mismo lenguaje el que nos manifiesta ese contexto que lo supone.

Terminemos estas simples notas sobre tema tan largo como complejo con una conclusión que más bien es una sugerencia: me atrevería a proponer, como medio para salir de la real crisis que hoy todos señalan del lenguaje cristiano, el intentar redescubrir la narración y la descripción de vivencias en una actitud rigurosamente fenomenológica. Esto llevaría consigo el descubrimiento o reencuentro de y con un horizonte pedagógico que aquí no podemos detallar.

Fundación Juan March (Madrid)

CONSIDERACIONES SOBRE LA LENGUA LITERARIA

Por FERNANDO LÁZARO CARRETER

Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

CONSIDERACIONES SOBRE LA LENGUA LITERARIA *

Una antiquísima tradición estima que la lengua literaria se produce o manifiesta de modo eminente cuando abundan en ella las *figuras,* entendidas éstas como apartamientos o *desvíos* respecto de una norma lingüística. El problema, según es notorio, estriba en saber cuál sea esa norma capaz de servir de punto de referencia. La Academia Española, en la primera edición de su *Gramática* (1771), decía: «Construcción figurada es la que se aparta de la natural cuando lo piden así el uso o la mayor elegancia y energía de la expresión» (p.326). La norma académica era, pues, lo *natural,* concepto que, sin intentar definirlo, mostraba intuitivamente comparando dos párrafos: *El premio y el castigo son convenientes en la guerra, así como la justicia y la clemencia son convenientes en la paz,* que sería un modelo de lengua natural, frente a este otro, de Saavedra Fajardo, que constituiría un ejemplo de construcción figurada: *Así como son convenientes en la paz la justicia y la clemencia, son en la guerra el premio y el castigo.* Explicaba la Academia: «Esta cláusula es de construcción figurada por dos motivos; el primero, porque se altera el orden natural, poniendo el adverbio antes del verbo, el adjetivo antes de los sustantivos, en lo que se comete la figura *hipérbaton.* El segundo, porque en el último miembro de la cláusula se suprime o calla el adjetivo *conveniente,* por la figura *elipsis*».

El canon que sirve de base al desvío ha ido variando en

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.21 p.457-467.

Fundación Juan March (Madrid)

nuestra tradición inmediata; Coll y Vehí, nuestro modesto pero inteligente Fontanier, reaccionaba a mediados del siglo pasado contra la norma establecida por la Academia, negando que la construcción figurada debiera «considerarse como opuesta a otra construcción más natural», dado que es ésta la que, de ordinario, acumula mayor caudal de artificio, mientras que la figurada parece la más natural [1]. La norma que él propone es la *sencillez:* una figura es cualquier desvío que pueda «ser sustituido por una forma más *sencilla,* por una forma no figurada» [2]. En su última edición, la *Gramática* académica define las figuras como opuestas a la sintaxis *regular* [3]. Normalidad, sencillez y regularidad son, pues, en opinión de nuestros retóricos o gramáticos tradicionales, los fondos sobre los cuales se destacan las *figuras,* en cuanto manifestaciones peculiares y controlables de la lengua literaria.

Lo malo es que se trata de fondos imprecisos, absolutamente indefinibles con los instrumentos científicos de la vieja gramática. Y, peor aún, que las figuras no caracterizan con exclusividad a la literatura; Coll y Vehí asentía al célebre dicho de Du Marsais, confirmado por Marmontel, de que «en un día de mercado se oían más figuras que en muchos días de sesión académica». Siguiendo esta vía, ¿cuándo podemos estar seguros de penetrar en el recinto de lo literario?

Sabido es cómo el ataque contra la interpretación de la lengua artística como desvío procedió de los formalistas rusos, de Zirmunskij [4] y Sklovskij [5] principalmente. Y de este último, la

[1] José Coll y Vehí, *Elementos de literatura* 2.ª ed. corregida (Madrid, Rivadeneyra, 1857) 47.

[2] Ibid., 62.

[3] Ed. 1931, 431.

[4] Cf. la traducción de su famoso estudio *Zadaci poétiki* (1921), con el título de *Die Aufgaben der Poetik,* en *Texte der russischen Formalisten II* (Fink Verlag, München 1973), espec. 147-161.

[5] Puede leerse la traducción del capítulo de *O teorii prozy* (1925), en que ataca la concepción del lenguaje como sede de figuras e imágenes, sustentada por Potebnja, en la conocida antología de los formalistas publicada por T. Todorov, *Théorie de la littérature* (París, Seuil, 1965)

Fundación Juan March (Madrid)

elevación a principio universal del idioma literario de la noción de «extrañamiento» [6]: ese idioma se diferenciaría del usual, porque, mientras este está automatizado y nos conduce directamente al contenido del mensaje, aquél nos fijaría, mediante recursos lingüísticos propios, en el mensaje mismo [7]; como dirá Jakobson en una formulación aún no totalmente desarrollada de su pensamiento, es literario todo mensaje en que «la palabra se siente como tal palabra y no como simple sustituto del objeto designado ni como explosión emotiva»; en que «las palabras y su sintaxis, su significación, su forma externa e interna, no son indicios indiferentes de la realidad, sino que poseen su propio peso y su propio valor» [8].

Pienso que este extrañamiento a través del relieve del lenguaje, si bien exacto en lo fundamental como uno de los rasgos característicos del lenguaje literario, no aporta novedad esencial a la vieja noción de *desvío;* sólo que los conceptos de «regularidad», «normalidad» o «sencillez» son aquí sustituidos por el concepto de «automatismo», no menos intuitivo que los anteriores. Porque el «extrañamiento» frente al «automatismo», que ha sido, sin lugar a dudas, bandera de muchos movimientos literarios, no está ausente de la lengua usual y es tal vez el sustento principal de lo que llamamos *expresividad.* Son bien conocidos los esfuerzos de Roman Jakobson para describir, en exactos términos científicos, el *quid* del «extrañamiento» mediante la palabra, y su hallazgo, apoyado en Hopkins, del principio de recurrencia, según el cual, en la lengua literaria, la

76-97; o en la versión italiana *Una teoria della prosa* (Bari, De Donato, 1966) 9-32.

[6] Véase sobre estas cuestiones el libro ya clásico de V. Erlich, *Russian Formalism* (La Haya, Mouton, 1964); utilizo la trad. ital. de M. Bassi, *Il formalismo russo* (Milán, Bompiani, 1966) 189ss.

[7] Sin embargo, la idea cuenta con precursores muy antiguos, como Quintiliano, según señala T. Todorov, *Artistic language and ordinary language:* The Times Literary, Suplement, 5 octubre 1973, n.3.735, p.1169.

[8] Pertenecen estas citas a su célebre artículo, en checo, *Co je poesie?,* que puede leerse en una reciente traducción al francés: R. Jakobson, *Questions de poétique* (París, Seuil, 1973) 124.

Fundación Juan March (Madrid)

equivalencia es promovida a artificio constitutivo de la sarta [9]. Quizá no se haya dado en la poética contemporánea un avance más importante para definir el lenguaje de la literatura que el que supone este principio. Lo malo es que tampoco caracteriza en exclusiva al idioma literario, como el gran lingüista concede [10]; la recurrencia está presente en los *slogans* políticos —«España, una. España, grande. España, libre. ¡Arriba España!»— y publicitarios —*Cont*amos *cont*igo—, y, por supuesto, en la conversación y en otras manifestaciones lingüísticas que nada tienen que ver con la literatura. Por ello, Jakobson se ve forzado a hablar de «dosis»; lengua literaria sería aquella en que la propia proporción de repeticiones, es decir, la «función poética», dominara o prevaleciese sobre las otras funciones del lenguaje.

Está claro que, por muy fecundo que sea el principio de recurrencia como clave de la expresión artística —y es patente que con él alcanzan interpretación unitaria muchas de las diversas figuras descritas por la retórica tradicional—, no consigue, sin embargo, conducirnos a una comprensión inequívoca de lo que debemos entender por lengua literaria. Los recursos de los escritores son, en gran medida, los mismos que los recursos de los hablantes, y la función poética, a fuerza de estar presente en tantos y tan diversos actos de lenguaje, acaba por no identificar a ninguno. Si es poética la epanalepsis de Arias Montano *Traed, traed de vino vasos llenos,* y no lo es mi epanalepsis *Traed, traed más vasos de vino,* parece claro que la «figura recurrente» no sirve como base de distinción [11]. Jakob-

[9] *Poetry of Grammar and Grammar of Poetry:* Lingua (1968) XXI, 602; el artículo, traducido al francés, puede verse ahora en el libro mencionado en la nota anterior; cf. p.225. En el «postscriptum» con que cierra esta obra, reconociendo que el lenguaje literario es algo más que la sede dominante de una función, la función poética, escribe: «Si le poème pose des questions qui dépassent sa facture verbale, nous entrons [...] dans un cercle concentrique plus vaste, celui de la sémiotique, dont la linguistique n'est qu'une partie foncière» (p.486).

[10] Cf. *Essais de Linguistique générale* (París, Minuit, 1963) 219.

[11] Aunque sí, tal vez, el hipérbaton *de vino vasos;* pero no es éste ahora nuestro problema.

Fundación Juan March (Madrid)

son, al describir con tanta nitidez la noción de 'extrañamiento', sigue estando preso, creemos, de la concepción del lenguaje como desvío; en este caso, el apartamiento consiste en una mayor densidad cuantitativa de repeticiones en la literatura, hecho que sería preciso demostrar y que, de por sí, nunca puede definir una linde nítida entre lo literario y lo estándar.

En las corrientes lingüísticas que han sucedido al estructuralismo saussureano persiste la creencia en que la lengua literaria se produce por desvíos más o menos acentuados respecto de una norma. Me refiero a los esfuerzos de gramáticos generativos como Richard Ohmann [12] y J. P. Thorne [13] para definir los estilos de grandes escritores anglosajones, que describí sumariamente en un trabajo de 1969 [14]. Si éstos, como veíamos, concebían las figuras como separaciones de un modo usual y procedían a *normalizar* el lenguaje para descubrirlas (recuérdese de qué modo la primera gramática académica vertía de un modo más «natural» un fragmento de Saavedra Fajardo), algunos gramáticos generativos *normalizan* los textos literarios para descubrir, por la naturaleza de sus transformaciones, su peculiaridad estilística. Así, Ohmann «traduce» fragmentos de Faulkner, James y Lawrence, a una prosa que él llama así, *normalizada,* en la cual anula todas las transformaciones del original, y descubre entonces qué reglas son las que aplican dichos autores con preferencia a otras. Sus estilos definen, por tanto, respecto de un punto de referencia, el de esa prosa normal, que

[12] *Generative Grammar and the concept of Literary Style,* Word, 20, 1964, 423-439; *Literature as Sentences,* en SEYMOUR CHATMAN y SAMUEL R. LEVIN, compiladores, *Essays in the Language of Literature* (Boston, Houghton Mifflin Co., 1967) 231-238.

[13] *Stylistics and Generative Grammars:* Journal of Linguistics 1 (1965) 49-59; *Poetry, Stylistics and Imaginary Grammars:* ibid., 5 (1969) 147-150; *Generative Grammar and Stylistic Analysis,* en J. LYONS, compilador, *New Horizons in Linguistics* (Penguin Books, 1970; hay reediciones de 1971 y 1972) 185-197.

[14] *La lingüística norteamericana y los estudios literarios en la última década:* Revista de Occidente 81 (1969) 319-347. Véase ahora, para estas cuestiones, NILS ERIK ENKVIST, *Linguistic Stylistics* (La Haya-París, Mouton, 1973) 46-48 y 67ss.

Fundación Juan March (Madrid)

es, por supuesto, una convención, aunque tiene la ventaja de no resultar inaprensible o vaga, como ocurre en las restantes hipótesis de desvío. Thorne sigue otro método; postula que, para cada autor o para cada obra, se describa su gramática y que ésta sea cotejada con la estándar. También así resaltarán las diferencias entre ambas y las peculiaridades de cada escritor, sus coincidencias con la norma y sus anormalidades. Indudablemente, la gramática generativa y transformacional ha suministrado instrumentos de que carecíamos para tocar pie firme en lo que debemos entender por desvío.

Sin embargo, todos estos intentos parten del supuesto de que el lenguaje literario es una variedad más o menos compleja del lenguaje estándar. Se trata de una impresión que podemos recibir leyendo a Baroja o incluso a Valle-Inclán; pero ¿acontece lo mismo cuando nos enfrentamos con poetas o prosistas contemporáneos que parecen complacerse alejándose más y más del idioma usual, que violan la gramática en innumerables puntos, con una gama de resultados que van desde las «semioraciones» [15] hasta los puros sinsentidos? Son precisamente estos casos extremos los que hacen tambalearse la noción del *desvío* para definir la lengua literaria, y han obligado a buscar otras soluciones. Como, por ejemplo, la propuesta por Werner Winter [16], el cual, observando las posibilidades que ofrecen los estilos—inclusión de un elemento opcional, inclusión obligatoria de un rasgo opcional, inclusión más o menos intensa de una variante específica, etc.—, llega a concluir que coinciden con los dialectos sociales, que los estilos son tipos particulares de dialectos sociales. La idea de Winter ha sido razonablemente combatida por diversos investigadores [17], haciéndose notar, en-

[15] En el sentido acuñado por CHOMSKY, *Degrees of Grammaticalness*, en J. A. FODOR y J. J. KATZ, compiladores, *The Structure of Language* (Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey 1964) 384-389; cf. J. J. KATZ, *Semi-sentences:* ibid., 400-416.

[16] *Styles as Dialects:* Proceedings of the Ninth International Congress of Linguistics 1962 (La Haya, Mouton, 1964) 324-330.

[17] Cf. W. O. HENDRIKS, *Three Models for the Description of Poetry:* Journal of Linguistics 5 (1969) 1-22.

Fundación Juan March (Madrid)

tre otras cosas, que para generar el lenguaje literario no es indispensable un léxico diferente del estándar y que todas las reglas de la gramática usual son perfectamente admitidas por la gramática del idioma artístico; y ello no ocurre en el caso de los dialectos. Concedamos, pues, que la literatura no tiene carácter dialectal. Pero están en pie los hechos inversos de que, a veces, la literatura emplea un léxico muy distinto del estándar —arcaísmos, barbarismos, cultismos, poetismos— y que posee también una gramática aparte. (Así, en el verso de Alberti *Aún los valses del cielo no habían desposado el jazmín y la nieve,* el nombre *valses* puede llevar un complemento insólito, y el verbo *desposar* tiene sujeto y objetos no personales.)

Ni desvío, pues, porque el supuesto plano de referencia está muchas veces tan alejado, que resulta imposible hablar de apartamiento; ni dialecto, porque los términos que se comparan pueden ser idénticos. ¿Cabe otro camino para acercarnos al enigmático reducto de la lengua literaria?

El término *registro* posee varias acepciones en lingüística. La más corriente designa cada uno de los empleos que hace el hablante de los niveles de lengua existentes en el uso social de la lengua [18]. Pero designa también—así en Todorov—modalidades referenciales del discurso diversas entre sí según éste apunte a una realidad exterior a él, hacia sí mismo o hacia los elementos que intervienen en el proceso de la enunciación [19]. Por *registros,* y para los fines exclusivos de este trabajo, entenderemos nosotros las modalidades diversas que pueden presentar las 'situaciones de la comunicación'. Es bien sabido cómo éstas son definidas por los participantes en el acto comunicativo,

[18] Cf. DUBOIS (y otros), *Dictionnaire de Linguistique* (París, Larousse, 1973) s.v. *registre.*

[19] Todorov caracteriza así la *enunciación* frente al *enunciado:* éste «est exclusivement verbal, alors que l'énonciation place l'énoncé dans une situation qui présente des éléments non verbaux: l'émetteur, celui qui parle ou écrit; le récepteur, celui qui perçoit; le contexte enfin dans lequel cette articulation a lieu» (en O. DUCROT (y otros), *Qu'est ce que le structuralisme?* [París, Seuil, 1968] 108).

Fundación Juan March (Madrid)

cuyo centro ordenador es *yo*, y por las relaciones entre el emisor, el mensaje y el receptor, que pueden ser temporales, espaciales, sociales, etc.[20] Sin pretender definir aquí qué sea la literatura, quizá podamos caracterizarla, sin embargo, como una comunicación especial[21], muy distinta de la que produce el lenguaje ordinario en sus momentos fundamentales de producción o emisión, forma y recepción. Tampoco podemos agotar aquí los rasgos que enfrentan a la literatura y al mensaje ordinario en cada uno de esos tres momentos; pero parece claro que la comunicación literaria no está condicionada por factores situacionales, o, mejor, que el escritor no puede alterar lo que dice en función de las reacciones de un interlocutor, y que ni siquiera escribe pensando en un interlocutor, sino en un «receptor universal» no dialogante. También la forma, y así se admite unánimemente, posee rasgos característicos en el mensaje literario tanto oral como escrito[22]. Por fin, en conexión con el tercer momento, es válido el primer rasgo apuntado, es decir, que la recepción se produce de modo indiferenciado, sin interlocutor propiamente dicho, y muchas veces con enorme alejamiento temporal y espacial del autor o de su obra. ¿Para quién escribe el poeta?, se preguntaba Juan Ramón Jiménez, Y respondía: «¡Qué sé yo para quién!... Para quien escribimos los poetas líricos».

Estos rasgos, que podrían ser fácilmente ampliados y glosados, confieren a la comunicación literaria el carácter de registro en el sentido arriba apuntado. Ahora bien: ¿se trata de un registro integrado en el ámbito más amplio de la lengua general, de un registro independiente, o de un registro no independiente, pero sí autónomo? Hay respuestas afirmativas

[20] Cf. DUBOIS, *Dictionnaire*, s.v. *communication*.

[21] Véase sobre la literatura como comunicación SIEGFRIED, J. SCHMIDT, *On the Foundation and the Research Strategies of a Science of Literary Communication:* Poetics 7 (Mouton, 1973) 7-35.

[22] Para lo que la lengua literaria pueda tener de participación en los rasgos generales de la lengua escrita es necesaria la consulta de JOSEPH VACHEK, *The Present State on Research in Written Language:* Folia Linguistica 6 (1973) 47-61.

Fundación Juan March (Madrid)

para estas tres posibilidades [23]. Sol Saporta, por ejemplo, aseguraba hace quince años que «cuanto llamamos poesía cae completamente dentro de la clase de fenómenos que llamamos lenguaje» [24], y Jakobson no vacilaba en proclamar que la poética es «una parte integrante de la lingüística» [25]. La postura contraria, según la cual el idioma literario sería un registro independiente del estándar, es grata, en general, a los *scholars* literarios, que ven con aprensiones la irrupción de los lingüistas en lo que querrían su coto cerrado, y les reprochan el empleo de instrumentos inadecuados para la captura de esas piezas privilegiadas, tocadas por el misterio, que son los poemas, las novelas y los dramas [26]. Por fin, la posición de que el idioma artístico no es independiente, pero sí autónomo, respecto de la lengua usual [27], ha hallado adeptos, en esto últimos años, entre los cutivadores de la *Text Grammar*. Expondré brevísimamente cuál es la postura que adopta, dentro de esta solución, Teun van Dijk en una obra muy importante aparecida hace muy poco [28]. Tras rechazar que la lengua literaria sea un «estilo del estándar definido tan sólo por un uso específico de las reglas de la gramática «normal» [29], formula su opinión de que el

[23] Por supuesto, tras un largo divorcio—apenas sentido en los países en que triunfó la *Stilforschung*—entre la lingüística y la literatura. Cf. KARL D. UITTI, *Linguistics and Literary Theory* (Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey 1969), espec. 105 y 55; RAYMOND CHAPMAN, *Linguistics and Literature* (London, Edward Arnold, 1973); y nuestro trabajo citado en la n.14.

[24] En THOMAS A. SEBEOK, compilador, *Style in Language* (The M. I. T. Press; cito por la ed. de 1968) 82.

[25] Ibid., 350. Véase, sin embargo, lo que decimos en *La lingüística norteamericana...* 324-325.

[26] Véase como ejemplo F. W. BEATSON, *Literature and Linguistics* y *Language and Literature*, en R. FOWLER, *The Languages of Literature* (London, Routledge and Kegan Paul, 1971) 54-64 y 75-79. Una postura cerradamente hostil a las relaciones entre lingüística y literatura mantuvo Hugo Friedrich; véase mi réplica *Estructuralismo y crítica literaria:* Insula 268 (1969) 3 y 14.

[27] Esto mismo postula J. Vachek de la lengua escrita respecto de la lengua oral; cf. *The Present State...* 51.

[28] *Some Aspects of Text Grammars* (La Haya-París, Mouton, 1972).

[29] Y ello por varias razones, entre las que destacan las siguientes: *a)* Muchas reglas de la gramática literaria no se dan en la gramática

Fundación Juan March (Madrid)

lenguaje de la literatura es «un sistema de lenguaje específico dentro de un lenguaje L, pero diferente de Ln [lenguaje estándar], describible por una gramática autónoma, pero no independiente» [30]. Tal gramática no puede estar incluida en la gramática de Ln, pero ésta sí está incluida en una gramática que comprenda tanto las reglas que generan el lenguaje estándar como el literario. Dicho de otro modo más sencillo: la *Text Grammar* intenta formular las reglas comunes al idioma usual y al artístico, por un lado, y, por otro, las que generan exclusivamente secuencias artísticas. Se reconoce así el hecho de que ambos idiomas comparten, o pueden compartir, un buen número de sartas; pero que otras sartas no son generadas por la gramática del estándar y que son el *input* para otras reglas, operaciones y restricciones. Sin embargo, no por ello dejan de pertenecer a una teoría gramatical general y común [31].

De esta manera, la poética, o ciencia del lenguaje literario, no será una disciplina *complementaria* de la lingüística, ni tampoco una disciplina *independiente,* sino que será *autónoma;* ambas actividades científicas pueden ser reducidas a una *teoría de los textos* que formule aserciones generales (universales) acerca de todos los textos posibles del lenguaje natural, y que,

«normal», y, por tanto, no pueden interpretarse como usos específicos de tales reglas. *b)* Estructuras del lenguaje literario que son «desvíos» de las generadas por la gramática normal, han de ser consideradas como realizaciones gramaticales posibles de reglas gramaticales formuladas por la gramática literaria, que, como tales, parecen características de una lengua diferente (200).

[30] Ibid. Tal parece ser también la postura de Daniel Delas y Jacques Filliolet *(Linguistique et Poétique,* París, Larousse, 1973) cuando afirman: «Toute étude du fonctionnement poétique trouve son achèvement au-delà de la linguistique de la langue qui lui a servi de support, *mais passe obligatoirement par elle*» (54).

[31] La *Text Grammar* parece ir en dirección no coincidente con la que hace algunos años proponía Michael A. K. Halliday *(The Linguistic Study of Literature,* Proceedings, cit. en la n.16), a pesar de aserciones como ésta: «A linguistic analysis will relate the text to the language as a whole»; pero a renglón seguido aclara: «Linguistic stylistics [cuya misión es la «description of a text based on general linguistic theory]» is *an application rather an extension of linguistics*» (302); y ello aunque reconoce en los textos literarios un modo peculiar de la propiedad de «cohesión», que más adelante describe.

Fundación Juan March (Madrid)

por consiguiente, defina las relaciones posibles entre lingüística, poética y otras disciplinas relacionadas con el comportamiento verbal [32].

Carecemos de espacio para discutir esta propuesta, que hoy cuenta, como hemos dicho, con abundantes partidarios. Por ello, como opinión de urgencia, nos limitaremos a afirmar nuestro escepticismo ante esa ciencia de los textos, cuyos límites, si quiere abarcar toda la diacronía o aunque sólo sea toda la sincronía literaria, pueden hacerse amenazadoramente imprecisos, y, sobre todo, pueden difuminar el campo propio de la lingüística, tal como ha sido acotado tras ímprobos esfuerzos, dotándola por fin de un objeto propio. Ya hemos apuntado antes que todo conspira a caracterizar la comunicación literaria como un conjunto de mensajes pertenecientes a un registro radicalmente distinto del ordinario, hasta el punto de poderse afirmar que sus rasgos son irreductibles. ¿Es posible y lícita una hipergramática, según quiere ser esta *Text Grammar,* que subsuma fenómenos radicalmente heterogéneos por el simple hecho de que sean fenómenos de comunicación?

De momento, y ante las propuestas de la *Text Grammar* al modo de Van Dijk, nos sentimos más próximos a considerar el idioma de la literatura como una abstracción de escasa fecundidad empírica, cuyo estudio se agota en puros inventarios de caracteres que lo distinguen del estándar, y, por tanto, en constataciones pendientes de un beneficio teórico que rara vez llega. Entendemos que un enfrentamiento provechoso con el problema de qué sea la lengua artística sólo es concebible en el marco de la historia; esto es, repartido en una casuística de autores, obras, escuelas o épocas [33]. La comprensión de una pieza literaria se diferencia abismalmente de la comprensión de un mensaje práctico, puesto que sólo puede realizarse si aceptamos el «universo de discurso» de uno de los protagonistas

[32] Cf. T. VAN DIJK, o.c., 209.

[33] Tal es el sentido de nuestro reciente trabajo *La poética del arte mayor castellano:* Homenaje a Rafael Lapesa (Madrid, Gredos, 1972) 343-378.

Fundación Juan March (Madrid)

de ese singular acto de comunicación: el autor. Hemos de hacernos cómplices de él y no colaboradores, como acontece en el uso ordinario del lenguaje. Esa complicidad nos obliga a aceptar contextos culturales que pueden no ser los nuestros y que son, por supuesto, los del escritor [34], dentro de los cuales su creación lingüística, nacida para que la aceptemos o la rechacemos, pero no para que intervengamos en ella, sigue derroteros absolutamente personales, que pueden llegar, en los casos más extremos, a la ininteligibilidad [35].

Esto no implica la negativa a reconocer los derechos de una poética general que investigue las invariantes que algún día puedan definir esa abstracción que hoy llamamos idioma artístico. Pero en principio parecen merecer una confianza mayor para descubrir su esencia, las poéticas particulares, las averiguaciones acerca de tal o cual lengua literaria como creación de un orbe cultural circunscrito (insisto: el de un autor, el de una obra, el de una escuela o el de una época), caracterizada como idioma independiente. Esto es, como léxico y gramática de un solo hablante—el escritor—, que echa mano del estándar cuando le conviene, que pone en tensión sus posibilidades para extrañar, que lo tiñe de connotaciones subjetivas y que lo contraría, si es ésa su voluntad de artista. Queda dicho con ello cuán inadecuadas parecen hoy muchas investigaciones que han encarado o encaran los «estilos» como repertorios de fenómenos chocantes y no como gramáticas— o intentos de gramáticas—totales, lo mismo de una obra extensa que de un breve poemilla. La obra literaria no es, si mi opinión parece cierta, un fruto más o menos aberrante del tronco lingüístico común, sino un lenguaje aparte, sobre cuya independencia no puede

[34] Cf. el importante trabajo de MICHEL NASTA, *Les déterminants de la fonction poétique et le problème des monades:* To Honor Roman Jakobson II (La Haya, Mouton, 1967) 1414-29.

[35] Escriben muy justamente Delas y Filliolet (o.c., 53): «La poésie [...] suscite plus évidemment sa propre signification; d'où, pour celui qui l'affronte, l'impression parfois frustrante de ne pouvoir exercer sa competence linguistique».

Fundación Juan March (Madrid)

engañarnos el hecho de que comparta muchos caracteres léxicos y gramaticales con los demás frutos del mismo árbol.

Estas podrían ser nuestras conclusiones:

a) El estado presente de las investigaciones sobre la lengua literaria impide seguir hablando de ésta como de un conjunto de desvíos más o menos sistemáticos respecto del estándar. La confusión arranca de la creencia, legada a la posteridad por los filólogos griegos, de que la lengua oral y la escrita no eran sino variedades recíprocas [36], con lo cual se consagraba su esencial unidad. Desde la perspectiva de los gramáticos, la escrita constituía un modelo para la hablada; desde el punto de vista de los rétores, era el resultado de un apartamiento culto. Este punto de vista, afianzado aún más, si cabe, por el idealismo lingüístico, que no establecía entre lengua artística y lengua de uso más que diferencias de grado, ha sido sustituido por una distinción, que afecta no sólo al método, sino al objeto considerado, por la cual se reconoce en la literatura un tipo de comunicación *sui generis*.

b) Con todo, la noción de desvío se ha sentido como perfectamente compatible con aquel reconocimiento, enmascarándola con ideas como la de «extrañamiento»; explicándola como una modalidad de «dialecto social»; reconociendo una nueva función del lenguaje, la «función poética», que la justifique; ensanchando las lindes de lo gramatical para que dentro de ellas quepan las «semioraciones» e incluso las sartas de imposible aceptabilidad... Por último, con la *Text Grammar* al modo de Van Dijk, proyectando una gramática G que implique tanto la Gn como la Gl y que prediga todas las variedades, artísticas o no, de la comunicación mediante signos lingüísticos.

c) Entiendo, como modesta propuesta personal, que un planteamiento correcto de la cuestión implica la renuncia a ha-

[36] Cf. J. LYONS, *Introduction to Theoretical Linguistics* (Cambridge University Press, 1968) 9.

[37] *Poetry and Stylistics*, ensayo recogido por SEYMOUR CHATMAN y SAMUEL R. LEVIN, compiladores, *Essays on the Language of Literature* (Boston, Houghton Mifflin Co., 1967) 397.

Fundación Juan March (Madrid)

blar de lengua literaria o artística como de algo que puede ser definido unitariamente. Archibald A. Hill escribió hace años: «Poetry is language, yet more than language, and different from it» [37]. Nos parece una aserción suscribible si, en vez de referirnos con ella a la poesía o literatura en general, aludimos a los autores, a las obras en sus concretas realizaciones históricas. Sólo mediante el estudio de poéticas particulares—que pueden referirse incluso a un solo poema—resultará posible alcanzar convicciones científicamente valiosas acerca de las diferencias entre el idioma de los escritores y el estándard. Y tal vez se llegue a describir, por inducción, rasgos universales que permitan materializar de algún modo un sistema semiótico al que sea posible llamar «lengua literaria»; hoy por hoy, ésta parece ser un ente de razón. Para muchos de sus estudiosos, se trata de un magma confuso, compuesto por «normalidades» y «anormalidades» detectadas desde su propia competencia, y es en las últimas donde se hace residir la literaridad. No caen en la cuenta de que, tras una novela extensa igual que tras un poemilla breve, late un sistema lingüístico aparte, constituido todo él por «anormalidades», si por anormalidad entendemos el hecho de que el escritor ha abandonado sus registros habituales de hablante y ha adoptado otro nuevo, en el cual incluso las palabras y los giros más comunes, por haber ingresado en otro sistema, han cambiado de valor, según enseña uno de los más importantes principios estructurales..

[38] Nuestra propuesta se opone frontalmente a la de R. Fowler (o.c.), que escribe: «A poem is neither a free creation by the poet nor his own exclusive property: it belongs to the language [...]. If a poem is read by someone who knows the same language as its author, every sentence is as much the property of the reader as of the poet [...]. There is not sense in which a poem might be linguistically isolated» (17-18). Sin embargo, criticando las excesivas simplicaciones a que algunos lingüistas han llegado al reclamar para ellos todo el ámbito del lenguaje literario, les reprocha no haber tenido en cuenta «the constraints on linguistic literary study deriving from: the special contextual nature of the linguistic material in question...» (45). ¿No abona este hecho una solución tajante como la que apuntamos?

Fundación Juan March (Madrid)

ETICA DEL LENGUAJE

Por José Luis López Aranguren

Profesor de la Universidad de California en Santa Bárbara (Estados Unidos)

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

*ETICA DEL LENGUAJE**

Bajo este título—que me ha sido propuesto como tema del presente trabajo—pueden ser considerados dos problemas diferentes: 1) el problema de la presencia en el lenguaje de términos referentes a la moral, la existencia de todo un vocabulario moral en el lenguaje, en cada lenguaje; y 2) el problema del uso moral del lenguaje, de todo lenguaje.

Del primero de estos problemas no voy a hablar mucho, tanto porque el título no parece hacer referencia sino oblicuamente a él, como por el hecho de que es *el* problema diríamos casi único y supertratado de la filosofía lingüística en lo concerniente a la ética: análisis del lenguaje moral, de los términos y los juicios morales.

De los términos, el primero en que pensamos, como perteneciente al lenguaje moral, es el de lo *bueno,* el de *bien.* Sin embargo, no es el más inequívocamente ético. La palabra bueno, la palabra *bien,* son susceptibles de un uso ajeno a la moral. Cuando digo que «esta pluma (o esta máquina de escribir) con la que estoy escribiendo es *buena*», o que «estaría bien que mañana domingo hiciese *buen* tiempo», en ninguno de los tres empleos haga un uso moral de ellas. Y probablemente, si hacemos el recuento, en cualquier texto que no sea de moral o de religión, de los casos en que estas palabras aparecen con significado moral y con significado no-moral, casi siempre el número de las últimas será mayor que el de las primeras. Frente a este problema de la no-univocidad de los tér-

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.16 p.212-217.

Fundación Juan March (Madrid)

minos *bueno* y *bien,* caben tres soluciones; una de ellas, la panética, hoy impensable, presupone un teologismo natural difícilmente sostenible, según el cual estas palabras—y, en definitiva, todas—poseerían *siempre* un sentido moral cuando menos implícito. Las plumas y las máquinas de escribir *deben* escribir bien, si han sido honradamente fabricadas y si se usan con el cuidado con que *debemos* tratar todos los objetos. Y el tiempo de una naturaleza no contaminada por el pecado sería —paraíso terrenal—siempre bueno, siempre el que *debería* ser conforme al plan, orden y providencia divinos. Por supuesto, esta desmesurada extensión de lo moral hasta abarcar, prácticamente, el lenguaje entero, sólo puede basarse en una concepción a la vez teocéntrica y antropomórfica de la realidad total y es, filosóficamente, imposible de sustentar.

Frente al ampliacionismo sin límites, cabe, y muchas veces se ha practicado en el discurso filosófico, el reduccionismo moral. *Bueno* significa, simplemente, deseable o apetecible en cuanto agradable, porque el significado de *bien* se reduce al de *placer,* o, de acuerdo con la moral que hoy rige de hecho el comportamiento del hombre occidental, al de *bienestar.*

Se ve, pues, que, en principio al menos, cabe volver ético (ético-teológico) el lenguaje entero, y que, inversamente, se ha intentado una y otra vez raer del lenguaje su dimensión ética. Para quienes piensan de este último modo, el título del presente trabajo, ETICA DEL LENGUAJE, carecería de sentido.

Aun cuando la univocidad no-moral de los términos *bien* y *bueno* es *lingüísticamente* inaceptable, porque no en todos los casos pueden sustituirse estas palabras por otras de significado inequívicamente no-moral sin alterar el sentido del discurso, se ha recorrido una tercera vía o vía media, consistente en la recusación de estos términos del lenguaje estrictamente moral, bien del todo, bien, en cuanto a su pretensión fundamentante, y en la exaltación, en su lugar, de otros: el de deber moral, en el modo imperativo, por Kant, o el de «valor» en filosofías morales ulteriores.

Fundación Juan March (Madrid)

El debate entre los distintos sistemas morales—ética del deber, moral de los valores—, siempre que mantengan la autonomía del lenguaje moral frente al naturalismo, no nos interesa aquí. Nos basta con la justificación de la expresión «ética del lenguaje», es decir, con el reconocimiento de la legitimidad de su uso y de que es una expresión con sentido, «sensata» y no «insensata». No *todo* el lenguaje es ético, pero existe un lenguaje ético. «Etica del lenguaje» significaría así estudio del lenguaje en cuanto ético, en cuanto que en él se encuentra inscrita la apelación, la exigencia, la demanda moral.

Mas, como decíamos al principio, no es ése el modo natural, directo, de entender la expresión «ética del lenguaje», que da por presupuesta la justificación de la instancia ética y que inmediatamente remite a inquirir los criterios éticos en el uso del lenguaje; o sea, qué requisitos ha de cumplir éste para ser moral y cuándo no lo es.

La primera cuestión que se nos plantea es la siguiente: la ética o exigencia moral, ¿afecta al lenguaje mismo en su estructura, a su significado, o simplemente a su uso?

El lenguaje mismo, según la lingüística contemporánea—aun cuando la cuestión, especialmente dentro de la escuela de Chomsky, es controvertible—, es sintaxis (o morfo-sintaxis). La «competencia» lingüística o capacidad de hablar es capacidad de construir frases y cadenas de frases más o menos gramaticalmente correctas. El sistema lingüístico, desde el punto de vista de la gramática, es puramente sintáctico, es decir, cerrado sobre sí. Los problemas extrasintácticos quedan fuera de su jurisdicción. Por tanto, la ética nada tiene que ver con el lenguaje en su respecto estrictamente gramatical.

Pero el lenguaje posee, junto a la dimensión sintáctico-gramatical, una dimensión semántica. El lenguaje *significa,* hace referencia a lo que está más allá o fuera de él; y, sin entrar aquí en discusiones sobre el concepto de «verdad», según los casos concretos significa correcta o incorrectamente; es decir, es «verdadero» o «falso» (= erróneo). Aquí, a primera vista,

Fundación Juan March (Madrid)

parece que la ética sí que tiene ya que ver con esta semántica dimensión del lenguaje: el lenguaje *debe* significar correctamente. Pero no nos precipitemos. La incorrección semántica es, pura y simplemente, error. Y el error, salvo en caso de negligencia o inadvertencia culpables, no cae bajo la jurisdicción de la ética. Lo que ésta demanda del lenguaje es que sea veraz; pedir que sea verdadero sería, moralmente hablando, demasiado. Sin embargo, despachar el problema así, sin más, es, por el otro lado, en exceso expeditivo. A la actitud ética incumbe la búsqueda de la verdad, pero también la recta ordenación del lenguaje en su significado, al objeto a que se refiere. La cuestión está muy lejos de ser sencilla. El lenguaje no es en sí mismo, intrínsecamente, veraz, sino ambiguo, equívoco, lleno de «trampas». La búsqueda de la verdad ha de hacerse *a través* del lenguaje, en el doble sentido de la expresión; por medio de él y atravesando, sin caer en ellas, las asechanzas que nos tiende. Volveremos sobre esto.

Ahora bien, la veracidad, a diferencia de la verdad, no pertenece a la dimensión semántica del lenguaje, sino a otra (tercera) dimensión, la dimensión pragmática. El lenguaje, además de consistir en sistema o sintaxis y en significación o referencia, posee un «uso» o «función», el uso o función de comunicar. Los hombres, ciertamente, se comunican mediante modos no-verbales, pero su modo de comunicación por excelencia es el lenguaje. Y de la misma manera que la semántica lingüística abre simultáneamente la posibilidad de la verdad y no menos la del error, la pragmática lingüística abre simultáneamente la posibilidad de la veracidad y la de la mendacidad (falsedad en el sentido de mentira).

A los lingüistas les interesa, sobre todo, la dimensión (morfo-)sintáctica del lenguaje y, a lo sumo, la semántica. A los filósofos de antes, la dimensión semántica, y, en contraste con ellos, a los de ahora, sobre todo la pragmática, el uso o función del lenguaje. ¿Cuál es, pragmáticamente, la función (sentido o *meaning;* en la palabra inglesa aparece, mucho más cla-

Fundación Juan March (Madrid)

ramente que en la española, el doble significado) del lenguaje? Sin duda, la comunicación de mensajes, es decir, la información; pero comunicación que lleva siempre ínsita un «para-qué», un propósito, un designio, y que, por tanto, se usa a modo de «estímulo» para una «respuesta» en términos de acción futura por parte del receptor del mensaje [1].

Ahora es cuando empieza a desplegarse ante nuestros ojos la problemática de una ética del lenguaje. El uso del lenguaje será moral cuando se ordene a la búsqueda de la verdad—ésta se obtiene a través del lenguaje ordinario, o, en el caso de la ciencia positiva, formalizado—y cuando sea subjetivamente verdadero, es decir, veraz. Ahora bien, el uso del lenguaje es inmoral, por supuesto, cuando no busca seriamente la verdad y cuando es mendaz; pero no sólo entonces, ni mucho menos. ¿En qué otros casos? Es lo que vamos a tratar de ver a continuación.

Una forma sutil de la mendacidad o mentira es la deliberada no-comunicación. El lenguaje sirve para ocultar la comunicación de la verdad tras una cortina de palabras incomprensibles o, pura y simplemente, in-significantes. La política al uso suele ser inmoral en este sentido. Los políticos dicen, por supuesto, muchas mentiras, y son también mendaces del modo que vamos a ver a continuación. Pero casi continuamente lo que hacen es *hablar de otra cosa,* distraer la atención de los verdaderos problemas, servirse de la palabra para la incomunicación o la pseudocomunicación, hablar de lo que no es la verdadera cuestión y en un plano que no es el de la realidad.

Por otra parte, no es lo mismo decir mentiras que ser mendaz. ¿En qué consiste esta diferencia lingüística? El mendaz es no sólo quien habitualmente dice la mentira, sino, más radicalmente, el que ya no necesita mentir a los demás, porque se ha mentido, de una vez por todas, a sí mismo, se ha autoengañado, ha terminado por creerse lo que le conviene, y, consiguientemente, dice la mentira con la buena conciencia de quien

[1] Cf. mi libro *La comunicación humana* espec. p.1.ª p.3.

Fundación Juan March (Madrid)

comunica la verdad. Lo que los psicoanalistas llaman «racionalización», lo que en sociología se entiende por «ideología» como contrapuesta a verdad, son modos aún más sutiles y menos obviamente inmorales de hacer un uso inmoral del lenguaje. Uso inmoral del que el individuo es menos responsable que el grupo al que pertenece, que le condiciona y encierra en un ámbito de presupuesto que ni siquiera se le ocurre poner en cuestión. Desde este punto de vista, la función moral del intelectual consiste justamente en, tras haberse liberado él mismo de esos presupuestos, denunciar su falsedad y desenmascarar—incluso a veces ante ellos mismos—a los mendaces, individuos o colectividades.

Hasta ahora hemos tratado de las inmoralidades del lenguaje en cuanto a su referencia—su falta de referencia, su pseudorreferencia—a la realidad. Pero, como hemos visto, el *meaning* del lenguaje, en cuanto su «para-qué», es siempre la comunicación de un mensaje con vistas a suscitar una *acción* por parte del receptor. La referencia es, pues, doble: a la realidad y a la acción. A veces, sin embargo, esta última puede sustantivarse, puede convertirse en la *raison d'être* de la comunicación, dejando completamente de lado el contenido «real» del mensaje, su referencia a la realidad, su verdad. Entiéndase lo que quiero decir: no tanto que esta referencia se haga inadecuada, y el mensaje se convierta en falso, cuanto que la cuestión de la verdad o falsedad pasa a un plano secundario, o más bien ni eso no importa ya nada, *da lo mismo*. Lo que importa exclusivamente es la eficacia de la comunicación para la acción, el poder de persuasión del modo de comunicar, su fuerza retórica; en una palabra, la manipulación.

Es, trasladado del plano interindividual al social, el lenguaje como propaganda. Propaganda que se hace al nivel publicitario comercial e igualmente al nivel publicitario político. Lanzar un nuevo producto, un nuevo candidato a presidente, una nueva política o un nuevo plan de desarrollo, se lleva a cabo exactamente de la misma manera; quiero decir no sólo con las

FUNDACION JUAN MARCH EX-LIBRIS
Fundación Juan March (Madrid)

mismas técnicas, sino desde una misma actitud, que, repito, ni siquiera tiene que ser necesariamente mendaz. El director de la campaña propagandística incluso puede pensar que el dentífrico o el candidato que anuncia son los mejores. La cuestión es irrelevante, pura convicción—o falta de convicción, o convicción contraria—privada, pues se trata, sí, de propaganda, pero no *de propaganda veritate,* sino *de propaganda fide,* de propagar una fe secularizada o creencia, de persuadir a las gentes, de hacerles creer y de hacerles, respectivamente, comprar o votar. (Comunicación para la acción.) Todavía hay que agregar que también la en apariencia pura «información» de noticias suele difundirse por modo propagandístico, de modo que la línea divisoria entre lo que no sería aún sino imparcial información y lo que es ya propaganda a través de una «información» convenientemente filtrada y adobada, es, en la mayor parte de los casos, muy difícil de trazar [2].

En resumen, hemos visto que la ética del lenguaje se refiere, en primer término, al problema de la relación del lenguaje con la realidad: verdad como su búsqueda y veracidad, mentira y mendacidad. Y en segundo lugar, pero no menos, al problema de la relación del lenguaje con la acción—lenguaje como retórica eficaz, fuerza de persuasión y, en fin de cuentas, manipulación—; es decir, logro de que el receptor del mensaje, sea éste verdadero o no, cuestión ya, desde tal punto de vista, totalmente indiferente, actúe «libremente» de acuerdo con lo que se propuso su transmisor. (*Meaning* del mensaje como su sentido-propósito.) Y hay que decir que, en cuanto síntoma de una enfermedad gravísima de nuestra época, el de que para ella la cuestión de la verdad o no-verdad del lenguaje se haya tornado indiferente y que lo que importa de éste es su eficacia como herramienta para la acción, el segundo de los problemas estudiados es el más grave atentado imaginable contra la ética del lenguaje.

[2] O.c., p.3.ª p.21.

Fundación Juan March (Madrid)

Terminamos así de hablar de nuestro tema, la ética del lenguaje. Sin embargo, hay que agregar algunas palabras más con el fin de fijar «por el otro lado» los límites del ámbito de la ética del lenguaje. ¿Es que puede decirse, sin más que el ejercicio de la persuasión y la retórica sean éticamente censurables?

El lenguaje no es puro discurso intelectual. Su dimensión emotiva le es intrínseca. O, dicho de otro modo, el lenguaje no es sólo *dialéctica,* sino también *retórica.* Y la persuasión que no pretenda reemplazar al razonamiento, sino que se conforme con reforzarlo, hablando al sentimiento a la vez que a la inteligencia, lejos de ser censurable, acredita un mejor conocimiento del ser humano y lleva a un convencimiento más firmemente anclado que si lo estuviese sólo en la razón.

Pero hay más. Decíamos antes que el lenguaje es ambiguo. No por casualidad. La realidad, o, cuando menos, el aspecto o conjunto de aspectos que ella nos presenta, es ambiguo también. ¡Ah si pudiésemos estar y saber que estamos en la verdad *o* en el error sin *tertium* posible! Todo sería entonces muy claro. Mas tan pronto como abandonamos el ámbito de lo empírico, nuestra veracidad, que moralmente nos absuelve, es tanta garantía de acertar con la verdad como el echar a cara o cruz una moneda al aire. Es el riesgo, riesgo total que, sin embargo, no nos aparta de seguir ¿vanamente? explorando. Explorando con nuestro único medio, el lenguaje. Lenguaje metafísco, lenguaje religioso, lenguaje poético. La metafísica es mucho más, como otras veces he escrito, un sistema de preguntas que un sistema de respuestas. El lenguaje religioso, el lenguaje poético, son significantes ciertamente; pero ¿cuál es su significado? Y ese significado en sí mismo indeterminable, ¿es transitivo, trasciende a la palabra misma, o se queda para siempre dentro de ella, recluido en ella?

Pensar metafísica o religiosamente y poetizar son modos de dejar el lenguaje en libertad para que corra su aventura camino de lo indecible. ¿Hay una ética de ese lenguaje aven-

Fundación Juan March (Madrid)

turero, arriesgado, en libertad? Creo que no. Probablemente, no todo el mundo está de acuerdo conmigo en esto. Cabe condenar moralmente ese lenguaje. Cabe predicar una ética de la *sobriedad* en el lenguaje, una «ascesis de la objetividad» que no intente ir más allá de la verdad en mayor o menor medida —muy problemática medida—verificable. Tal parece ser la ética preconizada por Jacques Monod, aquella «cuyo criterio esencial es de hecho no el hombre, sino el conocimiento objetivo en sí mismo y por sí mismo» [3].

La última consecuencia de su rigor sería, pienso, la proclamación de la ilicitud moral de correr esa aventura, de embarcarse en ella. Tal posición merece mi respeto; pero nada más. Creo que en la realidad, y por lo menos, desde luego, en el lenguaje, hay muchas más cosas de las que caen bajo la jurisdicción de la ética. Nuestro tema era «la ética del lenguaje». No todo el lenguaje cae bajo la jurisdicción de la ética. Vimos al principio—discusión sobre el término *bueno,* etc.—que ésta empezaba su cometido a un cierto nivel lingüístico. Creemos ver ahora que también lo termina a otro cierto nivel lingüístico. La ética se aplica dentro de unos límites del comportamiento lingüístico... y del comportamiento *tout court.* No «más acá», pero tampoco «más allá». El problema de sus límites pertenece constitutivamente, creo yo, al de la ética del lenguaje y, sin más, al de la ética en cuanto tal.

[3] Cf. *Entrevista con Jacques Monod,* publicada por primera vez en la revista *Raison Présente,* enero 1968. (Apud *The Human Context* vol.4 n.1 [London 1972], bajo el título de *Science, the supreme value of man.)*

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

UNIVERSALES LINGÜISTICOS Y SOCIEDAD

Por EMILIO LLEDÓ IÑIGO

Catedrático de la Facultad
de Filosofía y Letras
de la Universidad de Barcelona,
director del Departamento
de Historia de la Filosofía

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

*UNIVERSALES LINGÜISTICOS Y SOCIEDAD**

I

La teoría de la comunicación constituye, en nuestros días, un tema fundamental en los trabajos de lingüistas, sociólogos y filósofos. La posibilidad de esta comunicación se funda, sobre todo, en una antigua cuestión de la historia del pensamiento: los universales. Fuera de su planteamiento técnico, el problema de los universales puede expresarse en los siguientes términos: para que sea posible la comunicación humana han de darse unos ámbitos de coincidencia comunes a todo lenguaje que permiten precisamente establecer conexiones entre los comunicantes, sin las que sería imposible toda intelección.

La moderna lingüística ha recogido este problema, y concretamente en la gramática generativa ha adquirido importancia la búsqueda de unos «universales lingüísticos» que habían sido anunciados por Humbold y tematizados, dentro de un fecundo campo psicológico, por Vygotsky, y que Chomsky ha destacado recientemente como una de las cuestiones centrales, sobre cuyo estudio puede caminar la lingüística y la filosofía del lenguaje en una dirección positiva.

El problema podría también, simplificadamente, expresarse así: ¿Existe una estructura profunda *(deep structure)*, subyacente a todas las lenguas, que, al investigar su mecanismo, permitiese explicar el modo de funcionamiento de la mente hu-

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.20 p.409-418.

Fundación Juan March (Madrid)

mana? Este planteamiento ha originado una reciente polémica, que recuerda las discusiones sobre ideas innatas entre Locke y Leibniz. Parece, sin embargo, que la cuestión del innatismo ha de establecerse a un nivel distinto del que la polémica actual lo ha situado.

Es evidente que el hecho de que se hable de un aprendizaje de la lengua materna debido al dinamismo de unos procesos creadores que de algún modo residen en nuestro cerebro, hace suponer la existencia de un acondicionamiento previo al hecho mismo del lenguaje, y en el que éste encuentra el cauce y el sustento. El descubrimiento de los «universales lingüísticos» sería la confirmación de estos esquemas mentales, que con bastante imprecisión suelen denominarse «ideas innatas». El problema, sin embargo, reside en una capa más profunda que la que metaforiza la expresión «innatismo».

El lenguaje es un producto de la comunidad humana. Cada individuo se encuentra inmerso, desde su nacimiento, en esa organización abstracta del mundo, a la que va a ir integrándose al mismo ritmo con el que su *bios* alcanza la plenitud de su desarrollo. De la misma manera que los ojos van acomodándose a la luz, el cerebro humano, en un proceso más lento, se conforma al sistema lingüístico, que percibe y racionaliza a medida que hace consciente su situación e instalación en la naturaleza y en el mundo. Por consiguiente, hablar, una vez más, de «ideas innatas» en el hombre es algo así como hablar de «manos innatas» u «ojos innatos». Las manos, los ojos, como el lenguaje, se han hecho en una larga respuesta funcional, que durante generaciones ha servido para entrar en contacto con el mundo y organizarlo. Es cierto que el lenguaje, como la mano, tiene distintos usos y que las lenguas tienen diversidades y homogeneidades, y que en aquello que se asemejan se podrían encontrar las estructuras del funcionamiento mental. Pero insistir en que, a pesar de las distintas gramáticas, hay unos «universales lingüísticos», es algo tan irrebatible y tan trivial como decir que las manos de todos los hombres tienen cinco dedos.

Fundación Juan March (Madrid)

Lo importante es que la única diferencia, como la de las lenguas, radica en el hecho de que hay manos que manejan el torno, o el arado, o la pluma. Estas distintas posibilidades se deben al mundo real con el que tales manos se encuentran.

No sería, pues, inútil, en el espléndido desarrollo actual de los estudios sobre el lenguaje, rastrear la constitución de esos universales lingüísticos en la trama histórica que la sociedad, sus estructuras y superestructuras han tejido en cada vida humana y en cada comunidad.

En este esquema de recientes necesidades se explicita un planteamiento aristotélico que no ha sido suficientemente resaltado. Al comienzo de la *Política* (1253 a 1), nos ofrece Aristóteles una famosa definición del hombre, trivializado ya por el uso, pero cuyo vigor ha aumentado con el tiempo: ἄνθρωπος φύσει πολιτικὸν ζῷον (el hombre es, por naturaleza, un animal político). Un poco más adelante aparece también la otra definición: λόγον δὲ μόνον ἄνθρωπος ἔχει τῶν ζῴων (el hombre es el único de los animales que tiene *logos,* que habla). El contexto en el que ambas definiciones aparece es suficientemente expresivo para descubrir cuál era en realidad la pretensión aristotélica y cuál era la topología exacta de su planteamiento sobre el lenguaje humano. Dice así: «Es evidente que la ciudad es una realidad natural y que el hombre es, por naturaleza, un ser que vive en *polis*. Aquel que está sin ciudad es, por naturaleza y no por azar, o bien un ser degradado, o bien un ser superior al hombre; es como aquel a quien Homero echa en cara no tener «ni clan, ni ley, ni hogar»... Así, pues, es patente la razón por la que el hombre es un animal político más que todos los otros, abejas o animales gregarios. Porque, como ya hemos dicho, la naturaleza no hace nada en vano, y sólo, de entre los animales, es el hombre el que habla. Sin duda que la voz *(phoné)* es señal de dolor y de placer... Pero la palabra *(logos)* es para mostrar lo útil y lo dañino, así como lo justo y lo injusto. Esto es, pues, lo propio del hombre en relación con los otros animales; sólo él capta el

Fundación Juan March (Madrid)

bien y el mal, lo justo y lo injusto, y otras cosas parecidas. Porque es la participación comunitaria de todo esto lo que hace la familia y la ciudad» (*Política* 1253 a 1-18).

El hombre se mueve, por tanto, en la retícula social, en cuyo entramado se da el carácter comunitario de su existencia. Esta retícula social actúa «políticamente», o sea, comunitariamente, en su manera de entender el universo abstracto del lenguaje, que ha ido configurándose precisamente en ese entramado. Su cerebro, por consiguiente, se ha constituido conforme al desarrollo de sus necesidades prácticas y al predominio que determinados ámbitos lingüísticos han ido alcanzando entre los diversos estratos que forman el sistema conceptual humano.

Este sistema conceptual en el que el hombre se encuentra cuando empieza a percibir un lenguaje, es resultado del amplio proceso significado por el término *pensamiento*. Al analizar el desarrollo del comportamiento intelectual humano con los datos que poseemos, puede adelantarse una definición de lo que parece caracterizar el fenómeno del pensamiento. Abandonando, una vez más, toda la complicada superestructura técnica con la que frecuentemente se enmascara el contenido real de las cuestiones, cabe aceptar la definición de pensamiento como el reflejo generalizado de la realidad en el cerebro humano, creado por medio de la palabra... y ligado al conocimiento sensorial del mundo y a la actividad práctica de los hombres. Pero, en un principio, pensar implicó «manejo de la realidad con finalidad e interpretación». Efectivamente, los estudios de prehistoria y arqueología nos permiten deducir que el pensamiento brotó de la necesidad de actuar sobre el entorno humano y modificarlo para moverse con más seguridad en él. La invención de instrumentos no fue otra cosa que la prolongación del poder de las manos en un intento de asimilación o de dominio del entorno. Los estímulos para esta finalidad e interpretación de posibilidades surgieron de la necesidad de conservar la propia existencia .

En un estadio posterior, cuando el cerebro humano se en-

Fundación Juan March (Madrid)

cuentra ya ante un lenguaje constituido, pensar se define entre coordenadas parecidas a las anteriores, pero con mayor complejidad. Pensar es, en primer lugar, la instalación en la estructura lingüística y la actuación mental dentro de esa estructura. En segundo lugar, pensar es crear, o sea, adaptarse a situaciones nuevas partiendo de los esquemas de posibilidad que ofrece el lenguaje y, por supuesto, el mundo. Pero, además, pensar implica también la utilización del lenguaje como instrumento defensor o destructor de la vida, sintetizando en esta expresión todo el amplio dominio en el que se extiende el hecho de la comunicación humana, de sus logros y frustraciones, de su capacidad de desmitificación y liberación, o, por el contrario, de encerrarnos en una «cárcel lingüística» originada por el creciente imperio de la información. En este sentido, el sistema conceptual emanado del lenguaje descubre, una vez más, su enraizamiento sociológico, su ineludible carácter de instrumento de algo y para algo.

II

Más que en un universo de objetos, la mente humana se mueve, pues, en un universo de significaciones. Estas significaciones ponen de manifiesto que «el porvenir pertenece a una lingüística de la connotación», o sea, a una teoría del lenguaje que no abandone ninguno de los dominios que han actuado en la formación de esas significaciones.

En las páginas que siguen se intenta configurar, sobre el modelo de los sistemas de señales, otra serie de sistemas en los que aparecen diversos tipos de instalación en el entorno, y, por consiguiente, diversos tipos de estímulos para el pensamiento y, en definitiva, para el lenguaje.

La configuración de la mente humana se debe al complejo entramado que el contacto sensorial y práctico con el mundo, en función de nuestras necesidades, ha ido creando en el des-

Fundación Juan March (Madrid)

arrollo de la especie. Las supuestas ideas innatas o los universales lingüísticos son el resultado de esa historia real, y en la actualidad tienen que ver con el mensaje genético, con la masa de información que de alguna manera ha llegado, a través de ese mensaje, al cerebro humano.

a) El primer sistema de señales, como es sabido, se sustenta sobre dos elementos: la percepción sensible y el objeto capaz de ser aprehendido por los sentidos. Es evidente que la primera posibilidad de contacto entre hombre y mundo ha tenido lugar en función de este esquema. Dentro de él, la selección del entorno ha ido marcando los campos de interés y, en un estadio posterior, la versión lingüística de estos campos de interés, o sea, los campos semánticos. La defensa de la propia vida, la solidaridad del grupo humano, las necesidades más elementales, debieron de ser las orientadoras de ese vínculo que necesariamente tenía que establecerse entre el hombre y la realidad objetiva.

En el curso de la historia, esta relación no ha desaparecido. A pesar de que el mundo ha sido modificado por la capacidad creadora del hombre, a pesar de que el lenguaje se ha intercalado entre nuestras percepciones y ha marcado determinados canales de asimilación e interpretación, en el fondo sigue subsistiendo esta originaria dualidad, mantenida al hilo de las más elementales necesidades: defensa de la vida y de los intereses vitales. Dentro de este esquema dual, conocer es discernir lo conveniente o inconveniente para el desarrollo del propio ser, y el lenguaje, que, como necesidad de comunicación y solidaridad, fue surgiendo en el hombre primitivo, debió reflejar de algún modo la lucha por la vida, en la que se expresaba una peculiar relación y tensión entre el hombre y las cosas. No sería aventurado pensar que el origen de esas posibles estructuras cerebrales, en las que, al parecer, se sustentan todas las teorías sobre universales lingüísticos, tuvo lugar en un lento proceso de maduración del cerebro humano, estimulado por el entorno hostil y amenazador. El primer sistema de señales esta-

Fundación Juan March (Madrid)

blece, por consiguiente, las bases sobre las que comenzará a construirse el lenguaje.

b) En un estadio posterior de evolución, el sistema dual *hombre-mundo,* relacionado por los sentidos y funcionando bajo el estímulo de las necesidades y situaciones anteriormente aludidas, adquiere una variante de gran importancia. Entre la sensibilidad humana y el mundo de objetos se intercala el lenguaje. El esquema inicial: sentidos-objetos se transforma en

A		B		C
sentidos	—	palabras (lenguaje)	—	objetos (mundo)

En este segundo momento, el lenguaje denota objetos, cosas. Su función significativa se satura plenamente con los objetos significados. No se puede precisar con exactitud si ha habido un lenguaje en el que las palabras que lo integran se correspondiesen exactamente con un mundo concreto de cosas, frente a las que cada una de esas palabras tuviese una mera función indicativa, como la palabra *mesa* indica esta realidad sobre la que escribo. Con todo, es claro que cada lengua tiene un gran número de términos, los llamados «nombres concretos», en los que sus significados radican precisamente en la orientación de su referencia a la realidad y en el choque objetivo de esa referencia.

El mundo del lenguaje se percibe exactamente igual a como puede percibirse el mundo de objetos. El oído que escucha, entendiéndolos, determinados sonidos, la vista que recorre unos signos sobre un papel, son, como en el caso del primer sistema de señales, condiciones imprescindibles para que de hecho pueda darse el fenómeno del lenguaje. Pero así como el mundo de objetos, en el primer sistema de señales, parece constituir la meta final de la percepción en cuanto tal percepción, el lenguaje «concreto», en este segundo sistema, parece ser un simple medio que nos lleva a las cosas a las que realmente se

Fundación Juan March (Madrid)

refiere, y en las que se justifica, en principio, todo el proceso referencial.

En el fondo de este sistema, con tres elementos: *percepción sensible - lenguaje - cosas,* se repite el esquema dual del primer sistema: *percepción sensible - cosas,* al tener el lenguaje, en el nivel integrado por los nombres concretos, un carácter de medio hacia la realidad referencial y diluirse en esa función referencial. Con todo, el mundo que el lenguaje indica se presenta en un doble nivel; por un lado, el mundo de los objetos naturales; por otro, el mundo de los objetos «sociales», o sea, de aquellos que han surgido creados por el hombre y en función de sus necesidades. A su vez, el lenguaje comienza a presentar una cierta estratificación en el nivel mismo de su estructura referencial concreta. Términos que designan objetos naturales y términos que designan objetos «sociales»—p.ej., *león* en el primer caso, *mesa* en el segundo—, serían, por consiguiente, el correlato lingüístico de esa doble fila de objetos «naturales» o «sociales». Dejando a un lado el problema de los nombres «naturales» y de la posible arbitrariedad del signo lingüístico, los nombres «sociales» y los campos semánticos circunscritos por estos nombres están determinados por la historia de las distintas sociedades, por las clases que han ejercido el poder en ella y por las necesidades de las que eran expresión esos objetos, y que en cada momento venían marcadas por el hecho social.

Con todo, el juego referencial queda ceñido siempre, en este segundo sistema, al contraste con la realidad y es, en el contexto de ésta y en la totalidad de sus referencias sociales, donde las palabras de este segundo sistema adquieren su pleno sentido y su inteligibilidad.

a) Hay un tercer sistema, en el que la estructura anterior se presenta de la siguiente manera:

A		B		C
sentidos	—	palabras (lenguaje)	—	palabras (lenguaje)

Fundación Juan March (Madrid)

Aquí la estructura referencial C no está constituida por el mundo de objetos sensibles, de cosas, sino por definiciones, por abstracciones y, en definitiva, por palabras. Los sentidos perciben, al leerlo o al escucharlo, un lenguaje que no es medio hacia una realidad objetiva, sino que para encontrar en última instancia lo que significa tenemos que valernos de otros términos, ya que no hay cosas nombradas por esas palabras. Suele denominarse a este tipo de vocabulario «términos abstractos». Los diálogos platónicos, principalmente los de la primera época, son un ejemplo clásico de este nivel lingüístico. La pregunta por el «qué es» y la búsqueda continua de respuestas a este «qué es», difuminada siempre en el aire del no saber socrático, manifiesta la nueva y rica complicación que el lenguaje abstracto representa en el conglomerado de la simbología humana.

Sin embargo, las respuestas o definiciones, los «objetos lingüísticos» que sustituyen a los objetos reales («naturales» o «sociales»), presentan aún con mayor claridad el componente social que los constituye. En el caso de los diálogos platónicos por ejemplo, las contestaciones que los distintos interlocutores de Sócrates dan a las preguntas de éste, son «objetos lingüísticos» que, construidos con el material de la lengua griega, van siendo elaborados por los personajes del diálogo. Esta elaboración, a pesar de su aparente automatismo, tiene lugar desde un largo proceso, en el que han actuado las siguientes motivaciones:

1) *Intelectuales:* inteligencia de la cuestión planteada; aceptación o disimulación del problema para solucionarlo o desecharlo.

2) *Eticas:* ingredientes interiores; herencia biológica, etc., que constituyen una personalidad. Concepción que cada individuo tiene de comportamiento humano en función de lo que entiende por bien o por mal y de los

Fundación Juan March (Madrid)

ideales que, por encima de sus propios intereses inmediatos, sea capaz de proyectar y reproducir en actos.

3) *Educativas:* ingredientes exteriores, que van condicionando comportamientos y mentalizando al individuo. Las reacciones lingüísticas, ante estímulos también lingüísticos, quedan canalizados a través de los reflejos condicionados que han ido creándose por la educación.

4) *Sociales:* ámbito general de ingredientes exteriores, una parte de los cuales es la educación, y que en el orden lingüístico están compuestos por toda la amplia red de funciones comunicativas que constituyen el lenguaje. Estas funciones, sin embargo, no se limitan exclusivamente a un dominio informativo neutral; la información, en numerosos casos que no es preciso detallar, va encapsulada en una serie de motivaciones que, por los diversos tipos de presiones que la sociedad ejerce, modifica el comportamiento humano y, por consiguiente, configuran la vida. Esta configuración influye decisivamente en la coagulación social, o sea, en el horizonte de posibilidades que se ofrecen al hombre para realizarse. Las «ideas» de los hombres, sus esquemas mentales o sus «universales lingüísticos» son el resultado de los tipo de respuestas creados, a lo largo de generaciones, por el dinamismo de la sociedad, por las fuerzas que provocan y encauzan esos dinamismos y por las coagulaciones sociales subsiguientes, que estratifican la historia humana.

5) *Políticas:* dentro de la retícula social hay nódulos que determinan el haz de relaciones establecidas en el tenso entramado de la sociedad. El dinamismo social adquiere aquí, sobre todo en un orden externo, orientaciones y metas creadoras o esterilizadoras según los objetivos a los que ese dinamismo se encauce, las fuerzas que provoquen ese dinamismo y la capacidad que esos impulsos superficiales tengan para hacer perdurar sus presiones a lo largo del proceso histórico. Por supuesto que aquí no

Fundación Juan March (Madrid)

se trata sólo de un nivel lingüístico; pero es innegable que estos procesos, desde los más individuales, suponen siempre una comunicación que prepara, permite, determina o impide las distintas actuaciones reales. Sin comunicación lingüística no hay sociedad, y, por tanto, no hay vida humana, porque la sociedad no podría darse sin el sistema de signos, que amplían su dominio, y sin el sistema conceptual, que lo interioriza.

d) Un cuarto sistema, que por cierto pone de manifiesto un extraordinario interés en relación con los llamados «universales lingüísticos», podría esquematizarse así:

A		B		C
sentidos	—	símbolos	—	estructuras lógicas

Ya no se trata de lenguaje natural, sino de lo que se denomina, de un modo general, lenguajes artificiales. El elemento B de esta triple relación lo forman todos aquellos símbolos lógicos o matemáticos que establecen un cierto tipo de comunicación, ya que pueden ser percibidos o interpretados por el hombre. Sin embargo, el tipo de percepción que requieren tiene características muy distintas de la percepción del lenguaje natural. El aprendizaje de los signos formales no brota de la incorporación del individuo, por su nacimiento, a una familia y a una sociedad. El lenguaje natural se transmite, de manera automática, por el hecho de esa incorporación, ya que es un elemento esencial para la existencia de la sociedad, de la que el individuo ha venido a formar parte. Por el contrario, los simbolismos artificiales no ocupan sino una parcela mínima en el ámbito de la comunidad humana y se cultivan exclusivamente en el estrecho recinto de la ciencia. Aunque el saber científico responda, de alguna manera, a la estructura general de la socidad, su cultivo, a pesar de su extraordinaria importancia, no es condición indispensable, como ocurre con el lenguaje, para que exista la sociedad.

Fundación Juan March (Madrid)

Pero, de todas formas, esos simbolismos son también un producto del hombre, y pueden por ello funcionar en su mente. Su modo de funcionamiento, sin embargo, no consiste en referirnos a una realidad objetiva y aprehensible; ni siquiera basta para justificar su sentido el explicarlo con palabras del lenguaje natural, como ocurre con los signos del tercer sistema. La estructura referencial de estos lenguajes artificiales la constituyen unos espacios lógicos, o condiciones mentales de posibilidad, que permiten que estos simbolismos tengan coherencia y sentido. Pero ¿por qué la lógica o la matemática producen esos encadenamientos que puede seguir la inteligencia en un largo proceso de abstracción significativa? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de este fenómeno exclusivo de la mente humana? Todas las filosofías de la matemática han fracasado, en parte, al pretender explicar este hecho. Lo que sí es claro es que este peculiar modo de lenguaje descansa en estructuras cerebrales, configuradas en un largo proceso de abstracción y generalización que ha tenido lugar a lo largo de la historia.

Determinados pueblos, concretamente los europeos, han creado lo que podríamos denominar «ciencias formales». Esto es, indudablemente, resultado de la biografía intelectual de esos pueblos. Hay otro tipo de sociedades que por diversas causas se han hallado totalmente alejadas de ese proceso. Sin embargo, como el esclavo del *Menón* platónico, cualquier individuo de esas supuestas sociedades primitivas podría, en condiciones normales, llegar a familiarizarse con estos simbolismos. El cerebro humano tiene, por su propia estructura, capacidad para moverse entre el complicado universo de los formalismos de cualquier tipo. Lo cual quiere decir, entre otras cosas, que la inteligencia humana, madurando en campos alejados de aquellos en los que tales símbolos se producen, es capaz, sin embargo, de *asimilarlos* y, por tanto, interpretarlos. Los «universales simbólicos», o los recipientes categoriales a que Kant se refería, son acervos de la especie humana, que ha tenido, en su

Fundación Juan March (Madrid)

desarrollo biológico, idénticos estímulos, por muy distintos que hayan sido el horizonte y las posibilidades de ese desarrollo. Tal vez la identidad de esos estímulos es lo que ha permitido que la formación del cerebro humano tuviese la homogeneidad requerida para que pueda hablarse de estructuras mentales semejantes entre las distintas lenguas.

e) Los sistemas de comunicación anteriormente mencionados, con excepción del primero, tienen como medio el lenguaje natural o artificial. Pero hay otra posibilidad de establecer un sistema que presenta analogías con el primer sistema de señales, y cuyo vehículo no es, fundamentalmente, el lenguaje, aunque pueda ir acompañado de componentes lingüísticos. El esquema de esta comunicación puede ser:

A	B	C
sentidos	complejos de colores, palabras, sonidos, etc.; distribución del espacio, formas materiales	intereses sociales

Ejemplos del medio transmisor B pueden ser todo el amplio dominio que va desde la publicidad a las artes plásticas, al cine, etc. Sin llegar a la capacidad intersubjetiva del lenguaje, y, en consecuencia, a su poder de abstracción, toda esta gama de mensajes suponen un intenso proceso de «culturización», que depende en gran parte del grado de desarrollo técnico de la sociedad. La posibilidad de transmitir información de cualquier tipo que sea, ha aumentado a medida que la sociedad ha ido creando necesidades. Ya no se trata, como en el primer sistema de señales, de proyectarnos inequívocamente hacia la realidad para, en relación con ella, utilizarla y dominarla en provecho de nuestra vida. Los nuevos mensajes provenientes de este complejo informativo responden, sobre todo, a las necesidades o pseudonecesidades de una sociedad que se interfiere entre el hombre y la naturaleza. El horizonte humano ya no lo constituye la naturaleza misma, sino los productos creados por la so-

Fundación Juan March (Madrid)

ciedad, y tras los que apenas se vislumbra ya el mundo. De la misma manera, la naturaleza humana, lo que el hombre es «naturalmente», queda también asfixiada por todo aquello que se le impone creadora o esterilizadoramente.

Este proceso de «culturización» tiene, indudablemente, un sentido, como lo tienen los mensajes a través de los cuales se comunica. Pero mientras el arte pretende, de algún modo, ampliar la sensibilidad humana, los mensajes de la publicidad o de artes sometidas a intereses concretos, no tienen otra misión que condicionar los comportamientos en función de una determinada utilización pragmática de los mismos. El mundo artificial así creado se convierte en objeto de consumo; el hombre no utiliza esos productos completándose con ellos, sino que los devora, los aniquila. En este proceso de aniquilación se rompe la dualidad sujeto-objeto, en cuyo continuo contraste radica la tensión, la lucha, el dominio y el progreso que caracteriza la existencia humana. En este proceso de aniquilación no hay relación dialéctica alguna; el consumo del objeto deja al hombre sometido al vacío de una nueva apetencia, pero sin haber avanzado un paso desde el estadio anterior. La aniquilación de objetos, en el panorama de la nueva sociedad, manifiesta siempre la pobreza de una existencia en la que únicamente pervive la apetencia de una nueva consunción, alimentada por esos mensajes que inundan diariamente nuestro cerebro, y que son imprescindibles para mantener esta situación artificiosa. Al mismo tiempo, para los que controlan la «fabricación» de esa forma peculiar de mundo, el proceso de consumo se convierte en «poder». Consumo y poder; aniquilación y fabricación de productos para ser aniquilados; pobreza y riqueza para empobrecer. Entre estas alternativas surge el mundo intermedio de esos mensajes, que actúan desde los *slogans* verbales hasta la selección de colores, imágenes, composiciones, sonidos, que interfieren la posible libertad humana para proyectarla, unilateralmente, hacia los productos que se le tienden.

No interesa ahora entrar en el análisis de este fenómeno,

Fundación Juan March (Madrid)

que en sí mismo podría ser positiva y creadoramente manipulado. Unicamente hay que destacar la existencia de este nuevo tipo de comunicación, que conecta al hombre con ese mundo «fabricado» y que utiliza la experiencia secular del lenguaje natural para llevar a cabo sus mensajes. Pero este lenguaje no sirve para comunicar a los hombres entre sí, sino para imponerse desde el horizonte de esa estructura de poder que fabrica las condiciones de posibilidad de un mundo, a la larga, inconsistente. La cultura ya no es objeto de contemplación y liberación, sino de posesión aniquiladora y de sujeción.

Todo este complicado mundo de mediaciones entre el hombre y lo que se pretende hacer con él, se sustenta en lo que, de una manera general, se ha denominado «intereses sociales». Estos intereses pueden estudiarse con bastante exactitud, pero ahora no constituyen el objeto de este trabajo.

Los esquemas homogéneos de respuestas, o, por utilizar la terminología tradicional, los «universales lingüísticos», tienen su origen en el dinamismo histórico, brevemente aludido en las páginas anteriores. En este juego de estímulos y respuestas más o menos complicado se han ido solidificando, en el cerebro del hombre, determinados canales, por los que, a través de un largo proceso de mentalización, discurre la actividad humana.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

SOCIOLOGIA DEL LENGUAJE

Por RAFAEL-LLUIS NINYOLES MONLLOR

Departamento de Sociología.
Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad de Valencia

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

SOCIOLOGIA DEL LENGUAJE *

La consideración del lenguaje como «hecho social» es tan antigua, que parece inútil extenderse en argumentaciones demostrativas. Ningún sociólogo ha vacilado en suscribir que el lenguaje es el instrumento decisivo de comunicación e interacción humana. Hace veintitrés siglos, Aristóteles ya sugería su papel esencial y omnipresente en la vida social. Cualquier actividad en común impone o presupone una unidad de lenguaje; de manera que éste es inseparable de su ámbito sociocultural.

Pero estos tópicos, que todos los manuales subrayan, no deben impresionarnos demasiado. Porque si entre los sociólogos ha existido siempre un vago acuerdo sobre el carácter «social» de los fenómenos lingüísticos, su considerasión concreta ha oscilado de manera muy notable. La «sociología del lenguaje» es uno de los campos más recientemente abiertos a la investigación, y nace del esfuerzo disciplinado por explicitar aquellas relaciones entre lengua(s) y contexto social que se habían dado como algo evidente en sí mismo. Sus progresos no consisten sino en descubrir lo que ya enunciaba el tópico.

Sociólogos y lingüistas han hecho, incidentalmente, algunas contribuciones sugestivas. Ya la controvertida distinción saussureana entre la *langue* y la *parole*—sucesivamente reacuñada por la lingüística moderna—implicaba una cierta prioridad del hecho social sobre el individual. De Saussure ve en la «lengua» el sistema total de signos que sirven de medio de

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.14 p.107-117.

Fundación Juan March (Madrid)

comunicación para los miembros de una comunidad lingüística; el «habla» es un acto individual que, si bien refleja aquel conjunto de reglas gramaticales, expresa la elección personal del hablante: el uso efectivo que un sujeto hace del sistema. De Saussure trata de separar de este modo «1.°, lo que es social de lo que es individual; 2.°, lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental» [1]. De ahí que «el estudio del lenguaje comprende dos partes; una de ellas, esencial, que tiene por objeto la lengua [...]); la otra, secundaria, que tiene por objeto la parte individual, es decir, el habla» [2].

En todo caso, la dicotomía saussureana reconocerá el carácter «social» de la lengua a expensas de la interacción *social* del habla efectiva. Cuando De Saussure describe la *langue* como sistema que «tiene existencia en cada mente, o, más específicamente, en las mentes de un grupo de individuos» [3], postula la homogeneidad de las normas que guían el comportamiento—esencialmente uniforme—de la comunidad lingüística. Las variaciones con respecto a esa homogeneidad fundamental pueden ser consideradas como desviaciones teóricamente insignificantes de la norma, en cuanto reflejan las meras elecciones individuales o los estados psicológicos del sujeto hablante.

Se ha reprochado a los conceptos de De Saussure y a las escuelas que se inspiran en ellos un cierto desdén por el habla: por el sujeto hablante como «individuo». La importancia de ese «otro aspecto» del lenguaje, aunque resueltamente reconocida por De Saussure [4], se reducía, en la práctica, a una sumaria declaración de principio. Pero no es esto lo que una sociolin-

[1] F. DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*. Trad. castellana (con un excelente prólogo) por Amado Alonso (Ed. Losada, Buenos Aires 1967) p.57.

[2] DE SAUSSURE, *Curso* p.64.

[3] «El objeto concreto de nuestro estudio es, pues, el producto social depositado en el cerebro de cada uno, o sea, la lengua» (p.71).

[4] «Ambos objetos—escribe De Saussure—están estrechamente ligados y se suponen recíprocamente; la lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos; pero el habla es necesaria para que la lengua se establezca» (p.64).

Fundación Juan March (Madrid)

güística explícita va a someter a discusión. Lo que ésta podría discutir, tanto a De Saussure como a sus críticos de la escuela individualista, no es ya «el riesgo de subestimar la fuerza creadora y la influencia del individuo» [5], sino el supuesto de que el «habla» *no* es, de todas formas, una azarosa expresión de simples opciones individuales. Por el contrario, la *parole* refleja un sistema altamento codificado de relaciones sociales subyacentes. La sociolingüística analiza el carácter tipificado de las relaciones sociales que determina el uso de la lengua en un contexto particular en forma de reglas de selección sociolingüística. El estudio del «habla» en la «situación» en que se produce permitirá una observación cuidadosa de las variaciones sistemáticas del comportamiento a los niveles social y lingüístico.

Al concebir la lengua como sistema autónomo separado de su uso y aislado de los individuos que lo usan, De Saussure habrá de establecer una nueva demarcación entre la lingüística *interna,* o propiamente dicha, y la lingüística *externa* [6]. Este segundo aspecto del estudio del lenguaje puede muy bien circunscribir—negativamente—temas que han integrado el núcleo «tradicional» de la (macro)sociolingüística, como el bilingüismo, la planificación o estandardización lingüística, etc. El mismo Antoine Meillet, discípulo calificado del maestro ginebrino, objetaría a esa diferenciación un «exceso de abstracción» y un alejamiento de las realidades históricas. La sociolingüística va a suponer, en definitiva, el replanteamiento de problemas que la lingüística tradicional ha considerado marginales a su campo.

La afirmación del carácter social del hecho lingüístico apoyaría de manera especial los trabajos de la *linguistique sociologique,* muy vinculada, por otra parte, a las enseñanzas de Emi-

[5] MAURICE LEROY, *Tendencias individualistas en la lingüística,* en Problemas del lenguaje (Ed. Sudamericana, 1969) p.167.
[6] DE SAUSSURE, *Curso* p.67ss.

Fundación Juan March (Madrid)

lio Durkheim [7]. La «escuela sociológica» francesa intentará dilucidar, en el plano de la gramática comparada y de la gramática histórica, las transformaciones de una lengua determinada en relación con las sociedades a las que sirve de vehículo. Figuras como Antoine Meillet, Albert Dauzat, J. Vendryès, Marcel Cohen, militan en dicha escuela. El mismo A. Meillet, apuntando en 1906 ciertas directrices de la futura investigación, declara que «será preciso determinar a qué estructura social responde la estructura lingüística dada y cómo, de una manera general, los cambios de estructura social se traducen en cambios de estructura lingüística» [8]. En esta misma línea, J. Vendryès afirmará que «todo lenguaje está dominado por las condiciones sociales [...], y es lo social lo que aporta al estudio del lenguaje un método general de investigación y de explicación» [9]. Finalmente, M. Cohen trata de ordenar en 1956 [10] la formidable dispersión monográfica y de sacar balance de los primeros resultados. A pesar de su buen propósito, su ya clásico manual *Pour une sociologie du langage* no lograría circunscribir el campo en que habrá de ser edificada la nueva disciplina. Sus brillantes afirmaciones programáticas acaso recuerden las de aquellos personajes bíblicos destinados a conducir a su pueblo a la tierra que ellos mismos no lograron conquistar.

Huelga subrayar aquí el impacto de los acontecimientos políticos de la primera guerra mundial sobre la situación lingüís-

[7] «El lenguaje—escribe A. Meillet—es [...] eminentemente un hecho social. En efecto, se ajusta exactamente a la definición que ha propuesto Durkheim; una lengua existe independientemente de los individuos que la hablan, y, aunque no tenga ninguna realidad fuera de la suma de estos individuos, es, sin embargo, por su generalidad, exterior a cada uno de ellos; prueba de esto es que no depende de nadie el cambiarla y que toda desviación individual provoca una reacción» *(L'anée sociologique* [1904-1905] p.1).

[8] Cit. por JEAN PERROT, *La lingüística: ¿Qué sé?* (Barcelona 1970) p.117.

[9] J. VENDRYÈS, en Bulletin de la S. de Linguistique t.47,2 (Paris 1951) p.49.

[10] MARCEL COHEN, *Pour une sociologie du langage* (Albin Michel, 1956).

Fundación Juan March (Madrid)

tica de los países europeos y sobre la estandardización, más o menos radical, de buen número de idiomas [11]. Fuera de los círculos franceses, podrían mencionarse los esfuerzos de L. Bloomfield, E. Sapir, R. Jakobson, A. Martinet, en el campo de la lingüística estricta. O pioneros más o menos inclasificables, como el noruego A. Sommerfeld en el dominio de la *Sprachensoziologie*. Desde un ángulo muy distinto, el behaviorismo de George H. Mead aclararía la función crucial del lenguaje y la interacción social en el desarrollo de la conducta humana. Por otra parte, una vez superado el ameno radicalismo de Nikolaj Marr—desautorizado políticamente por J. Stalin y científicamente por el georgiano A. Chicobava—, la lingüística soviética se mantendrá, si bien con una marcada preocupación social, en una dirección próxima a la de los demás países.

Es en los Estados Unidos, país en que la sociología ha gozado de una consideración antigua, donde, a partir de la pasada década, comienza a percibirse un explícito acercamiento entre la lingüística y las demás ciencias sociales [12]. Las investigaciones de R. A. Hall y E. Haugen, de Ferguson, Fishman y Gumperz, de H. Kloss, Macnamara y D. Hymes, darán, desde puntos distantes, un enfoque sustantivo a aquellas materias que la lingüística *stricto sensu* juzgó «periféricas» o «asistemáticas» [13]. En el aspecto bibliográfico, los *readers* de W. Bright (1966) y de J. A. Fishman (1970), con contribuciones de numerosos autores, señalan un considerable esfuerzo para edificar la nueva disciplina. Disciplina cuya unidad se construye «en contra» de una de las tendencias de la ciencia social contemporánea—el despedazamiento y el carácter fragmentario de la

[11] Véase KARL W. DEUTSCH, *The Trend of European Nationalism*, en FISHMAN (ed.), *Readins in The Sociology of Language* (Mouton, The Hague, París 1970) p.598-607.

[12] Véase DELL HYMES, *Sociolinguistics and Ethnography of Speaking*, en EDWIN ARDENER (ed.), *Social Anthropology and Language* (Tawistoch Publications, Barnes Noble, Inc., 1971) p.47ss.

[13] «La lingüística—concluye De Saussure—tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma» (subrayado por De S.) *(Curso* p.364).

Fundación Juan March (Madrid)

investigación—y que permite llamar la atención sobre problemas cuya significación pública se hace cada vez más evidente.

Aunque este cambio de perspectiva concierne a investigadores de otras procedencias—la antropología, la ciencia política, la psicología y la psiquiatría—, plantea, de suyo, el problema de una doble filiación nominal: la lingüística y la sociología. El término «sociolingüística» será útil para caracterizar estudios en que el comportamiento lingüístico se ofrece como una variable independiente, mientras que la expresión «sociología del lenguaje» es más adecuada para caracterizar el punto de vista que considera la conducta lingüística como variable dependiente de un contexto social más amplio. Ambos términos suelen ser usados como equivalentes, pero sugieren dos tendencias principales en este campo, o, en todo caso, aclaran los orígenes disciplinarios del propio investigador.

Es innegable que los contrastes estáticos entre «lengua» *versus* «habla» (= «sociedad» *versus* «individuo») deben ser superados mediante el análisis concreto de las funciones recíprocas de la conducta social y la conducta lingüística. En este sentido es importante la teoría propuesta por Bernstein [14], según la cual las relaciones sociales no influyen directamente en los códigos lingüísticos, sino que ejercen ciertas presiones sobre el tipo de habla; éste viene a reforzar, a su vez, la percepción selectiva del hablante, configurando su aprehensión social. La sociolingüística—sea cual fuere su denominación última—fija como objetivo «mostrar las covariaciones sistemáticas [y los *cambios*] de la estructura social, y acaso mostrar una relación causal en una dirección o en otra» [15]. Para lograr ese objetivo, el «sociolingüista» habrá de saltar las fronteras tradicionales entre la lingüística y la sociología.

Es cierto que todas las nuevas disciplinas, en cuanto sur-

[14] WILLIAM BERNSTEIN, *The Study of Language in Its Social Context*, reimpreso en P. P. GIGLIOLI (ed.), *Language and Social Context* (Penguin, 1972) p.283-307.

[15] WILLIAM BRIGHT, *The Dimensions of Sociolinguistics*, en BRIGHT (ed.), *Sociolinguistics* (La Haya, Mouton, 1966) p.11.

Fundación Juan March (Madrid)

gen de determinadas orientaciones preexistentes, se ofrecen en su primera etapa como «interdisciplinarias» [16]. Pero acaso convendrá puntualizar que el aislamiento entre aquellos dos campos ha sido, hasta hoy, mayor de lo razonable. La brecha entre una lingüística «pura», desdeñosa de los condicionamientos sociales del lenguaje, y una sociología insensible hacia la diversificación de la conducta lingüística, tan sólo fue excepcionalmente salvada por unos cuantos precursores. Si los sociólogos proclamaban sumaria y generosamente que los hombres «hablan», los lingüistas tendieron, por su parte, a olvidar que los hombres viven en sociedad. Esta mutua *insouciance* podría ser exagerada, pero en modo alguno gratuita. En primer lugar, ya hemos sugerido que la orientación marcada por De Saussure propiciaría un distanciamiento entre la lingüística *interne*—moderna, general, estructural—y la sociología. Durante el último medio siglo, aquélla ha concebido su objeto—la *langue*—como un sistema único y homogéneo más allá de los actos del habla y de las comunidades de hablantes. La lingüística moderna se constituye, en definitiva, como una ciencia «formal».

Pero la determinación de la forma lingüística fuera de un contexto sociológico no ha impedido a los científicos del lenguaje suponer que sus conclusiones valdrían para la lengua y la comunidad a la que ésta sirve de expresión. Este enfoque abre, por su misma naturaleza, un interrogante al problema de si el análisis efectuado indica las uniformidades lingüísticas a partir de una generalización comprobada experimentalmente de una gama de usos y de ocasiones de uso, o bien refleja tan sólo

[16] Rolf Kjolseth *(The Development of the Sociology of Language and Its Social Implications:* Sociolinguistics Newsletter 3,1, junio 1972) trata de establecer los criterios por los que la «sociolingüística» puede definirse como disciplina autónoma. Dell Hymes piensa, por el contrario, que «no es probable que la sociolingüística, como un área de problemas, se convierta en el dominio de una disciplina; puede darse el caso de que surja como una forma científicosocial genérica de descripción y explicación lingüísticas, al margen de disciplinas particulares» *(infra,* n.17 p.39, y *Anthropological Linguistics and Congeners:* American Anthropologist 69 p.151-53).

Fundación Juan March (Madrid)

a un informante particular en un contexto determinado, tópico, estilo, etc. [17]. De forma implícita, los herederos de De Saussure han sustentado el principio de «sujeción social» (= «*l'individu n'existe pas*»), presumiendo la viabilidad de formulaciones amplias sobre la base de unos pocos informantes—o del investigador mismo—. En el primer período de la ciencia americana —recuerda Hymes—, «apelar a los usuarios y a los usos de una lengua para introducir observaciones cuyos resultados descriptivos revelaran cierta heterogeneridad, parecía una indecencia intelectual o un error de principio» [18]. Las incursiones «exolingüísticas» hacia el «otro campo» no sólo fueron ignoradas, sino también combatidas por los más distinguidos especialistas americanos [19]. «La teoría lingüística—insistía recientemente N. Chomsky—se ocupa de un hablante-escucha ideal, ubicado en una comunidad de habla totalmente homogénea que conozca perfectamente su lengua y no esté afectado por condiciones ajenas a la gramática [...]» [20]. El mismo autor subrayará en un posterior escrito que «sólo bajo circunstancias excepcionales y en absoluto interesantes puede tenerse en consideración la forma en que el 'contexto situacional' determina lo que se dice incluso en términos de probabilidad» [21].

Este enfasis semisecular sobre la invariancia y la estructura ha sido puesto a prueba en las investigaciones recientes de autores como Ferguson, Gumperz, Bernstein, Fishman o Lavob. Este último advierte que «la variación es una propiedad inherente a la situación lingüística [...]; si existiese, la homogeneidad sería, sin duda, disfuncional y daría paso a formas

[17] Dell Hymes, *Why Linguistics Needs the Sociologist:* Social Research 34 (1967) 632-47 (trad. cast.: *¿Por qué la lingüística necesita del sociólogo?: Estructuralismo y Sociología,* Nueva Visión, Buenos Aires 1969).

[18] Hymes, l.c., p.26.

[19] Joshua A. Fishman, *The Sociology of Language,* en Fishman (ed.), *Readings in The S. of. L.* (Mouton, The Hague, Paris 1970) p.7.

[20] Noam Chomsky, *Aspects of the Theory of Syntax* (Massachusetts Institute of Technology, Cambridge 1965) p.3.

[21] Noam Chomsky, *Linguistic Theory,* en W. F. Bottiglia (ed.), *Nordheast Conference of Teaching Foreign Languages* (1966); J. B. Pride,

Fundación Juan March (Madrid)

más heterogéneas de lenguaje» [22]. El eje de interés de la sociolingüística se desplaza a la observación de las variedades lingüísticas, funcionalmente diferenciadas mediante el análisis del «repertorio lingüístico». En contraste con la noción de «código», la noción de «repertorio», elaborada por Gumperz y asumida por muchos otros investigadores, tratará de señalar «la totalidad de formas lingüísticas normalmente usadas en el curso de una interacción socialmente significativa» [23] e implica el reconocimiento de que el uso de la lengua puede cumplir no sólo diferentes funciones en ámbitos diferentes, sino múltiples funciones en un ámbito particular [24].

Si la teoría lingüística propone la equivalencia funcional de todas las lenguas y su igualdad esencial [25], una descripción sociolingüística debe abordar el problema del diferente *rol* funcional de la lengua en diferentes comunidades y de la gama de variedades lingüísticas, entre las cuales el hablante selecciona, en una situación concreta, una variedad determinada. Ninguna persona normal se limita en el repertorio a una sola variedad de código, sino que dispone de un amplio margen para efectuar cambios, para indicar situaciones distintas, actitudes, etc. Tal capacidad para comprender y manejar «el sistema» atendiendo a un contexto específico de interacción viene referida en la noción de «competencia comunicativa» [26], acuñada por Hymes. La «competencia comunicativa» indica el conjunto de normas que disciplinan el uso de la lengua de acuerdo con todos los componentes psicológicos, culturales y sociales de los actos

Customs and Cases of Verbal Behaviour, en EDWIN ARDENER (ed.), *Social Anthropology...*, cit., p.95ss.

[22] WILLIAM LABOV, *The Notion of «System» in Creole Languages*, en D. HYMES (ed.), *Pidginization and Creolization of Languages* (London, Cambridge Univ. Press, 1971) p.469.

[23] JOHN J. GUMPERZ, *Linguistic and Social Interaction in Two Communities:* American Anthropologist 66,2 (1964) p.37-53.

[24] ROLF KJOLSETH, l.c., p.9.

[25] En su formulación política: «No existe nada en la estructura de una lengua que impida convertirse en vehículo de civilización moderna» (*Uso de las lenguas vernáculas en la enseñanza:* UNESCO, 1954).

[26] D. HYMES, o.c.

Fundación Juan March (Madrid)

de comunicación; las reglas de selección sociolingüísticas presentes en el uso efectivo de lenguaje en situaciones específicas. Una persona que respondiese a la descripción postulada por Noam Chomsky sería, sin duda alguna, un monstruo social. Mientras las sociedades humanas subsistan como organizaciones interna y externamente diversificadas, de la mera «competencia lingüística» sólo podrían obtenerse modelos herméticos, incapaces de comunicarse con seres reales. La «socialización» en el niño implica ese proceso mediante el cual el individuo habrá de ajustarse a su grupo a través de la adquisición de un sistema gramatical y el aprendizaje de aquellas normas de selección que determinan el uso adecuado de un repertorio lingüístico en un contexto particular.

Por otra parte, la indiferencia de la sociología respecto a la conducta lingüística no puede menos de producir alguna perplejidad. El antiguo reconocimiento del papel esencial del lenguaje en la vida humana podía haber acercado la sociología a la lingüística, pero llevó a un resultado opuesto. Al contemplar el lenguaje como un invariable componente y una característica omnicomprensiva del grupo, los sociólogos han tendido a considerar irrelevante toda ulterior diferenciación entre tipos y niveles de comportamiento lingüístico y social.

En último término, la sociología verá en el lenguaje, como en la religión, una variable sociológica más para establecer algunas categorías de referencia—el grupo étnico, el conflicto cultural, etc.—. Igual que los científicos de la política, los sociólogos se han centrado en el estudio de los sujetos hablantes más que en el habla misma, tratando de definir los actores más que las interacciones [27].

Nota común a este enfoque es la conceptuación vulgar del lenguaje como un fenómeno generalmente homogéneo en la sociedad. En contraste, el punto de vista de la sociología del lenguaje ve en aquél un medio importante de diferenciación so-

[27] J. A. Laponce, *Relating Linguistic to Political Conflicts:* Quebec Round Table, marzo 27-31 (copia mimeográfica).

Fundación Juan March (Madrid)

cial. El enfoque sociológico del lenguaje debe responder al interrogante: ¿Quién habla a quién, en qué lengua y en qué ocasión?

Quizá la vigencia de aquella primera óptica tuviera mucho que ver con las características concretas de la «sociedad», predominantemente industrializada y monolingüe, que los fundadores de la sociología tuvieron presente. Es también significativo el carácter no comparativo que hasta tiempos recientes ha ofrecido la sociología americana. Puede incluso añadirse el hecho de que los propios sociólogos americanos han solido mantenerse en un displicente monolingüismo [28]. Agréguese su orientación dominante hacia el formalismo o el «empirismo abstracto» —crudamente denunciados por Ch. Wright Mills [29]—, muy poco adecuado para replantear temas y problemas más o menos clásicos de la sociología del lenguaje, como las situaciones de bilingüismo y conflicto, de estandardización y planificación lingüística, etc. Ninguna de las circunstancias apuntadas habría de facilitar una especial atención a la conducta lingüística como fuente de datos «significativos».

El desarrollo de una mayor sensibilidad hacia esta problemática ha respondido a un cambio en el mismo contexto social. La segunda guerra mundial abre paso a una procupación más intensa por la sociología comparativa. Como dicen H. Gerth y Ch. W. Mills, «la segunda guerra mundial y sus consecuencias llevaron a los pensadores, en los Estados Unidos, a una visión más amplia de los límites y de las condiciones de la humanidad. Para bien o para mal, la ciencia va detrás del ejército y de la marina. Miembros de instituciones académicas que hasta ahora nunca habían considerado a Europa y Asia con relación a sus respectivos estudios sociales, se han sorprendido ellos mismos, dictando cursos sobre los pueblos y los recursos de

[28] J. A. Fishman, l.c., p.8.
[29] Ch. Wright Mills, *The Sociological Imagination* (Oxford Univ Press, New York 1959).

Fundación Juan March (Madrid)

esas áreas» [30]. Fue después de la segunda guerra cuando el mismo Gobierno americano hubo de enfrentarse con la administración de áreas remotas, y dictó la National Defence Education Act, que había de constituir un fuerte soporte para la investigación relacionada con las lenguas a utilizar en la administración de las nuevas regiones [31]. En la década de los cincuenta, la «sociología del desarrollo» ha de afrontar la realidad de que la cuestión lingüística está en el centro mismo de la problemática de las sociedades a las que se aplica [32]. Por otro lado, los conflictos lingüísticos que afligen a las viejas minorías nacionales presentan analogías indudables con los esfuerzos de normalización lingüística emprendidos por las naciones recientemente emancipadas de Asia y Africa, donde la «modernización» ofrece claras e inmediatas repercusiones sociolingüísticas. Una parte del programa de desarrollo en esas áreas ha de centrarse en los problemas de «infraestructura lingüística», cuyo planteamiento urge la modernización de las lenguas nativas, el análisis de la lengua de comunicación más amplia, la determinación de métodos efectivos para la aplicación de la lengua escolar, etc.

El mismo panorama social de los Estados Unidos sufre algunas transformaciones significativas. Antes de la segunda guerra mundial, el «bilingüismo» de los inmigrantes americanos era considerado como un estigma cultural y tolerado únicamente como un fenómeno transitorio que habría de desembocar en el monolingüismo dominante. Sin que esa consideración haya experimentado cambios radicales, hoy va introduciéndose, a juicio de W. F. Mackey, una actitud más favorable al mantenimiento de otras lenguas [33].

[30] Hans Gerth-C. W. Mills, *Carácter y estructura social* (Paidós, Buenos Aires 1968) p.13.

[31] Dwight Bolinger, *Aspects of Language* (New York, Harcourt Brace, 1967), cit. por R. Kjolseth, l.c., p.8.

[32] Cf. Robert B. Le Page, *The National Language Question, Linguistic Problems of Newly Independent States* (Oxford Univ. Press, 1971).

[33] William F. Mackey, *Bilingualism as a Worl Problem* (Harvest Hause, Montreal 1967).

Fundación Juan March (Madrid)

La sociología del lenguaje es, en gran parte, una respuesta a los problemas públicos surgidos en el último cuarto de siglo tanto en relación con la situación de las nuevas naciones de Asia y Africa como en relación con la situación existente en los países industrializados. De ahí que, en el área de la «macrosociolingüística», el investigador deba replantearse toda una problemática, vieja y nueva al tiempo. Los fenómenos de «conflicto» y «sustitución lingüística», «diglosia», «normalización» o «planificación» adquieren una significación central para el estudio de las relaciones entre lengua(s) y sociedad(es) histórica(s) que plantea el investigador de los años sesenta [34]. En todo caso, el análisis de estas situaciones llevaría a abordar frontalmente el de las conexiones entre lenguaje y ámbito sociocultural. La extinción de idiomas y su sustitución por otros—el cambio no ya *en* la lengua, sino *de* lengua—se convertiría en la *crux scandalorum* de quienes, a partir de un enfoque inmanentista de las evoluciones del lenguaje, se incapacitaban para ver aquello que el ámbito presta a una lengua en forma que asegura su mantenimiento o su extinción [35]. El estudio de las «normalizaciones lingüísticas» exigirá, a su vez, un replantamiento radical de las cuestiones con que se enfrenta una comunidad lingüística en su conjunto. Los límites sustantivos entre la (macro)sociolingüística y la «política lingüística» estricta son todavía difíciles de establecer.

Es innegable que, pese a los notables avances de la investigación en este campo durante el último decenio, la sociología del lenguaje tan sólo ha logrado cubrir sus etapas iniciales. El científico social encontrará en este hecho esa promesa y ese reto que constituyen el estímulo insustituible de toda labor investigadora.

[34] RAFAEL LL. NINYOLES, *Idioma y poder social* (Ed. Tecnos, Madrid 1972).

[35] RAFAEL LL. NINYOLES, *Diglossical Ideologies and Assimilation* (Université Laval, Quebec Round Table, marzo 27-31) (copia mimeográfica).

Fundación Juan March (Madrid)

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

BRIGHT, William (ed.), *Sociolinguistics: Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference,* 1964 (The Hague, Mouton, 1966).

COHEN, Marcel, *Pour une sociologie du langage* (Albin Michel, Paris 1956).

ERVIN-TRIPP, Susan M., *Sociolinguistics,* en LEONARD BERKOWITZ (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology* 4 (New York, Academic Press, 1969).

FERGUSON, Charles, *Diglossia:* Word 15 (1959) 325-40.

— *Directions in Sociolinguistics; Report on an Interdisciplinary Seminar:* SSRC Items 19,1 (1965) 1-4.

FISHMAN, Joshua A. (ed.), *Readings in the Sociology of Language* (The Hague, Mouton, 1968).

— et al. (eds.), *Language Problems of Developing Nations* (New York, Wiley and Sons, Inc., 1968).

— *Sociolinguistics: A Brief Introduction* (Rowey Mass, Newbury House, 1971).

— (ed.), *Advances in the Sociology of Language* (The Hague, Mouton, 1971).

GIGLIOLI, Pier Paolo (ed.), *Language in Context* (London, Penguin, 1972).

GRIMSHAW, Allen D., *Sociolinguistics:* Handbook of Communication (Rand MacNally, 1968).

GUMPERZ, John J., *Types of linguistic Communities:* Anthropological Linguistics 4,1 (1962) 28-40.

— *Linguistic and Social Interaction in two Communities:* American Anthropologist 66,2 (1964) 37-53.

— et HYMES, Dell, *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication* (New York, Holt, Rinehart and Winston, 1971).

HAUGEN, *Language Conflict and Language Planning: The Case of Modern Norwegien* (Cambridge Mass., Harward Univ. Press, 1966).

— *Bilingualism in the Americas* (American Dialect Society, 1956).

HYMES, Dell (ed.), *Language in Culture and Society* (New York, Harper Row, 1964).

— *Toward Ethnographies of Communication:* American Anthropologist 66,2 (1964) 1-34.

— *Why Linguistics Needs the Sociologist:* Social Research 34 (1967) 632-47 (trad. cast.: *¿Por qué la lingüística necesita del sociólogo?:* Estructuralismo y Sociología, Nueva Visión, Buenos Aires 1969).

— *Models of Interaction of Language and Social Setting:* Journal of Social Issues 23,2 (1967) 8-28.

LABOV, William, *The Notion of «System» in Creole Languages,* en DELL HYMES (ed.), *Pidginization and Creolization of Languages* (London, Cambridge Univ. Press, 1971) 447-72.

— *The Study of Language in its Social Context:* Studium Generale 23,1 (reimpreso en Giglioli [ed.], supra cit.).

LE PAGE, Robert B., *The National Language Question. Linguistic Problems of Newly Independent States,* 1964 (reimpresión de 1971) (Oxford Univ. Press, Ely House, London).

Fundación Juan March (Madrid)

LUCKMANN, Thomas, *Sociologie der Sprache,* en RENÉ KOENIG (ed.), *Handbuch der empirischen Sozialforschung* 1,4 (Stuttgart 1969) 1050-1101.

NINYOLES, Rafael Ll., *Idioma y conflicto:* Rev. Española de la Opinión Pública 26, oct.-dic. 1971. Reimpreso con ese título por A. Redondo en Cuadernos Beta (Barcelona 1972).

— *Idioma y poder social* (Ed. Tecnos, Madrid 1972).

MACNAMARA, John (ed.), *Problems of Bilingualism* (The Journal of Social Issues 23,2, 1967).

RUBIN, Joan, *National Bilingualism in Paraguay* (The Hague, Mouton, 1968).

SCHLIEBEN-LANGE, Brigitte, *Soziolinguistik. Eine Einführung* (Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart Berlin Köln Mainz 1973).

VILDOMEC, Veroboj, *Multilingualism.* Linguistic Cicle of New York (New York 1953).

WEINREICH, Uriel, *Languages in Contact. Findings and Problems* (1963); 7.ª reimpresión (The Hague, Mouton, Paris 1970).

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

KARL BÜHLER Y LA TEORIA DEL LENGUAJE

Por JULIÁN MARÍAS
De la Real Academia Española

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

KARL BÜHLER Y LA TEORIA DEL LENGUAJE *

Entre los temas que parecen interesar más vivamente en el mundo intelectual de los dos últimos decenios, se cuenta el del lenguaje. Los estudios lingüísticos se multiplican, la bibliografía crece cancerosamente, el punto de vista lingüístico se desborda de sus límites estrictos y se derrama por otras disciplinas (de un modo no muy distinto de como el psicologismo invadió la mayoría de las doctrinas a fines del siglo XIX). El lenguaje es, sin duda, uno de los temas más apasionantes, clave de otros muchos; en nuestro tiempo, la filosofía, la psicología, la sociología, la fonética, la fonología, la sintaxis, la etnología, han dado pasos decisivos, que han permitido plantear las cuestiones lingüísticas a una nueva luz. Sin embargo, no todo es claridad en este complejo de disciplinas; más aún, creo advertir varios modos de confusión, sobre todo en la cuestión decisiva del tipo de *realidad* del lenguaje (o, mejor dicho, de los diferentes niveles de realidad de los fenómenos que podemos llamar, en un sentido lato, «lingüísticos»)[1]; también falta la precisión cuando se trata de la cronología y la jerarquía de importancia de las aportaciones contemporáneas a la teoría del lenguaje. Todo esto me hace sentir un punto menos de entusiasmo por la actual floración de estudios lingüísticos; pienso

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.22 p.515-525.

[1] Puede verse mi discurso de ingreso en la Real Academia Española: *La realidad histórica y social del uso lingüístico*, 1965 (reimpreso en *Nuevos ensayos de filosofía* y en *Obras* VIII). Véase también *Antropología metafísica* (1970; 2.ª ed. El Alción, 1973) c.27: «Decir, lenguaje y lengua».

Fundación Juan March (Madrid)

que puede haberse deslizado en ellos un elemento de inercia, rutina o moda, en detrimento del espíritu alerta, que parece la condición misma del verdadero interés intelectual.

Pero no voy a tratar aquí de este complejo y difícil tema. Quiero limitarme a un ejemplo concreto que podría ser un síntoma: el casi total «olvido» de la obra de Karl Bühler, que representa, sin duda, una de las grandes aportaciones contemporáneas a la teoría del lenguaje, posiblemente la mayor.

Karl Bühler (1879-1963) pertenecía a una de las más extraordinarias generaciones del pensamiento moderno; según mis cuentas, a la de 1886—tomando las fechas centrales de nacimientos—. Había nacido el mismo año que Einstein—ambos eran los más viejos de la generación, que comprende a los nacidos en el período 1879-1893—. A esa generación pertenecen también Oswald Spengler, Hermann Keyserling, Werner Jaeger, Hans Kelsen, Pierre Teilhard de Chardin, Moritz Schlick, Nicolai Hartmann, Jacques Maritain, Etienne Gilson, Eugenio d'Ors, Eduard Spranger, Louis Lavelle, José Ortega y Gasset, Karl Jaspers, C. L. Lewis, György Lukács, Karl Barth, Kurt Koffka, Romano Guardini, Paul Tillich, Heinz Heimsoeth, C. D. Broad, Wolfgang Köhler, Manuel García Morente, Sarvepalli Radhakrishnan, Jean Wahl, R. G. Collingwood, Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger, Gabriel Marcel, Arnold J. Toynbee, Kurth Lewin, Rudolf Carnap, Francisco Romero, Gregorio Marañón...

No es difícil ver que una abrumadora mayoría de las ideas del siglo xx procede de estos hombres, de fantástica capacidad creadora, de increíble talento teórico. Algunos de estos hombres acaban de morir (Kelsen, Maritain, Marcel); sólo quedan vivos unos pocos (Gilson, Heimsoeth, Radhakrishnan, Jean Wahl, Heidegger, Toynbee y nuestro Madariaga). A pesar de esta «proximidad», a pesar de la validez del torso general de su aportación al pensamiento, es evidente la *voluntad de olvido* respecto de estos hombres, lo cual haría pensar que el «olvido»

Fundación Juan March (Madrid)

de Bühler es sólo un caso particular y más intenso, en cierta medida azaroso, de una situación mucho más general.

Bühler era, sobre todo, psicólogo, con una sólida formación filosófica y médica. Católico de familia y educación, estudió medicina y filosofía en Freiburg y se doctoró en ambas facultades (en Medicina, en la Universidad de Freiburg, con Johannes von Kries; en Filosofía, en la de Estrasburgo, con Clemens Bäumker). Estudió después con Erdmann, Carl Stumpf y Külpe. Casado con la también psicóloga Charlotte Malachowski, famosa como Charlotte Bühler, enseñó en Dresden y, sobre todo, en Viena (1922-38). Este fue el gran período de docencia de Bühler, cortado por un par de visitas a varias universidades de los Estados Unidos.

En 1938 se interrumpe la carrera normal de Bühler, como la de tantos intelectuales, especialmente alemanes. Detenido por los nacionalsocialistas en Viena, consigue emigrar a Oslo, y en 1939 a los Estados Unidos, donde enseñó e investigó en varias universidades y hospitales, y murió en Los Angeles. Hay que advertir que la producción de Bühler después de 1934 fue muy limitada, incomparable con lo que había sido en los dos decenios anteriores a esta fecha. Este hecho, que requeriría explicación, puede también contribuir a explicar el «olvido» en que su obra ha caído.

Los tres libros capitales de Bühler son: *Die Krise der Psychologie* (1926), *Ausdruckstheorie* (1933) y, sobre todo, *Sprachtheorie* (1934), su obra maestra. Como vemos, desde una perspectiva primariamente psicológica, Bühler se había ido desplazando a los temas lingüísticos, de los que se ocupaba desde hacía muchos años.

La *Sprachtheorie* es un libro extenso—más de 400 grandes páginas—, de riquísimo contenido y muy considerable dificultad. Se publicó en Jena (Gustav Fischer Verlag) en un momento de crisis. El año anterior había triunfado Hítler en Alemania; el mismo año de la publicación del libro ocurrieron las matanzas de Munich (que repugnaron de tal modo a Ortega,

Fundación Juan March (Madrid)

que prohibió la publicación de su *Prólogo para alemanes,* inédito hasta después de su muerte); en la misma fecha, en Viena, fue asesinado por los nazis el canciller Dollfuss. Esto explica el hecho de que el libro de Bühler *apenas circuló;* cuando hubiera podido producir algún efecto intelectual, sobrevino la guerra mundial, y con ella la interrupción de la comunicación y, más aún, la atención recíproca. Durante muchos años ha sido prácticamente imposible encontrar un ejemplar de la *Sprachtheorie;* no ha sido reeditada hasta 1965 (Gustav Fischer Verlag, Stuttgart, mera reimpresión sin alteraciones, con una introducción de Friedrich Kainz). Es decir, que en el espacio de cuarenta años no ha habido más que dos ediciones alemanas (probablemente, de no muchos ejemplares). Añádase el descenso del prestigio y el uso del alemán en estos cuarenta años; mientras entonces los intelectuales de todos los países *tenían* que saber alemán (y solían saberlo), desde la guerra muchos creen que se puede prescindir de esa lengua—como si la cultura fuese *mera* actualidad, como si sólo contasen los libros recién impresos o las revistas en curso de publicación, y se pudiesen olvidar ciento cincuenta años de creación, entre 1780 y 1930—, y un libro alemán tiene una circulación limitada y marginal.

Hay que agregar un hecho aproximadamente increíble: la *Sprachtheorie* de Karl Bühler no ha sido traducida al francés, ni al inglés, ni al italiano, ni a ninguna otra lengua que no sea el español (!). Y, naturalmente, los lingüistas franceses, ingleses, americanos, italianos, escandinavos, etc., no la conocen ni la citan. Y como los pedantes no suelen citar más que lo que otros citan, los que podrían leer este libro en su propia lengua, *también lo hacen.*

Es decir, nuestra época se caracteriza por una superioridad de los que podríamos llamar «consumidores» sobre los «productores». La *Teoría del lenguaje* de Bühler apenas es citada; pero desde 1950 ha tenido *tres* ediciones españolas (1950, 1961, 1967), con un total de 9.000 ejemplares, cifra altísima para un libro de este tipo, y que conviene tener presente—con in-

Fundación Juan March (Madrid)

numerables datos análogos—cuando se quiera tener una idea real de lo que es la vida intelectual en España y en los países de lengua española. Este libro ha sido ampliamente *leído* en español, probablemente mucho más que en alemán, lo cual hace todavía más sintomática y reveladora la escasez de citas y comentarios entre los profesionales. Hay que preguntarse ahora por el extraño «destino español» de Bühler.

No sólo la obra de Bühler está traducida al español, sino que ha sido comentada hace muchos años. Un libro entero dedicó el P. Ramón Ceñal Lorente, S.I., a *La teoría del lenguaje de Carlos Bühler* (C. S. I. C., Madrid 1941). Con el subtítulo «Introducción a la moderna filosofía del lenguaje», el P. Ceñal escribió un excelente y documentadísimo libro, el único sobre el tema que yo conozca [2]. Si se tiene en cuenta su fecha, admira la abundancia de información y el acierto con que su autor sitúa el pensamiento lingüístico de Bühler en una tradición intelectual que hoy es también muy deficientemente poseída. Creo que sería ahora de gran utilidad para los cultivadores de una lingüística sin raíces (y, por tanto, sin radicalidad). Este libro se compone de una larga introducción que estudia el lenguaje en la filosofía moderna, la posición de Bühler en la psicología y las características generales de su teoría del lenguaje; y dos partes: la primera, dedicada a la fenomenología del lenguaje y el análisis funcional; la segunda, de crítica y síntesis. Creo que sería utilísima una reimpresión, quizá con algunas adiciones, de esta obra.

Mi primer contacto con Bühler data de 1944 ó 1945. En dos visitas a Lisboa en los veranos de esos años, hablé interminablemente con Ortega de muchos temas. Ortega tenía enorme admiración por la obra de Bühler, por su *Ausdrucks-*

[2] En el artículo de Albert Wellek sobre Bühler en la *International Encyclopedia of the Social Sciences* vol.2 (1968) no se cita, ni ningún otro libro sobre nuestro autor ni, por supuesto, ninguna traducción. En los artículos «Language» y «Linguistics» (vol.9) falta toda referencia a Bühler.

Fundación Juan March (Madrid)

theorie y otros libros; pero, sobre todo, por su *Sprachtheorie*. Me propuso traducirla, me insistió en la importancia y fecundidad de ese libro que yo no había leído aún. Me prestó el ejemplar de su propiedad—era casi imposible conseguirlo—, y sobre él inicié su traducción. Pero el verano de 1946, cuando no había traducido más que la cuarta parte del libro, intervino el azar. Fue la primera vez que pasé el verano en Soria; la comunicación con Madrid estaba asegurada por un pequeño «automotor» que sólo admitía equipajes de mano; era menester facturar las maletas; una de ellas, que contenía, entre otras cosas, varios capítulos de la *Introducción a la Filosofía,* que estaba escribiendo, y los de la traducción de Bühler, el libro en alemán, el diccionario de Slaby-Grossmann, etc., fue robada. Puede imaginarse mi consternación. Al cabo de bastante tiempo apareció la maleta, abandonada, con las cerraduras rotas y vacía..., ¡salvo los papeles! Recuperé, pues, mi trabajo; pero, respecto a Bühler, no los medios para continuarlo. Pasaron años hasta que pude conseguir, en préstamo de una biblioteca, otro ejemplar de la *Sprachtheorie,* y continué mi traducción, que se publicó al fin en 1950 (Revista de Occidente).

Hay que añadir que las dificultades de esta traducción me hicieron estar a punto de desistir varias veces. Bühler acumula todos los motivos de desesperación que puede encontrar un traductor. Creo que nunca he hecho un trabajo *cuantitativamente* superior a la traducción de esta *Teoría del lenguaje,* que solía plantearme veinte o treinta problemas por página. Sólo esto explica que nadie más lo haya traducido a ninguna lengua a pesar de su fabuloso interés. A no ser por el interés que Ortega tenía en que los españoles pudieran leer este libro y por mi resistencia a darme por vencido, hubiera abandonado la empresa después de las primeras cien páginas.

Pero el hecho es que los interesados por cuestiones lingüísticas poseen una traducción de la *Teoría del lenguaje* y un excelente estudio sobre ella; es decir, están en mejores condicio-

Fundación Juan March (Madrid)

nes que los lingüistas de ningún otro país, sin exceptuar Alemania [3].

El título completo del libro de Bühler es: *Sprachtheorie. Die Darstellungsfunktion der Sprache (Teoría del lenguaje. La función representativa del lenguaje)*. Hay una ligera vacilación u oscilación en ese título; si lo tomamos literalmente, resulta que la *teoría* del lenguaje consiste en el estudio de *una función* del mismo, que por lo visto tiene otras; esta pluralidad de funciones es, precisamente, nervio de la teoría de Bühler; pero encuentra que el lenguaje lo es propiamente por su función representativa; es decir, esta función eminente es la que confiere al lenguaje (con todas sus funciones) su carácter estrictamente lingüístico. Creo que en esta leve anomalía residen, a la vez, la originalidad y la deficiencia de la doctrina de Bühler.

Después de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), de quien deriva a última hora toda consideración moderna del lenguaje —y al cual no sería improcedente volver para «releerlo» desde nuestros supuestos actuales—, Bühler se fija en el pasado inmediato: «Nuestro ayer es el siglo XIX», dice; y considera tres obras «del umbral del hoy para indicar el punto de partida de mi propio intento»: los *Prinzipien der Sprachgeschichte,* de Hermann Paul (1846-1921); las *Logische Untersuchungen,* de Edmund Husserl (1859-1938), y el *Cours de linguistique générale,* de Ferdinand de Saussure (1857-1913). Paul pertenece a la generación de 1841; sus *Prinzipien* son de 1880; Husserl y Saussure, a la de 1856; las *Investigaciones lógicas* son de la frontera entre los dos siglos, 1900-1901; el *Curso* de Saussure es una obra póstuma, editada en 1915 por sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye. Saussure cita de pasada a Paul entre los *Junggrammatiker,* y nunca a Husserl, a quien

[3] La *Ausdruckstheorie* fue también publicada en español: *Teoría de la expresión,* trad. de Hilario Rodríguez Sanz (Revista de Occidente, Madrid 1950), con prólogo de Ortega.

Fundación Juan March (Madrid)

no parece conocer, lo cual no carece de importancia, pues ha difundido entre los lingüistas la famosa dualidad «significante-significado» *(signifiant-signifié)*, esquema muy inferior al husserliano «expresión-significación-objeto» *(Ausdruck-Bedeutung-Gegenstand)*, que plantea la cuestión de manera más profunda y adecuada. Por otra parte, Bühler, que hace reparos al Husserl de las *Investigaciones lógicas*, tiene presente que ha dado pasos adelante en la *Formale und transzendentale Logik* (1929) y en las *Méditations Cartésiennes* (1931).

Frente a la tradición de la *Völkerpsychologie* o «psicología de los pueblos» de Wundt, Lazarus y Steinthal, Hermann Paul toma un punto de vista individualista—es el individuo quien habla—e histórico; pero advierte: «Se engaña uno a sí mismo si se cree poder hacer constar el más sencillo hecho histórico sin un ingrediente de especulación». La lingüística francesa ha insistido siempre más en el punto de vista social, y en esa línea se mueve el suizo Saussure, por quien Bühler siente gran admiración y en la fecundidad de cuya obra cree, quizá más de lo que se esperaba en 1934 (no se olvide que la fama de Saussure y su influjo predominante son bastante recientes).

Bühler encuentra que Saussure, «como hijo de su tiempo», parte de supuestos teóricos insuficientes; es interesante que se considere como la última palabra a un estudioso que presentaba ya hace cuarenta años ciertos rasgos de arcaísmo a la mente de Bühler. Partiendo de la genial distinción de Humboldt entre *érgon* y *enérgeia*, Saussure introdujo su idea fundamental de la *linguistique de la langue* en contraste con la *linguistique de la parole* (en español puede distinguirse entre 'lengua' y 'habla')[4]. «Al separar la lengua del habla—dice Saussure—, se separa a la vez: 1.°, lo que es social de lo que es individual; 2.°, lo que es esencial de lo que es acce-

[4] Así Amado Alonso en su traducción del *Curso de lingüística general* (Losada, Buenos Aires 1945).
[5] Ibid., p.57.

Fundación Juan March (Madrid)

sorio y más o menos accidental». Con lo cual resulta que la *parole* o habla es individual y accidental (invirtiendo, en cierto modo, el punto de vista de Humboldt), mientras que lo esencial es la *langue,* y ésta tiene carácter social y no individual. (Recuérdense las decisivas observaciones de Menéndez Pidal acerca del carácter también individual y creador de la lengua como tal.)

Para Bühler «no hay dos, sino cuatro momentos (aspectos), cuatro frentes, por decirlo así, en el objeto total de la lingüística». Bühler los denomina *Sprechhandlung, Sprachwerk, Sprechakt, Sprachgebilde.* No es fácil traducir estos nombres. Los impares tienen como primer componente *Sprech-* (inmediatamente derivado del verbo *sprechen,* 'hablar'); los pares, en cambio, comienzan con el elemento *Sprach-* (de *Sprache,* 'lenguaje' o 'lengua'). En mi traducción, para respetar esta esencial diferencia, traduje el elemento *Sprech-* por 'verbal', y el elemento *Sprach-* por 'lingüístico', con las siguientes equivalencias: *Sprechhandlung* = acción verbal; *Sprachwerk* = producto lingüístico; *Sprechakt* = acto verbal; *Sprachgebilde* = forma lingüística.

Esto conduce a Bühler a un *esquema de cuatro campos,* mucho más complejo y perfecto que la distinción de Humboldt o la de Saussure. Hay dos dicotomías que se cruzan. Desde un punto de vista, acciones y actos *verbales* pertenecen a I; productos y formas *lingüísticas,* a II; pero desde otro punto de vista, acciones verbales y productos lnigüísticos pertenecen a 1; actos verbales y formas lingüísticas pertenecen a 2. Porque los fenómenos lingüísticos se pueden clasificar:

I. Como fenómenos *referidos al sujeto.*

II. Como fenómenos *desligados del sujeto,* y por ello fijados intersubjetivamente.

O bien:

1. En un *grado inferior de formalización,* como acciones y productos.

Fundación Juan March (Madrid)

2. En un *grado superior de formalización,* como actos y formas.

Los desarrollos minuciosos de esta perspectiva pueden verse en la *Teoría del lenguaje,* y no es menester entrar en ellos. Basta con ver el decisivo paso adelante que Bühler da respecto a Saussure y reflexionar sobre lo que significa este «olvido».

Pero no es esto lo verdaderamente interesante, sino la concepción propia de Bühler. En un lugar del prólogo dice literalmente: «Por lo pronto, la *teoría de los dos campos* afirma que el mostrar y presentar intuitivo en varios modos pertenece a la esencia del lenguaje natural exactamente igual que la abstracción y la aprehensión conceptual del mundo, y no está muy lejos de aquélla. Esta es la quintaesencia de la teoría del lenguaje desarrollada aquí». Hay un campo *mostrativo* y un campo simbólico del lenguaje, igualmente esenciales e inseparables. Y hay que advertir que Bühler no se queda en anuncios y programas, sino que desarrolla esta teoría con una minuciosidad y rigor que, por supuesto, la lingüística posterior no ha aprovechado ni de lejos, condenándose a un *arcaísmo previo* que algún día no muy lejano resultará evidente e invalidará buena parte de sus construcciones.

Y todavía no he tocado la cuestión fundamental: la de las *tres funciones* del lenguaje. Bühler se propone construir un «modelo» de *órganon.* En el fenómeno lingüístico encontramos un *emisor* y un *receptor;* hay un *estímulo* (objetos y relaciones); el lenguaje consiste en que *alguien dice algo a alguien sobre las cosas.* Ahora bien, la función lingüística es triple. Bühler, en sus escritos más antiguos, había empleado una terminología que luego modifica y perfecciona. En 1918 había escrito: «Dreifach ist die Leistung der menschlichen Sprache, Kundgabe, Auslösung und Darstellung» («Triple es la función del lenguaje humano: manifestación, repercusión y representación»). *Kundgabe* significa literalmente 'dar no-

Fundación Juan March (Madrid)

ticia' o 'notificar', 'manifestar'; *Auslösung* tiene el matiz de lo que 'desencadena repercusiones', algo parecido al 'déclencher' francés o 'trigger' inglés; finalmente, *Darstellung* o representación es usada por Bühler en un sentido muy próximo a la *Bedeutung* husserliana, 'significación', y con frecuencia usa la forma latina *significatio* o el adjetivo 'significativo' en relación con *Darstellung*.

En la *Sprachtheorie*, es decir, en la versión madura de su pensamiento lingüístico, Bühler adopta una terminología definitiva: *Ausdruck, Appell, Darstellung* (expresión, apelación, representación). En toda realidad lingüística se encuentran los tres elementos o funciones: se *expresa* algo del que habla, se *apela* al receptor que escucha y se producen en él ciertos efectos, se *representa* o significa algo (es decir, se dice algo sobre cosas). En una interjección o una poesía lírica predomina el elemento de expresión; en una voz de mando, el de apelación; en un enunciado científico, el de representación; pero en ningún caso faltan las tres funciones, y, si no se da la tercera, la representativa, no hay propiamente lenguaje en el sentido estricto, el humano; es lo que no tienen los «lenguajes» animales.

Bastaría esto para mostrar el excepcional alcance de la *Teoría del lenguaje* de Bühler, pero hay que repetir que cuanto he dicho se refiere sólo a los «principios» de su construcción, y que después de ellos viene *la construcción misma*, de una riqueza, originalidad y penetración incomparables con las que puedan encontrarse en ningún otro libro. Esta riqueza ha sido el gran enemigo de Bühler—como de tantos otros intelectuales de nuestro tiempo—; tener muchas ideas es lo peor que le puede ocurrir a un autor. Dos o tres ideas muy simples, de preferencia incontrolables, que se puedan reducir a fórmulas y aplicar mecánica y ciegamente, aseguran la difusión y la fama; el autor que se ajusta de cerca a la realidad, evita la inercia, exige mantener la atención alerta y tener presentes, muchas ideas y puntos de vista a la vez, está perdido

Fundación Juan March (Madrid)

en una época en que se ha perdido el *sentido teórico*. Y ésta es, más allá de los azares, la razón fundamental del «olvido» de Bühler.

Bühler había sido un avanzado en muchos campos. Ya en 1931 había publicado en los Travaux du Cercle Lingüistique de Prague su estudio *Phonetik and Phonologie*, entendiendo por fonología una ciencia *humanística* de los sonidos verbales, a diferencia de una fonética como ciencia *natural* del mismo tema, todo ello muy cerca, en el tiempo y en la perspectiva, de los trabajos de N. Trubetzkoy. Sus estudios sobre la onomatopeya y la metáfora son de primera importancia y constituyen partes esenciales de la *Teoría del lenguaje*, apenas beneficiadas al cabo de cuarenta años.

En el artículo de Albert Wellek antes citado se encuentran algunas informaciones biográficas que, si no me engaño, van mucho más allá de la vida personal de Karl Bühler. Wellek habla de que, después de su forzada emigración en 1938, Bühler permaneció silencioso durante mucho tiempo. Sus amigos, dice, lamentaban que pareciera haber perdido muchos de sus intereses más profundos, sobre todo en *lingüística y fonología*. Repárese en lo que significa que pareciera desinteresarse de lo que había sido la culminación de su obra desde la juventud hasta la madurez. A los sesenta años, según Wellek, no pudo establecerse firmemente en los Estados Unidos. «Su estilo de pensamiento, su manera de enseñar, de hecho su planteamiento entero de la psicología, encontraron escasa comprensión, y ni quiso ni pudo adaptarse». Todavía añade que su más famoso discípulo, Egon Brunswik, que había emigrado poco antes que Bühler, ya en Viena se había unido al *Wiener Kreis* (Círculo de Viena) de Moritz Schlick y Rudolph Carnap [6]. Ya en América, Brunswick se hizo aún más partidario de la «ciencia unitaria» operacionista. Bühler

[6] Véase mi artículo *El empirismo lógico* (1936), en *San Anselmo y el insensato* (nueva ed. El Alción, 1974).

Fundación Juan March (Madrid)

—concluye Albert Wellek—consideró esto como una deserción, que en el destierro encontró difícil de soportar [7].

Wellek menciona un último libro de Bühler, publicado en 1960, que no conozco: *Das Gestaltprinzip im Leben des Menschen und der Tiere.* Según Wellek, Bühler vuelve en este libro a «su viejo problema fundamental, la relación entre biología y psicología, entre vida y pensamiento». «Su conclusión final era que lo que es esencialmente humano—pensamiento y razón, experiencia gestáltica y holística—es independiente de la máquina o del principio mecánico, y también independiente, en cierta medida, de lo que es meramente biológico en el reino animal». A toda la obra de Bühler, observa Wellek, subyace *the notion of the creative nature of human thought, notwithstanding its biologically governed foundation.* La naturaleza creativa de la vida se sigue de la naturaleza creativa de la mente, y viceversa, y ambas se diferencian de lo inanimado, que carece de mente o pensamiento.

Yo diría que Bühler ha sido una de las víctimas más ilustres y lamentables del *arcaísmo* que ha invadido gran parte del pensamiento y la vida entera de nuestro tiempo y que casi domina en el último decenio, es decir, después de su muerte. Y empleo la palabra *arcaísmo* en el sentido riguroso que se encuentra en mi reciente libro *Innovación y arcaísmo* [8].

Quisiera, para terminar, poner en conexión el pensamiento de Bühler con algunas ideas mías—más expuestas aún a ser olvidadas; mejor dicho, a no ser ni siquiera olvidadas—. En el prólogo que escribió para la traducción de *Teoría de la expresión* decía Ortega: «En su *Teoría del lenguaje* estudia Bühler el fenómeno del habla en un estrato distinto de aquellos en que hasta ahora se les había enfrentado. No es una 'filosofía del lenguaje' como tantas que ahora pululan

[7] «Bühler regarded this as desertion, which in exile he found hard to bear» (vol.2 p.201).

[8] El Alción, Revista de Occidente (Madrid 1973).

Fundación Juan March (Madrid)

y aparecen con o sin ese peraltado título. Por otra parte, tampoco es una 'lingüística general'. Es precisamente un estrato intermedio, el más inmediato a la lingüística, sin confundirse con ésta» [9].

¿Cuál es ese «estrato intermedio» entre la filosofía del lenguaje y la lingüística general? Creo que Bühler no llegó a verlo claramente, y de ahí viene la última vaguedad teórica de su admirable libro. Recogiendo—pero en un sentido bastante distinto—la distinción entre «decir» y «lenguaje» que Ortega introdujo en *El hombre y la gente* [10], he hablado—en mi discurso de ingreso en la Academia, sobre todo en la *Antropología metafísica*—de tres términos: decir, lenguaje y lengua.

Mi discurso *La realidad histórica y social del uso lingüístico* se refería principalmente al tercero de esos tres términos, a la *lengua*—que es tema propio de la Real Academia Española—; en cambio, en el capítulo de la *Antropología metafísica* me interesa, sobre todo, el segundo término, el *lenguaje*, que es el propiamente «antropológico». Para abreviar, permítaseme citar unos párrafos, en que se muestra a qué distintos estratos o zonas de realidad pertenecen esas tres dimensiones humanas:

«La vida humana, por ser una realidad dramática y no hecha, sino siempre haciéndose, imaginativa y proyectiva, futuriza, es *interpretativa*. Yo tengo que previvir mi vida, anticipándola en la imaginación, y, por tanto, se me presenta como 'tal' vida—ésta, o ésta, o ésta—, transparente para mí, y, por consiguiente, sólo es posible mediante una teoría de sí misma, que es ingrediente de su propia realidad, y que podemos llamar *teoría intrínseca*. La vida humana—lo he dicho muchas veces—es una realidad que sólo es posible si incluye en sí misma una teoría. Esta interpretación es la manera de tratar con las 'irrealidades' que componen enorme porción

[9] *Obras completas* VII p.36.
[10] *Obras completas* VII c.11 p.233ss.

Fundación Juan March (Madrid)

de la realidad humana: imágenes, recuerdos, anticipaciones, proyectos, el futuro en cuanto tal. Y ésta es la raíz de la estructura *dicente* de la vida humana: yo no puedo vivir más que diciendo; por lo pronto, diciéndome a mí mismo; pero como el hombre es originariamente—y no adventicia o secundariamente—convivencial, el decirme a mí mismo no es ni suficiente ni primario; se trata de *decir*—a los demás—, y ese decir se 'contrae' en ocasiones a mí mismo en el 'decirme', en lo que llamaba Husserl el funcionamiento de las significaciones en 'la vida solitaria del alma'.

»El gran acierto de Ortega fue retrotraer la teoría del lenguaje a ese fenómeno más radical que es el *decir*. Este es una determinación o requisito que descubrimos al analizar lo que es mi vida, y, por tanto, pertenece a la realidad de ésta sin más, y su estudio corresponde a la teoría analítica o universal de la vida humana; de él me he ocupado en otras ocasiones, especialmente en *Introducción a la Filosofía* e *Idea de la Metafísica*. La vida biográfica sólo es posible mediante el decir, esto es, indicar o señalar—*dicere, deíknymi*—, manifestar o descubrir, poner en la *alétheia* o verdad. Decir es mostrar o patentizar *de cualquier forma:* con el dedo que señala —el dedo *índice*—, con la mirada, con un gesto, con la voz, con la palabra, con la caricia, con la amenaza; también, por supuesto, con lo que se llama la 'palabra interior' o *verbum mentis,* con que me digo a mí mismo.

»Ahora bien, que el hombre *hable,* que tenga *lenguaje,* es cosa distinta y que pertenece a otro plano de la realidad. El lenguaje es la forma fonética y auditiva del decir, posible porque la vida humana tiene una determinada estructura empírica. Supone que el hombre es un animal aéreo—el sistema auditivo de los acuáticos es excesivamente deficiente—, con una determinada estructura anatómica, con muy precisos órganos vocales y acústicos, ordenados en torno a ese músculo que llamamos *lengua*. El decir pertenece a la vida humana en cuanto tal, a su estructura necesaria y universal, tema de

Fundación Juan March (Madrid)

la teoría analítica; el lenguaje, no: pertenece a la estructura empírica que esa vida tiene de hecho; si se prefiere, diremos que es una determinación del hombre, y, por tanto, tema de la antropología.

»Finalmente, el que el lenguaje se realice en lenguas o *idiomas,* es decir, en formas 'propias' de cada sociedad, pertenece a la realidad histórico-social de la vida humana, y su estudio radica en una sociología... Lo que aquí nos interesa primariamente es el segundo nivel, aquel en virtud del cual esa estructura de la vida biográfica que llamamos el hombre incluye en sus determinaciones el lenguaje; es decir, la forma de decir que consiste en hablar y oír, y, secundariamente, en escribir y leer. Es menester 'radicar' esta determinación en ese requisito universal de la vida que llamamos decir, y hay que ver también que el hablar humano se diversifica histórico-socialmente en lenguas, cada una de las cuales es la forma concreta que reviste la *instalación lingüística.* Con otras palabras, la realidad antropológica del lenguaje sólo es plenamente inteligible *desde* su raíz metafísica en el decir y *hacia* su concreción social en los idiomas» [11].

Pienso que Bühler, al encontrarse con el lenguaje en su mismidad, topó con esa zona de realidad que yo llamo la *estructura empírica de la vida humana,* y que es lo que en rigor significa «el hombre»—el tema, por tanto, de la antropología—. A esa dimensión—efectivamente «intermedia»—pertenece la teoría del lenguaje que postulaba Bühler, que estuvo tan cerca de realizar como le permitían sus supuestos teóricos, quiero decir filosóficos, en la medida en que la filosofía se plantea los problemas de *realidad.*

La lingüística actual necesita imperiosamente volver al genial libro de Karl Bühler; el haberlo olvidado introduce en ella el más peligroso arcaísmo, la hace *empezar por detrás*

[11] *Antropología metafísica* c.27 (2.ª ed. El Alción, Madrid 1973) p.241-43.

Fundación Juan March (Madrid)

de nuestro tiempo. Pero, al cabo de cuarenta años, no se puede, sin más, «volver» a la *Teoría del lenguaje,* libro insuficiente por sus raíces. Lo que habría que hacer, lo que se presenta como una tarea urgente, es *repensarlo a la altura de nuestro tiempo,* sin confundirlo, claro está, con otro anterior al nacimiento de Bühler.

Madrid, enero de 1974.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

LAS LENGUAS Y LA POLITICA

Por Luis Michelena Elissalt

Catedrático de lingüística indoeuropea
de la Universidad de Salamanca

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

LAS LENGUAS Y LA POLITICA *

En respuesta a una invitación que agradezco, aunque no debo ocultar que la he aceptado con temor, presento aquí algunas observaciones sobre el tema indicado en el título. Más que de consideraciones personales, el temor nace de la convicción de que en materias como ésta es difícil conseguir, hoy por hoy, una cierta objetividad; todos, los unos como los otros, estamos dentro de alguna tradición que, por instinto y por hábito, tratamos de defender. La generalidad, al igual que la lejanía en tiempo y espacio de muchos de los ejemplos que aquí se mencionan, es, pues, buscada. No nos es dado librarnos de nuestras coordenadas espaciales y temporales, pero podemos al menos intentar reducir sus consecuencias inmediatas despersonalizando y atemporalizando las cuestiones.

Además de esto, toda especialización supone deformación, maneras peculiares de ver y enjuiciar las cosas, y también, hecho menos conocido, graves limitaciones, de las que el propio especialista es el primero en darse cuenta. Esto sólo ocurre, por fortuna para el interesado y por desgracia para los demás, en el caso, no demasiado frecuente, en que el especialista se para alguna vez a pensar en el lugar que su oficio ocupa en un contexto más general.

Un lingüista, ya que hablamos de lenguas, tiene que quedar abrumado, a poco que reflexione, por la enorme desproporción que existe entre lo que conoce y lo que ignora. No

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.17 p.261-273.

Fundación Juan March (Madrid)

es sólo que, salvo en casos excepcionales, esté en clara inferioridad, por lo que al dominio activo de lenguas se refiere, frente a muchos modestos intérpretes. Aun limitándonos a un cierto conocimiento analítico de lenguas diversas, la muestra que puede manejar es, en la hipótesis más favorable, ridículamente exigua en comparación con el número (estimado, a ojo de buen cubero, en varios millares) de las lenguas actuales o conocidas en el pasado. Y este número, a su vez, no es más que una porción insignificante de las lenguas que han tenido que existir desde que el hombre es hombre, es decir, desde que habla en el sentido pleno de la palabra. Como todo es relativo, la admiración, justificada hasta cierto punto, del individuo unilingüe por los que conocen el manejo—y a veces también la historia—de varias lenguas o grupos de lenguas, tendría que ser sustituida en justicia por un sentimiento de menosprecio.

Esto es todavía más grave si se parte del supuesto, que yo me inclinaría a suscribir, de que todas las lenguas conocidas no son más que variedades—o, mejor, representantes, realizaciones o muestras, es decir, *tokens*—de una especie única: el lenguaje natural. ¿Cómo explicar, si no, que aún no exista una clasificación tipológica aceptable de las lenguas, empresa en la que han trabajado inteligencias geniales, cuando ya en el siglo XVIII se llegó a ordenar racionalmente las plantas, muy superiores en número y en diversidad? En el fondo hay, por lo visto, procedimientos universales y comunes, encubiertos por el tupido follaje de infinitas diferencias superficiales.

Por ello mismo no es posible dibujar, a partir de la muestra disponible, una línea evolutiva que vaya de sistemas de simplicidad rudimentaria a otros cada vez más complejos. Evolución la hay siempre y en todas partes, ya que las lenguas, como objetos históricos, van arrastradas por ese río en que uno no puede bañarse dos veces. Hay también diferencias manifiestas en ajuste y en complejidad; pero, por grande y

Fundación Juan March (Madrid)

hasta decisiva que sea su importancia social, el consenso profesional las considera más superficiales que profundas. La lengua (la comunidad que la emplea en último término) puede adquirir nuevos registros, aumentar con el cultivo su riqueza y flexibilidad, adaptarse a situaciones más complejas o, por lo menos, a situaciones muy distintas. Algo ha tenido que suceder al japonés, lengua, desde que el comodoro Perry, presentando sus cañones como credenciales, abrió los puertos del Japón al comercio occidental. Porque, dado que los japoneses no renegaron de su lengua, con el comercio tuvo que entrar la revolución científica—y, como secuela, la industrial—, los dos productos de exportación occidentales que, como suele decir Miguel Artola, han conseguido aceptación universal. El caso japonés prueba además que, aunque la balanza haya de ser en un principio favorable a quienes imponen su voluntad, los productos de exportación, una vez asimilados, pueden volverse contra los introductores, como quedó probado en Tsushima y en Port Arthur, para no hablar de hechos más recientes.

El experimento en materia de lenguas, caso general en las ciencias humanas, es siempre difícil, si no imposible; nadie se decide a poner a prueba por razones científicas (aunque sí, quizá, por razones de otro orden) si una lengua, puesta en situaciones límite, muere o acaba por sobrevivir. Tenemos que conformarnos con los hechos documentados; pero, aun así, lo históricamente dado admite siempre interpretaciones diversas. Como las condiciones son las que realmente se dieron, toda especulación sobre lo que habría ocurrido si algo que llegó a suceder no hubiera sucedido, o, al revés, si hubiera sucedido algo que no llegó a ocurrir, es más o menos fútil. Y, sin embargo, el razonamiento basado en condicionales irreales, que no acaba de entrar en los esquemas lógicos, es inevitable en la práctica. Así no se llega más que a convicciones personales, cuya comunicación a otros requiere más retórica que dialéctica. Es un hecho, con todo, que los lingüistas han creído, y

Fundación Juan March (Madrid)

creen en su mayoría (Sapir es, probablemente, el representante más preclaro), que cualquier lengua, en sí y en principio, puede llegar a satisfacer las mismas necesidades que cualquier otra, aunque ello exija el esfuerzo denodado de una comunidad a veces durante generaciones enteras [1]. Junto a los éxitos, hay también fracasos; pero ¿no se debieron éstos a falta de constancia o a un conocimiento imperfecto de la economía de los medios?

Puesto que hemos apelado al testimonio de los lingüistas, es justo advertir que éstos, además de sus limitaciones ya señaladas, sufren de otra insuficiencia, que para lo que aquí interesa es radical. La lingüística que se ha llamado inmanente, y no sólo ella, ha concedido una atención preferente, a veces exclusiva (el *Cours* de Saussure es casi un programa), a las lenguas como sistemas, por decirlo de alguna manera, desencarnados. Esto no es condenable en principio. Ninguna ciencia ha podido constituirse como tal sino al precio de una sucesión de reducciones brutales. Así, en nuestro caso, cualquier lengua (porque aquí no se distinguen torres de chozas) es un sistema utópico y ucrónico, de cuyos posibles hablantes, presentes o pasados, se ha hecho completa abstracción. Conviene señalar, porque esto se olvida demasiado a menudo, que la vieja lingüística histórica—o, en otros términos, diacrónica—nunca pudo ni quiso prescindir del tiempo ni del espacio, menos aún de los hablantes; en cualquier manual de este viejo estilo—tales manuales no han dejado nunca de publicarse—se encuentran siempre indicaciones geográficas, históricas y hasta sociológicas muy precisas. La lingüística descriptiva,

[1] Por esto no tienen mayor sentido consideraciones como esta de Manuel Alvar en *Revista Española de Lingüística* 1 (1971) 53 n.83: «Baste pensar en el guaraní, que tiene consideración de lengua nacional, incapaz para expresar—según sus hablantes—conceptos harto triviales en la vida de un hablante instruido». Naturalmente, no es el guaraní, que no posee órganos de fonación (aunque sí una pintoresca historia que explica su condición actual en Paraguay), el que no es capaz, según sus hablantes, de expresar esos conceptos. Son los hablantes los que no pueden, o, mejor, no quieren, expresar esos conceptos en guaraní.

Fundación Juan March (Madrid)

por el contrario, limitada deliberadamente al estudio de *un* estado de lengua, continúa la reducción hasta llegar a una norma abstracta (la *langue)* o bien a un corpus de enunciados, homogéneo en lo posible.

Pero las lenguas no son sólo diversas hasta el infinito en cuanto sistemas; también lo son, en el tiempo y en el espacio, como medios concretos de comunicación. Unas son habladas por muchos millones y otras empleadas por pequeños grupos. Unas nunca han sido escritas y otras poseen una inmensa producción literaria y científica. Hay lenguas oficiales en distinto grado y lenguas que no han alcanzado esa condición; lenguas cuyo uso apenas sale de los límites de una comunidad y lenguas de relación, que vienen empleándose para la comunicación entre grupos de diferente idioma materno. Lenguas de uso general, cualquiera que sea la situación o el tema, dentro de una colectividad, y lenguas reservadas para ciertas ocasiones o materias; tanto da que éstas sean familiares como rituales o científicas. La diferenciación horizontal, geográfica, como la vertical, social, puede ser pequeña o grande, lo mismo que la distancia que separa la variedad coloquial de formas más o menos clásicas, adecuadas para usos más solemnes. Situaciones de bilingüismo o plurilingüismo colectivo corrientes en algunos países, son incomprensibles en otros para la masa de la población. Y así sucesivamente.

El lingüista no tiene por qué ser un experto en esta clase de problemas, que puede considerar, con alguna razón (aunque la razón parezca absurda al común de los mortales), extralingüísticos; esto no es cierto, me apresuro a añadir, para un pequeño grupo, que va creciendo al parecer, de ellos. La consecuencia es que, a pesar de su especialización o precisamente por ella, los conocimientos de un lingüista sobre aspectos esenciales de las lenguas—ya que son factores determinantes de su fortuna o de su decadencia, de su pervivencia o de su desaparición—son a menudo superficiales, basados ante todo en su propia experiencia personal o en lo que gentes con un

Fundación Juan March (Madrid)

pasado distinto, que el azar ha puesto en su camino, le hayan podido contar [2].

La información de orden lingüístico que puede hallarse en obras de historia (y hasta de geografía humana) es demasiado a menudo insuficiente, nada sistemática y hasta inexacta. Junto al crecido número de encuestas dialectales, con métodos ya fijados en lo fundamental desde hace muchos años, sorprende la parquedad de las investigaciones sobre la situación concreta de una lengua, como medio vivo de comunicación, en un país y en un momento determinados [3]. Hay, claro está, estadísticas; pero, aun descartada la sospecha—que no siempre es mera sospecha—de una manipulación de los datos, pocas veces ofrecen algo más que una estimación bruta, en la que toda matización está ausente. Por el futuro de las lenguas, más que los lingüistas, se han preocupado gramáticos normativos, pedagogos, psicólogos y políticos; además se ha preocupado el hombre de la calle, a quien estas cuestiones, cuando le tocan de cerca, le tocan de verdad. Una parte considerable de la literatura sobre bilingüismo, por ejemplo, está dedicada a los efectos favorables o desfavorables, manejados a menudo como armas ofensivas o defensivas, que la temprana iniciación en dos lenguas puede tener para el niño.

Sería sorprendente que la lingüística, en su largo caminar de más de dos milenios, no haya afinado mucho sus conceptos; nuestra vanidad de modernos nos lleva, además, a pensar que el proceso se ha acelerado en los últimos tiempos.

[2] Todavía quedan bastantes historicistas que conocen en detalle, aunque quizá de manera demasiado somera, la historia de una lengua, de una familia y hasta de varias familias de lenguas.

[3] Entre nosotros ha sido recientemente una grata sorpresa la aparición de un libro muy poco corriente, obra además de un joven estudiante de la Universidad de Granada: José María Sánchez Carrión, *El estado actual del vascuence en la provincia de Navarra (1970)* (Pamplona, Príncipe de Viana, 1972). Y, aunque se trata de una obra de divulgación (o precisamente por ello mismo), merece ser citado, tanto por la amplitud de su información como por su objetividad, el librito de Antonio Tovar, *Lo que sabemos de la lucha de lenguas en la Península Ibérica* (Madrid, Gregorio del Toro, 1968).

Fundación Juan March (Madrid)

Pero esta precisión conceptual queda en buena medida circunscrita al estudio de las lenguas como sistemas abstractos y al de su evolución en el tiempo; es decir, a ideas como «transformación» o «correspondencia fonética». En cuanto hablamos de bilingüismo, de diglosia, hasta de dialecto, los conceptos, en los cuales entran ya consideraciones sociológicas, son toscos, mal definidos y difíciles de manejar. Es de esperar que esta situación mejore pronto; pero, entre tanto, apenas puede pasarse de una caracterización a grandes rasgos de las condiciones de un país determinado que sirva al menos, con el apoyo de la experiencia propia, como primera aproximación.

Tales ideas, por otra parte, no están privadas de un aura pasional. Tomemos como ejemplo el *dialecto,* término incoloro, si los hay, dentro de ciertas esferas, por no mencionar el *patois* francés, que, si los etimólogos tienen razón, vendría a ser la manera de expresarse de gentes que hablan con las patas, ni siquiera con los pies. En lingüística histórica, donde el concepto tiene su origen, se habla lo mismo, sólo que a diferente nivel, de dialectos indoeuropeos, de dialectos germánicos o de dialectos alto-alemanes; en lingüística descriptiva se alude con ello a una falta de autonomía, a una dependencia con relación a una norma no exterior en cierto modo, pero sí superior, puesto que es aceptada. Pero, en el mismo uso corriente español, *dialecto* se contrapone a *lengua* (o al más culto *idioma),* con una connotación que, a la falta de autonomía, añade una falta de nobleza o de dignidad. No es difícil ver a dónde puede conducir una discusión planteada en términos que, aparte de estar mal definidos, arrastran una carga afectiva explosiva.

Esto no vale sólo, por desgracia, para las broncas callejeras. Los lingüistas que han intervenido en la discusión sobre la romanidad o germanismo de zonas limítrofes entre Austria e Italia, pongamos por caso, no han puesto menos pasión ni

Fundación Juan March (Madrid)

más respeto a las normas del *fair play* que los participantes en la riña menos académica. Cuando se alude a la desaparición, consumada ya o en vías de consumarse, de una lengua, tema que es siempre doloroso para bastante gente, siempre acaban por manifestarse, con los matices que se quieran, dos posiciones opuestas. Para unos, la pérdida de una lengua, por insignificante que sea, es una pérdida del patrimonio humano común, no de la herencia particular de una colectividad. Sin precisar por qué y en qué constituye una pérdida—una vez al menos que la lengua ha quedado embalsamada, para pasto de eruditos, en gramáticas y diccionarios—, no cabe negar que tal sentimiento existe y que además no es exclusivo de los miembros de la comunidad afectada. Para otros, la desaparición de lenguas pequeñas es un epifenómeno inevitable del progreso, si no es su condición necesaria. Cuando se lee a un Vendryes—a quien muchos jóvenes franceses consideran ahora inexcusablemente *chauvin* a pesar de la comprensión llena de simpatía que mostró por las lenguas y la civilización céltica del pasado—, se saca la impresión de que, a sus ojos, el hecho de que un instrumento tan perfecto de comunicación como el francés no sea de empleo universal o mucho más extendido, no es más que la secuela de un pobre nivel de vida, bajo por el momento, pero mejorable en el futuro. No sabía que sus sueños imperiales iban a tropezar pronto, sin salir de las cercanías, con una barrera infranqueable por obra de factores tan culturales, entre otros, como Patton, la VI Flota y la General Motors.

Evito en lo que sigue el término *nación* (o *nacionalidad*), más por ser innecesario en este contexto que peligroso. Ha admitido y admite, en sus distintas formas, sentidos muy diversos, según las épocas y según los países; poco tiene que ver, por ejemplo, su valor español clásico, el de los siglos XVI-XVII, con el que es más corriente hoy. Tampoco hay coincidencia entre su valor en los países del oeste de Europa (con

Fundación Juan March (Madrid)

irreverente inclusión del inglés americano)[4] y el que posee en el centro y en el este. J. Sarraill ha señalado con toda razón que en alemán no significa lo mismo, con referencia al individuo, *Nationalität* que *Staatsangehörigkeit,* y tal distinción tuvo que ser inevitable en un estado confesadamente plurinacional como fue el imperio austro-húngaro; lo mismo sucede en ruso con *naródnost' (nacionál'nost'),* de una parte, y *póddanstvo (grazhdánstvo),* de otra[5]. Pero, en Occidente, *nación* es prácticamente sinónimo de *estado,* entendido como unidad territorial y unidad de poder, mientras que, para el movimiento de ideas que tuvo su principal foco en Alemania desde finales del siglo XVIII, *nación* viene casi a ser coextensivo con comunidad lingüística: «La división del género humano en naciones—dice Guillermo de Humboldt, que no es una voz aislada—no es otra cosa que su división en lenguas»[6]. Esto muestra, dicho sea de paso, que la identificación de nacionalismo con separatismo es un error patente, ya que aquél ha sido a menudo unionista, no disgregacionista.

Cuantos se han ocupado de esto no han podido menos de mencionar un hecho por demás curioso: la tendencia que se observa en todo el mundo a establecer, en contra de la experiencia, y hasta de la experiencia propia, correspondencias biunívocas entre lengua y estado, cuando cualquiera puede caer en la cuenta, a poco que reflexione, que se dan tanto estados con varias lenguas oficiales, por no hablar más que de éstas, como lenguas que son oficiales en más de un estado. No es demasiado difícil conseguir aun en clases universitarias, a poco que se cebe el anzuelo, respuestas como «en Suiza se habla suizo» o «la lengua de Yugoslavia es el yugoslavo».

[4] Hasta en inglés se siente alguna vez la necesidad de matizar, y se habla de *national state,* no solamente de *nation.*

[5] En cambio, «patria» *(ródina)* no hay más que una: la que es calificada de «soviética» o «socialista».

[6] *Gesammelte Schriften,* ed. A. Leitzmann, VI 1 p.126. Pasajes de Herder y de Fichte de análoga inspiración pueden verse en MIGUEL ARTOLA, *Textos fundamentales para la historia* (Madrid 1968) p.561ss.

Fundación Juan March (Madrid)

Salta a la vista, insisto, que tal correlación no existe. No hay otro punto de partida para emitir juicios, ya que la coexistencia, a menudo conflictiva, entre lenguas dentro de un mismo ámbito de gobierno tiene evidente importancia social y política. Pensar, como se hace con frecuencia, que tal coexistencia no es sino un mal pasajero que el tiempo y la historia se encargarán de remediar, no parece una opinión muy fundada; valdrá tal vez para alguna zona, pero no en general. El mundo occidental perdió su antigua *lingua franca,* el latín, que en ciertos empleos dominaba casi sin rival hasta Polonia y Croacia; fue quedando desposeído de su carácter de lengua de la Administración, perdió poco a poco su condición de vehículo del intercambio científico, hasta que han terminado por abandonarlo, salvados los inevitables gestos de deferencia a la tradición, los filólogos clásicos y la Iglesia católica. Pero, aun descontado el latín, no es exacto que las grandes lenguas modernas hayan ido eliminando, en un proceso cada vez más rápido, a sus competidores más débiles. Bien al contrario, el número de lenguas oficiales en Europa ha crecido, y mucho, en lo que llevamos de siglo; no disminuido. Alguna vez (y es más cortés no ser explícito), la oficialidad ha quedado en deseo más que en realidad; pero ésta es la excepción, no la regla. Esto vale también, con las restricciones que más adelante se presentarán, para otras partes del mundo.

Para un futuro próximo—y no tan próximo—hay que contar, pues, como dato fundamental, con una gran diversidad lingüística. Conviene señalar, por otra parte, que lingüistas y no lingüistas, mano a mano, suelen equivocarse con frecuencia al emitir juicios sobre el futuro de las lenguas. Estas no llevan impresas en la frente marcas visibles de su estado de salud. Ninguna persona sensata habría podido predecir —predecir racionalmente se entiende—, hacia el año 1200, la difusión actual del inglés; tampoco habría pronosticado nadie, en tiempos del imperio aqueménida ni muchos siglos

Fundación Juan March (Madrid)

después, que el arameo habría de encontrarse, como parece que se encuentra, en trance de desaparición.

No es que no se puedan observar, sobre todo cuando se juzga sobre hechos consumados, factores que han tenido que influir en la próspera y adversa fortuna de las lenguas; lo que es difícil de probar, en cuanto se intenta llegar a generalizaciones válidas, es hasta qué punto esos factores, solos o reunidos con otros, han sido o son determinantes o decisivos. En cualquier caso, a poco que uno se sepa su cartilla, es hacedero encontrar contraejemplos. Los dominadores pueden abandonar su lengua sin dejar en la vencedora de los dominados apenas otra cosa que unos cuantos nombres propios. Eran muy pocos, se nos dirá, para imponerse a muchos. Pero, a poco que se penetre en la historia del Oriente Próximo, uno no puede menos de ver sorprendido que comunidades pequeñas, de gran actividad comercial (muy sensibles, por lo tanto, a incentivos económicos), que han vivido en territorios discontinuos (o, si se quiere, no conexos), sin gozar de condición jurídica privilegiada, han logrado conservar su lengua. Nadie dice, creo, que el armenio esté próximo a extinguirse, a pesar de una larga historia de desastres añadido a una considerable divergencia dialectal. Es verdad que la diversidad religiosa, manifiesta a veces en matices que al observador lejano le parecen inventados *ad hoc*, unida al empleo de la lengua propia en la liturgia y en la predicación, ha podido contribuir a la conservación. Esto no se aplica, sin embargo, ni a los católicos irlandeses, con liturgia en latín, ni a los arrianos germánicos, con liturgia nacional. La superioridad cultural protege, según la opinión común, al griego de la competencia del latín incluso en extensos territorios donde no era más que una lengua colonial como la otra, pero un pasado brillante no impide que el interés por el cultivo literario del catalán decrezca bruscamente en el siglo XVI, para reaparecer, no menos bruscamente, en el siglo pasado.

En el fondo de todo hay, sin duda, un fenómeno colec-

Fundación Juan March (Madrid)

tivo, cuya completa racionalización acaso nunca nos será dada. Se trata, en último término, de la adhesión o despego de una comunidad respecto a su lengua. Los pueblos aculturados son legión, pero también lo son los que, a veces por un sobresalto de última hora, no se han dejado asimilar, aunque las condiciones parecieran serles desfavorables. La culta Bética fue aquí la primera en aceptar, con los brazos abiertos, la romanización total. La pequeña y pacífica Aquitania guardó algún islote insumiso que no se acierta a encontrar en la populosa y guerrera Gallia comata.

Acaso no haya ejemplo más revelador en materia de lengua que lo que se ha dado en llamar Tercer Mundo. La independencia ha tenido, por lo que uno puede juzgar y hablando en términos generales, efectos bien distintos en Asia y en Africa. Pensemos en el sudeste asiático, donde la oficialidad de las lenguas nacionales ha seguido inmediatamente a la independencia. Y no es que faltaran dificultades y problemas; tampoco faltan, en la antigua Indochina pongamos por caso, muchas personas que hablen un francés muy aceptable, como hemos podido comprobar sin movernos de casa. No tengo medio alguno de hacer un balance de la obra de una figura tan desmesurada y pintoresca como la de Sukarno; pero, sea cual fuere su resultado, apenas se puede dudar de que su política lingüística, la adopción del Bahasa Indonesia como lengua oficial, constituyó un señalado éxito, hasta el punto de que sus sucesores, que en tan pocas cosas han sido continuadores, no han encontrado, por una vez, nada que cambiar. Ya se sabe que lo que hizo fue elegir, entre muchas, una variedad recomendada por su difusión y su inteligibilidad, en normalizarla e imponerla a pesar de su escasa tradición literaria, aspecto en que algún competidor le aventajaba en mucho.

En Africa, por el contrario, se saca la impresión de que la dependencia cultural, en primer lugar lingüística, es por lo menos tan fuerte como en los mejores momentos de la época colonial; esto alcanza incluso a países árabes con fondo bere-

Fundación Juan March (Madrid)

ber. La *négritude* se canta en francés, y no es que los senegaleses lo vayan a entender mejor que los vietnamitas. A fin de cuentas hay que aceptar o rechazar la carga que supone, en mayor o menor grado, la capacitación de lenguas del país para usos antes cubiertos por los idiomas coloniales, tarea siempre delicada, molesta, larga y difícil. Esto, además, acaso sea dejarse engañar por la elegancia de los nombres y aceptar una versión idealizada de los hechos.

En cualquiera de estos (y de aquellos) países había minorías importantes, aunque muy reducidas en relación con la masa de la población, educadas en lengua extranjera, minorías que son hoy en esencia las que detentan el poder en los nuevos estados. Casi se diría que, en algunos casos, la independencia ha representado pura y simplemente la sustitución de los funcionarios extranjeros, enviados por gobiernos lejanos, por elementos indígenas que ya desempeñaban funciones dirigentes, aunque subordinadas. En algunas partes, cuya distribución en el espacio está bien delimitada en términos generales, parece haberse pensado que de la independencia se seguía, sin más discusión, la posibilidad de elevación cultural de la mayoría, elevación cuya condición necesaria es el empleo como vehículo de lenguas locales. En otras, por el contrario, se ha cambiado una oligarquía por otra, de color más uniforme y más local; no interesa aquí precisar hasta qué punto se han roto o se mantienen las dependencias con respecto a centros lejanos de poder. Para la mayoría hay, naturalmente, planes de enseñanza que a veces llevan implícita la eliminación de las lenguas propias. Una vez que esto, a la corta o a la larga, se haya conseguido, la mayoría se hallará más cerca de los centros de decisión. Más bien a la larga, ya que los del cogollo no tienen mayor prisa en aumentar el número de los posibles competidores.

Este es, evidentemente, el caso americano. Aquí, en el norte como en el centro y en el sur, la independencia fue obra de criollos (que tienen poco que ver con las lenguas lla-

Fundación Juan March (Madrid)

madas criollas), o al menos fueron sus manos las que recogieron los frutos. El elemento indígena fue sometido a dos procedimientos tan eficaces el uno como el otro: la marginación o la eliminación. La marginación lingüística, que no iba sola, era el medio más eficaz de marginación política, con lo que, a pesar de revueltas tan violentas como ineficaces, se llegaba sin esfuerzo al gobierno exclusivo, tan deseado por algunos, de las minorías ilustradas.

Hoy en día han crecido de manera inmoderada las posibilidades de control; ya no se trata sólo del control de la naturaleza, sino también de controlar el comportamiento humano, individual y colectivo. No voy a ponerme a discutir por vez enésima las ventajas que de esto pueden derivarse ni los gravísimos peligro que ello comporta. Sí interesa, en cambio, subrayar que estas posibilidades afectan también a la vida de las lenguas. Ahora hay de hecho en todas partes, con mayor o menor deliberación, políticas lingüísticas; una de ellas, acaso no la menos eficaz, es la política de inhibición por parte de los poderes públicos o por parte de las colectividades [7].

No parece que a un grupo humano le queden más que tres posturas posibles, con todas las gradaciones que se quiera, ante la situación en que se encuentra su lengua materna. Puede estar satisfecho con ella, caso frecuente, sobre todo, en los grupos que ocupan una posición dominante; bien es verdad que la satisfacción no suele ser total, como puede inferirse de la lucha, sorda o abierta, entre las grandes lenguas por mejorar su posición internacional. Puede resignarse, no sin nostalgia, cuando la vea declinar, pero sin tratar de oponerse de una manera decidida al proceso. O puede intentar

[7] Las decisiones legales en materia de lengua no son, ni mucho menos, de hoy; basta recordar el año 610, en que el imperio de Oriente abandonó, juntamente con el latín, la ficción de un imperio romano unitario; o el edicto francés de Villiers-Cotterets (1539). También se suele citar, por su importancia práctica, una de las resoluciones del concilio de Tours (813).

Fundación Juan March (Madrid)

defender lo que considera suyo, gane o pierda, con paciente tenacidad o con violencia desnuda.

También son tres las actitudes que pueden tomar los poderes públicos ante problemas de este género, y son, como las ha definido Heinz Kloss, de represión, de tolerancia y de promoción. La represión, que ha llegado en algún caso extremo a la prohibición de hablar una lengua (la prohibición de escribirla, de emplearla como vehículo de enseñanza, etc., ha sido siempre mucho más frecuente)[8], es una actitud que parece estar en clara regresión en estos últimos tiempos. La tolerancia, el *laisser faire, laisser passer* en materia de lengua, ha sido siempre, y es todavía hoy probablemente, la política más practicada. Sus resultados no son malos, a corto plazo por lo menos, a juzgar por una larga y varia experiencia. Hay dos puntos, sin embargo, que han de ser tenidos en cuenta al enjuiciarla. En primer lugar, esta política, como el liberalismo económico, es una manera tan eficaz como cualquier otra —más eficaz en realidad, puesto que supone omisión, no una acción con cuya responsabilidad alguien tiene que cargar—de favorecer a unas lenguas y de postergar a otras: es, por lo tanto, una política, no una falta de política. Exige además, para ser oportuna, una actitud de aceptación por parte de la población afectada; que la aceptación sea entusiasta, indiferente o tristemente resignada, tanto da.

El conflicto se produce cuando una población no se resigna con una situación dada y presenta exigencias. Siempre, y hoy más que nunca, una lengua necesita para sobrevivir una adaptación interna a condiciones concretas de vida social, pero también ciertas facilidades legales. Hoy más que nunca, porque el ámbito de lo legal va quedando definido por lo que está sancionado positivamente («¿Tiene usted autorización, permiso?»), no por lo que ha sido prohibido expresamente. Pretender que se desea que una lengua viva o que nos es

[8] En realidad, la prohibición de hecho se disfraza habitualmente de trabas legales, que hacen imposible su empleo en la práctica.

Fundación Juan March (Madrid)

indiferente que esa lengua viva o no, si se le impide de hecho el acceso a ciertos medios de difusión, es una postura insostenible, ya que en el mundo actual ese acceso es una condición necesaria, aunque no suficiente, para la supervivencia. Los gobernantes de un estado en que exista una pluralidad de lenguas—caso que, como se ha visto, es más bien la regla que la excepción—tienen que sentirse movidos a encontrar, por propia conveniencia en primer lugar, situaciones de equilibrio entre demandas y concesiones en que se tengan en cuenta intereses que no por ser opuestos dejan de ser reales.

En la historia se pueden documentar, sin mayor trabajo, abundantes soluciones de fuerza que, a pesar de su legitimidad discutible, han recibido el consenso de la posteridad [9]. Pero no siempre ha sido éste el resultado. Entre concepciones de esta clase tiene su lugar la idea simplista de que la manera más económica de cortar de raíz tendencias escisionistas es la de acabar con la diversidad lingüística. Que esto no es exacto, lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que el foco original del nacionalismo vasco fuera Bilbao, donde la lengua vasca era claramente minoritaria. También lo prueba Irlanda, donde una regresión, hasta ahora no contenida, de la lengua autóctona no ha evitado ni la Pascua de 1916, ni la independencia de Eire, ni los estallidos de violencia en el Ulster [10].

Me permito aducir el caso del Ulster porque últimamente viene recibiendo entre nosotros dos interpretaciones contrapuestas, sólo coincidentes en su exclusivismo: la religiosa y la económica. Parece quererse olvidar que, desde que sabemos

[9] Durante bastante tiempo ha sido costumbre en España, por parte de autores de cierto color (Calvo Serer es la muestra más representativa), citar la guerra de secesión norteamericana como ejemplo de eliminación, violenta, pero efectiva, de tensiones. Pero, si hasta un testimonio tan parcial como la película de Griffith prueba algo, es que allí la pacificación se consiguió por una política de transacción posterior a la rendición de Lee, con la que la oligarquía sudista vio asegurada su posición de privilegio, aunque subordinada a los intereses vencedores.

[10] El *Gaeltacht*, la zona de lengua irlandesa, se extiende a uno y otro lado de la frontera, en contra de lo que podría pensarse.

Fundación Juan March (Madrid)

algo de nuestra especie, los hombres tienden a agruparse (a unirse hacia dentro y a cerrarse hacia afuera) en razón, entre otras, de una supuesta comunidad de origen, y que para un grupo étnico, por llamarlo de alguna manera, la religión, a menudo más oficial que practicada, puede ser un signo diferenciador tan marcado como la lengua. Se han relegado al olvido, además, los antecedentes medievales del problema irlandés, muy anteriores a la Reforma [11]. Por otra parte, la diferencia de clase que hoy puede observarse allí entre dos colectividades es el resultado de las mismas causas históricas que han puesto al inglés en posición dominante frente al gaélico.

Creo que puede probarse que el tipo de análisis que concede una importancia decisiva a los hechos económicos ha sido aceptado, sin mayor resistencia, por muchos observadores no marxistas; la resistencia es menor, y esto merece atención especial, cuando se trata del análisis de situaciones actuales, que son las que en definitiva van a configurar nuestro propio futuro, que cuando se emiten juicios sobre grandezas y miserias del pasado. Y no creo que esto sea tan sólo función del número y naturaleza de los datos disponibles.

Por ello, vale la pena de recordar la política lingüística de la U. R. S. S., que es, o debiera ser, bien conocida. Marx y Engels, tanto por la naturaleza de la doctrina como por su propia oriundez, no habían dejado mucho lugar en sus esquemas a problemas étnicos y a conflictos de lenguas. Y, sin embargo, la revolución de octubre obligó a los triunfadores, en medio de gravísimos y muy urgentes problemas de todo orden, a darles una solución. Esta, justo es decirlo, había sido

[11] No trato en manera alguna de negar autonomía al fenómeno religioso, como hacen, por ejemplo, I. Iordan y M. Manoliu *(Manual de lingüística románica,* adaptado por M. Alvar, I [Madrid 1972] p.63), para quienes la persecución de los cristianos, primero, y «las perturbaciones producidas en el seno de la comunidad cristiana por las herejías», después, se quedan en «distracciones políticas, llamadas a encubrir las verdaderas causas de una crisis económica permanente». Afirmaciones como éstas son tan fáciles de emitir como difíciles de probar.

Fundación Juan March (Madrid)

ya esbozada de antemano. Pero la respuesta, en la forma que ya estaba delineada, fue muy inmediata y consecuente.

Los rasgos fundamentales de esta política han sido dos: planificación y protección de las situaciones lingüísticas que tuvieran un cierto peso. Puede inspirar reparos una reglamentación que establece sin recurso qué lenguas deben escribirse y enseñarse, cuál es la variedad que debe ser preferida, cuál el alfabeto mismo que debe emplearse en cada caso[12], y así sucesivamente. Hay algo de inhumano en la idea de un estado que, como dios predestinador, concede la gracia a algunas lenguas y dialectos y se la niega a otros, sin que se sepa muy bien hasta qué punto se contó con el asentimiento de las poblaciones interesadas. Pero esto no debe hacernos olvidar que, gracias a esta planificación total, en la que se han hecho inversiones elevadísimas (ruinosas a ojos de cualquier espiritualista de profesión de los que proliferan entre nosotros), las lenguas distintas del ruso, sobre todo las pequeñas y muy pequeñas, gozan de unos medios que las aseguran, en la medida de lo humanamente posible, de cualquier riesgo inmediato. A este respecto, los caucásicos del noroeste que en 1864 emigraron a Turquía, entonces Imperio Otomano, en busca de un nuevo asiento entre correligionarios, no salieron ganando en comparación con los que permanecieron en sus antiguas tierras. Lo mismo puede decirse de los armenios que quedaron separados por la frontera turco-soviética.

No es dudoso que entre las razones de adoptar y continuar esta política intervinieron, junto al deseo altruista de reparar injusticias históricas, consideraciones muy utilitarias, de mera conveniencia. Entre la actitud represiva, bien conocida en el imperio zarista, la mera tolerancia en favor exclusivo de la lengua dominante y la promoción de las lenguas menores, ésta es la política que se eligió. Y no se eligió, hay que subrayar

[12] Ya se sabe que el primer alfabeto empleado fue sustituido después en bastantes casos, en tiempos de Stalin, por el cirílico.

Fundación Juan March (Madrid)

esto, por mera necesidad. El número y proporción de los hablantes o conocedores del ruso dentro del territorio que acabó por ser soviético no era, creo, inferior al de los que son capaces de emplear la lengua dominante en bastantes otros países en que la política ha sido muy otra. Esta solución debe, por lo menos, ser conocida y meditada en otras partes. Más de uno dirá que, *mutatis mutandis,* podría ser imitada en alguna.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

COMUNICACION, LENGUAJE Y PENSAMIENTO

Por José Luis Pinillos Díaz

Catedrático de psicología
de la Universidad Complutense
de Madrid

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

COMUNICACION, LENGUAJE Y PENSAMIENTO *

> «Un hombre que no conoce más que las cosas, es un hombre sin ideas; es en el lenguaje donde se encuentran las ideas».
>
> (ALAIN, *Propós sur l'éducation.*)

Si el lenguaje se concibe exclusivamente como un sistema intersubjetivo de signos utilizados para establecer una comunicación, es claro que la especificidad de la actividad lingüística humana se ve seriamente comprometida, por cuanto los miembros de otras especies también hacen uso de signos para comunicarse entre sí. La comunicación, por supuesto, no es una actividad privativa del hombre, y, gracias a la paciente obra de biólogos como Karl von Frisch, se sabe hoy que las abejas, por poner un ejemplo bien conocido, son capaces de transmitir y descifrar con suma precisión mensajes complicados. Esto hace que la delimitación de la frontera lingüística entre el hombre y los animales resulte mucho menos sencilla de lo que a primera vista parece cuando uno compara el lenguaje abstracto de la filosofía, vaya por caso, con la comunicación táctil y olfativa de las hormigas. Porque, si lo que se toma como términos de comparación son puntos más cercanos del proceso evolutivo, tales como la comunicación de los gibones y el lenguaje de una tribu primitiva, las distancias se acortan considerablemente y la demarcación se complica, igual que ocurre con la

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.15 p.164-173.

Fundación Juan March (Madrid)

distinción entre la materia orgánica y la inorgánica cuando lo que se compara no es una roca con una mariposa, sino un virus con una bacteria.

Todo esto, evidentemente, es bien sabido; pero lo que en realidad hace de esta fascinante cuestión demarcativa un problema de la más palpitante actualidad no es tanto que los delfines o los primates dispongan de medios comunicativos similares a los nuestros, como que en nosotros coexistan niveles comunicativos de muy dispar jerarquía—algunos sumamente parecidos a los de las especies inferiores—. A mi entender, tan importante como determinar con exactitud cuáles son las notas diferenciales del lenguaje humano, es tener presente que en el hombre actual funcionan, junto al lenguaje proposicional exclusivo de la especie, otros sistemas comunicativos filogenéticamente muy antiguos, cada vez más alejados de las exigencias racionales que comporta el mundo técnico en que vivimos [1].

La distinción entre lenguaje humano y comunicación animal representa, pues, algo más que un mero debate académico. En un momento histórico como el presente, en que el hombre se encuentra radical e irreversiblemente inmerso en una gigantesca noosfera de su propia creación, importa mucho reflexionar sobre las repercusiones que tendría el descuido del nivel lingüístico específico que transmutó en historia la evolución biológica y ha presidido desde entonces el progreso de la especie. Quede claro desde el principio que no concebimos la palabra como un fenómeno aislado y todopoderoso, ni tampoco pretendemos insinuar que el ser humano deba reducir todas sus posibilidades comunicativas a las del lenguaje proposicional típico de la especie. La palabra surgió, es probable, de una inter-

[1] Las recientes experiencias de Gardner, Premack y Fouts permiten colegir que los chimpancés son capaces, cuando se les adiestra convenientemente, de dominar una especie de lenguaje proposicional de signos muy rudimentario, que algunos suponen fue el que en el propio hombre precedió a la palabra. En el presente trabajo, la expresión «lenguaje proposicional» se toma en la acepción dada por Cassirer: como equivalente del discurso verbal, privativo del hombre.

Fundación Juan March (Madrid)

acción social rudimentaria y eminentemente práctica, y también parece cierto que el gesto o la imagen poseen virtudes comunicativas de que el lenguaje proposicional carece. Indiscutiblemente, el mundo afectivo se expresa muchas veces mejor a través de un gesto que de una frase, y tampoco cabe duda de que una imagen puede valer por mil palabras, como gustan de recordarnos los publicitarios. Lo que ocurre es que nada de esto debería hacernos olvidar que la primera palabra que se pronunció sobre la tierra fue la clave que abrió definitivamente a los homínidos el camino de la humanización; sólo cuando las cosas comenzaron a tener nombre, lo percibido empezó a ser pensado humanamente. En la historia *natural* de las especies, la palabra no fue en verdad lo primero; pero sólo a partir de ella penetró el hombre en el mundo de los símbolos que constituyen la cultura. Respecto de ella, la palabra fue, efectivamente, en un principio.

Desde los orígenes de la civilización, el desarrollo de la razón humana se ha efectuado en íntima interdependencia con la palabra, aunque ciertamente no sólo con ella. Sin pretender, por tanto, que la palabra humana se baste a sí misma, es preciso recordar, no obstante, que un pensamiento que careciese de palabra difícilmente llegaría a cobrar existencia histórica:

> «Quise decir algo—escribió una vez Mandelstam—, y no encontré la palabra; y mi pensamiento volvió a perderse en el reino de las sombras».

El modo de existencia del pensamiento humano es, en suma, el lenguaje, y el descuido de éste compromete, por consiguiente, las posibilidades históricas de aquél. De aquí que, en el mundo de hoy, la sobreabundancia, hipervaloración y abuso de los medios no lingüísticos de comunicación pueda poner en peligro la posición que la palabra debe tener en la cultura.

Fundación Juan March (Madrid)

Comunicación y lenguaje

Hasta cierto punto, es obvio que la distinción entre comunicación y lenguaje es arbitraria, en el sentido que depende de lo que deseemos entender por lenguaje. Sin embargo, la verdad es que el hombre es el único ser que habla; los demás animales se comunican de otras formas, y esta distinción, aunque difícil de establecer, no es, en modo alguno, irrelevante o arbitraria. Es, por el contrario, una distinción real de la máxima importancia.

Desde un punto de vista biológico, es ciertamente factible constatar el especial desarrollo que en el cerebro humano han experimentado algunas áreas claramente implicadas en la actividad lingüística, tales como las descritas por Broca, Wernicke, Déjerine, Pic-Exner, Heschl o Geschwind. Naturalmente, este especial desarrollo no representa, en principio, una diferencia cualitativa entre el cerebro de los demás primates y el del hombre, sino tan sólo cuantitativa; pero la circunstancia de que haya estructuras—como los fascículos arcuado y occipito-frontal y la zona infero-parietal señalada por Geschwind—que parecen privativos del cerebro humano, induce cada vez más a las grandes figuras de la biología a inclinarse hacia una opinión discontinuista, valga la expresión, respecto de este punto de la evolución. Un científico tan poco sospechoso de «espiritualismo» como Pavlov mantuvo siempre la opinión tajante de que el lenguaje constituye un segundo sistema de señales específicamente humano, que representa el último logro de la evolución «y no admite comparaciones cuantitativas ni cualitativas con los estímulos condicionados de los animales» [2]. Más recientemente, y desde unas coordenadas ideológicas completamente distintas, Magoun [3] ha insistido también en que la actividad lingüística humana a través de símbolos vo-

[2] I. P. Pavlov, *Lecciones sobre los hemisferios cerebrales* (1924).
[3] Citado por H. A. Whitaker en *On the Representation of Language in the Human Mind* (Linguistic Research Inc., 1971).

Fundación Juan March (Madrid)

cales y escritos representa un incremento funcional totalmente nuevo en la filogenia:

> «Se puede concluir—afirma Magoun—que hay dos mecanismos nerviosos centrales para la expresión vocal en los vertebrados: uno para la comunicación afectiva no verbal, muy representado en el tronco cerebral de los animales, y un segundo para la comunicación verbal, presente sólo en el neocórtex lateral del hombre».

Citoarquitecturalmente, Von Bonin y Bailey han puesto asimismo de manifiesto la dificultad de identificar en los chimpancés y macacos el área de Broca (FCBm de Von Economo), a la vez que Geschwind y Levitsky parecen haber demostrado que la asimetría cerebral del hombre está relacionada con la dominancia lingüística. La evidencia biológica, en suma, parece apuntar que existen diferencias estructurales apreciables en las áreas lingüísticas del cerebro humano respecto de las demás especies. Lo que ocurre, sin embargo, es que no guardan proporción con las enormes diferencias funcionales que se registran en el orden del comportamiento comunicativo. Es lógico, por lo demás, que así ocurra, por cuanto la actividad lingüística del hombre es la propiedad funcional de un sistema muy amplio (bio-social) del que lo biológico es sólo una parte.

Situándonos ahora en el punto de vista funcional, nos encontramos también con que, prácticamente, todas las grandes figuras de la psicología animal o la etología han constatado la existencia de un foso insalvable entre el lenguaje humano y la comunicación de las demás especies. Una de las observaciones más reiteradamente efectuadas al respecto, sobre todo en la psicología animal de los primeros momentos, se refiere al carácter expresivo-mocional que al parecer predomina en la comunicación de las especies infrahumanas:

> «El llamado 'lenguaje animal'—escribe Cassirer—siempre es totalmente subjetivo; expresa diversos estados afectivos, pero no designa o describe objetos» [4].

[4] E. CASSIRER, *An Essay on Man* (1944).

Fundación Juan March (Madrid)

En sus monumentales revisiones sobre el tema, Kainz insiste asimismo en esta nota diferencial, que se apoya, sin duda, en el predominio que el cerebro emocional tiene respecto del neocórtex en las especies inferiores, y que ha inducido a neurofisiólogos como MacLean a aventurar fascinantes hipótesis sobre el porvenir de la humanidad. Sin embargo, quizá no sea éste el punto más decisivo de la cuestión, ya que psicólogos como Yerkes y etólogos como Lorenz y Tinbergen y, más recientemente, Gardner y Premack, han explorado las posibilidades señalizadoras no afectivas de la comunicación animal. Por supuesto, todos ellos han concluido siempre por tropezar al final, en alguna forma, con esa insalvable frontera a que venimos refiriéndonos. Nadie ha conseguido nunca hacer hablar a un chimpancé, si por hablar entendemos algo más que reproducir malamente unos sonidos parecidos a tres palabras sencillas—*mama, papa y cup*—al cabo de tres años de adiestramiento intensivo. Incluso el intento de los Gardner y de Premack [5] para enseñar a un chimpancé el lenguaje gestual de los sordomudos, más apropiado quizás para los simios que el vocal, ha tropezado también con un límite que ningún niño normal encuentra en el segundo año de desarrollo. La chimpancé *Washoe* aprendió, es cierto, a utilizar signos gestuales con un notable grado de generalidad—por ejemplo, para pedir *más* en muchas situaciones distintas—, y no sólo para expresar deseos, emociones, dolores, etc., sino asimismo para designar indicativamente objetos o detalles sobre los que quería llamar la atención de sus dueños. Pero ni ella ni *Sara*—la chimpancé de Premack—, que parece haber superado a *Washoe* en sus «conversaciones» con el experimentador, han logrado descubrir *por sí mismas* los usos lingüísticos que aprenden del hombre, ni generar con ellos un genuino discurso. Los experimentos de

[5] GARDNER y GARDNER, *Two-way communication with an infant chimpanzee*, en *Behavior of non-human Primates*, de SCHRIER y STOLLNIZT (eds.) (Academic Press, 1969); D. PREMACK, *Language in chimpanzee?:* Science (1971).

Fundación Juan March (Madrid)

Gardner y Premack, que aún continúan, son evidentemente fantásticos, pero no afectan en realidad a nuestra tesis.

Del mismo modo que Jrustov [6] se encontró con que los animales más próximos al hombre son capaces de utilizar instrumentos e incluso de hacerlos con sus manos, pero no de fabricarlos con otros instrumentos, todas estas experiencias encaminadas a enseñar a hablar a los primates terminan siempre por fracasar en el momento en que el animal ha de utilizar los signos no para designar directamente objetos o estados afectivos, sino para designar otros signos de acuerdo con unas reglas sintácticas que le permitan construir un discurso de frases inéditas, pero inteligibles. *Sara* ha aprendido, es cierto, a usar alguna preposición y a combinar más o menos sintácticamente algunos signos denotativos de objetos, y también de cualidades de éstos, pero, no obstante, como el propio Premack afirma, «ello no significa que pueda ejercer todas las funciones lingüísticas, ni hacer todo lo que hace un ser humano» (ni siquiera un niño). En todo caso, la comparación más exhaustiva que quizá se ha llevado a cabo, desde este punto de vista signitivo, entre el hombre y el resto de las especies es probablemente la de Charles D. Hockett [7], que ha elaborado un repertorio de los rasgos básicos de la comunicación aparecidos a lo largo de la filogenia. Ninguno de los trece rasgos que recoge falta, desde luego, en el conjunto de la filogenia—esto es, todos aparecen alguna vez en alguna especie—, pero a la par acontece que ninguna especie, excepto la nuestra, los posee todos a la vez.

Por descontado, el uso del canal vocal-auditivo como medio de expresión es compartido con muchas especies, aparte de que el ser humano también emplea el gesto. Es asimismo evidente que los hombres no somos los únicos seres capaces de orientar nuestros mensajes hacia el sujeto que ha de recibirlos, ni somos

[6] H. F. Jrustov, *Formation and highest frontier of the implemental activity of anthropoids:* VII Congreso Internacional de Antropología y Etnología (Moscú 1964).

[7] Ch. D. Hockett, *The Origin of Speech:* Scientific American (1960).

Fundación Juan March (Madrid)

tampoco los únicos organismos que podemos localizar aproximadamente la dirección y la distancia de donde procede la comunicación. El carácter transitorio de ésta o, más propiamente dicho, la facilidad de emitir o interrumpir instantáneamente los mensajes; la intercambiabilidad de la audición y emisión por parte del sujeto, que siempre puede repetir lo que oye, así como la condición retroalimentaria de la comunicación, siempre oída por el propio emisor de ella, no son tampoco propiedades exclusivas del lenguaje humano. Ni lo es, por supuesto, la especialización vocal-auditiva de la función comunicativa, que deja al organismo en libertad de seguir realizando otras conductas al mismo tiempo que se comunica, incluso en la oscuridad. Otro tanto acontece con la semanticidad o referencia del signo a los objetos; porque no sólo el grito de alarma con que el gibón vigía comunica a su banda la presencia de un animal peligroso posee un valor semántico, sino que en ocasiones, como en la danza de las abejas, los signos no guardan ninguna homología con la realidad a que se refieren, y son, en este sentido, arbitrarios. El carácter discreto o «atómico» de los signos vocales lo comparte nuestro lenguaje con los gritos de los gibones y probablemente con el canto de los grílidos, a la vez que la capacidad de referirse a objetos distantes en el espacio y en el tiempo la poseen también las abejas, cuyas danzas parecen, asimismo, capaces de producir o generar informaciones nuevas, que son, sin embargo, descifradas correctamente «a la primera» por las que las presencian. Ni siquiera es privativa del lenguaje humano la capacidad de transmitir «por tradición» o enseñanza las innovaciones o adquisiciones, ya que algunos pájaros y primates transmiten a sus crías ciertas innovaciones comunicativas. Por último, incluso la índole articulada de nuestro lenguaje, que posibilita la combinación de fonemas en configuraciones vocales muy diversas, está, en alguna manera, presente en las aves psitácidas y posiblemente en los grílidos.

Tampoco, como ha hecho notar Martinet [8], el problema

[8] A. MARTINET (ed.), *La Lingüistique* (Éditions Denoël, Paris 1969).

Fundación Juan March (Madrid)

demarcativo se resuelve del todo a base de acentuar el carácter sistemático que tiene en el lenguaje humano, porque también la comunicación animal posee una estructura; ni basta con apelar a la intención comunicativa o a la linealidad del mensaje vocal del hombre. En definitiva, lo que este tipo de comparaciones «rasgo por rasgo» parece poner de manifiesto es que el lenguaje humano posee, en grado muy acusado, algunas de las notas que aparecen más desdibujadas y dispersas en la comunicación animal—sobre todo, la semanticidad, la referencia a objetos distantes en el espacio y en el tiempo, la productividad, el carácter articulado y la transmisión de las adquisiciones comunicativas—, lo cual, sin embargo, no implicaría más que una diferenciación cuantitativa o de grado respecto de la comunicación animal. Considerada, no obstante, la cuestión de otra manera, la significación de las diferencias se acrecienta de forma notoria.

Ante todo, es claro que nuestra especie posee estructuras corticales únicas, que posibilitan la aparición de nuevas funciones comunicativas. En segundo lugar sólo ella posee, tomadas a una, *todas* las notas o rasgos básicos que aparecen dispersos en el resto de las especies, y, por consiguiente, sólo ella puede totalizarlas en un nivel de acción cualitativamente superior, que tiene como lugar propio el mundo de la cultura. Analizado el problema desde este plano, las diferencias funcionales entre la comunicación animal y el lenguaje humano son claramente cualitativas y no sólo de grado.

Para decirlo en pocas palabras, el lenguaje humano es proposicional, mientras la comunicación natural de los animales no lo es en absoluto. La comunicación animal tiene, fundamentalmente, un carácter autoexpresivo—subjetivo o emocional que diría Cassirer—, y eventualmente indicativo. La llamada, la amenaza, la expresión del dolor o del placer, la manifestación de un deseo o la eventual información acerca del lugar de la comida o de la presencia del enemigo, constituyen las funciones comunicativas esenciales del animal, cuyas «palabras», para decirlo

Fundación Juan March (Madrid)

en términos de Lorenz, son interjecciones más que otra cosa. En ningún caso, sin embargo, la comunicación animal discurre en forma de frases con una estructura sintáctica [9]. El animal se comunica a través de señales que o bien expresan instintivamente un estado afectivo que resuena por connaturalidad en otros animales y suscita en ellos determinadas conductas *(Auslöser)*, o bien lo hace mediante señales condicionadas, que suscitan parte de las respuestas que habitualmente da el animal a un objeto que en ese momento no se halla presente o no es un objeto-estímulo. Pero ni en un caso ni en otro, el animal traspone la frontera de la comunicación por signos, para adentrarse en el mundo de los símbolos. Un signo es simplemente un objeto o aspecto discriminable de la realidad que indica algo distinto de sí mismo, esto es, constituye señal de otra cosa o proceso, mientras que el símbolo *recibe arbitrariamente esta referencialidad de una comunidad lingüística, esto es, cultural.* El hombre difiere, pues, del animal en que es capaz de crear sus propios símbolos, es decir, de determinar culturalmente el valor signitivo de un estímulo, imponiéndole, por así decirlo, su significado. Esta capacidad de asignar significados a las cosas poniéndoles un nombre puede, en parte, ser *imitada* por algunos animales, pero ninguno parece capaz de ejercerla por sí mismo de una forma genuina. Sólo el ser humano que ha sido educado en sociedad, está capacitado para transformar los signos en símbolos. Sólo él, en suma, dispone de un lenguaje abierto capaz de utilizar y crear una cultura.

Lenguaje, cultura y pensamiento

En última instancia, lo que estamos diciendo es que el lenguaje humano sólo se distingue plena y cabalmente de la

[9] Parece que los chimpancés de Gardner y de Premack son capaces de *aprender* algunos usos sintácticos del lenguaje gestual, pero no los crean por sí mismos ni al parecer, aunque la cuestión está aún *sub iudice*, los enseñan a otros chimpancés.

Fundación Juan March (Madrid)

comunicación animal por su referencia a la cultura. Por descontado, no vamos a tratar de resolver en unas pocas líneas el ingente problema de la naturaleza de la cultura, si vale la expresión; ni tampoco vamos a negar que algunas especies son capaces de adquirir nuevas pautas comunicativas, que luego transmiten a sus crías. Nuestro propósito, mucho más simple, consiste en recordar que, en cuanto sistema objetivado de conocimientos abstractos, adquiridos y transmitidos acumulativamente a lo largo de los siglos, la cultura constituye un atributo *universal y exclusivo* de la sociedad humana, igual que lo es el lenguaje proposicional y discursivo en que principalmente se expresa. Toda sociedad humana, por primitiva que sea, posee una cultura que se plasma en palabras, y ninguna otra especie lo ha logrado hasta ahora. Elaborar este punto es, a mi entender, absolutamente ocioso, y lo que importa es, si acaso, poner de manifiesto cómo el lenguaje humano es la función más apropiada al mantenimiento y desarrollo de esa condición cultural. La comunicación ejerce en todas las especies una función regulativa del comportamiento, y parece, por tanto, que debe ser adecuada al medio propio de cada una de ellas. En el ser humano es evidente que ese medio es simbólico o cultural y que el lenguaje proposicional es el específicamente adecuado para manejarse en él. Si este lenguaje desapareciese o se deteriorase, las repercusiones en la vida del hombre serían catastróficas. Nuestro lenguaje, nuestro pensamiento y la cultura de que ambos se nutren—y a la cual a su vez realimentan—se hallan tan inextricablemente unidos, que no cabe separarlos. El lenguaje es el órgano de la instalación humana en la cultura, y si bien Humboldt, Whorf, Weisgerber y otros etnolingüistas han exagerado acaso la tesis de que el lenguaje configura el pensamiento, la verdad es que, sin su apoyo, el hombre regresaría a su primitiva condición de homínido.

Reparemos, por lo pronto, que la palabra es el medio que permite la fijación y objetivación de la experiencia histórica,

Fundación Juan March (Madrid)

que sólo de esta forma se acumula y permanece socialmente disponible a través del tiempo. Reparemos también en que el lenguaje facilita la ordenación y el manejo de una inmensa masa informativa, que de otra forma degeneraría inevitablemente en un caos inútil. La clasificación de los hechos y, en definitiva, la reducción de la experiencia concreta a categorías y esquemas, tiene por órgano principal el lenguaje, sin cuyo concurso el hombre estaría, como el animal, muy contraído a su experiencia inmediata. Por otro lado, es asimismo manifiesto que sólo la capacidad de un lenguaje abierto para la producción indefinida de nuevos términos y proposiciones facilita al ser humano un sistema comunicativo concorde con la naturaleza progresiva de su decurso histórico. Sólo un sistema capaz, además, de regular de forma ordenada esa indefinida capacidad combinatoria, puede simplificar y hacer operativa la codificación y descodificación del tesoro informativo acumulado en los cientos de miles de términos e infinitas frases de que consta una lengua culta. Algunas tribus primitivas cuentan, sí, tan sólo con unos cientos de palabras; pero otras, como el inglés, incluyen en su vocabulario más de medio millón de términos y, naturalmente, un número indefinido de posibles configuraciones proposicionales. Debido a que lingüísticamente dispone de esa fantástica plétora informativa, la mente del hombre moderno supera a la del primitivo en la comprensión y manejo de la realidad. La ciencia, la técnica, la filosofía, el derecho, las artes, la cultura entera en suma, gravita sobre la palabra, que es nuestro privilegio y también nuestra debilidad.

El lenguaje, en efecto, es el órgano de la transformación simbólica de la realidad, que potencia nuestras posibilidades de acción en el espacio y en el tiempo, a la par que nos aleja de las cosas. La palabra, ciertamente, nos permite abstraer cualidades que de suyo no tienen existencia real separada; el discurso las recombina luego en síntesis que trascienden lo inmediatamente dado y dirigen la percepción hacia unos aspectos de la experiencia, a la vez que la apartan de otros. Una

Fundación Juan March (Madrid)

retícula de significados se interpone así entre la mente del hombre y la realidad que le rodea, instalándolo en un mundo artificial y libre, donde la posibilidad del error ensombrece siempre el brillo de las conquistas y de los logros, y donde la superación de lo inmediato comporta el riesgo de la incertidumbre. Para el animal, el mundo es fundamentalmente lo que le brindan sus sentidos; para el hombre, lo que le dicen las palabras dictadas por la historia. La vida humana, en suma, reposa sobre el lenguaje; de la clase de lengua que se habla depende la clase de vida que se lleva, por decirlo de algún modo. De una forma exagerada, quizás, pero nada trivial, Korzybski llamó hace muchos años la atención sobre los graves riesgos que para el hombre comporta una palabra enferma. Por ahora, sin embargo, pese a la gran operación de policía semántica llevada a cabo por los positivistas, parece que el lenguaje humano no ha acabado de librarse de esos peligros. La ciencia, sí, dispone, hasta cierto punto, de un método para evitar el extravío de las palabras respecto de las cosas; pero el lenguaje ordinario, no. La diversidad de lenguajes implica, además, una diversidad de culturas y de mundos de experiencia, que, al tiempo que enriquecen la historia de la especie y facilitan la territoriedad de las comunidades, hacen sumamente conflictiva y complicada la existencia sobre la tierra. En este sentido tendría razón Marshall McLuhan al apuntar que los nuevos medios de comunicación podrían facilitar la creación de una conciencia planetaria unificada que superase el babelismo lingüístico y las divisiones. La idea no estaría nada mal si no comportase a la par la pretensión de superar la condición verbal del hombre, sustituyéndola por un estado de *speechlessness*—o condición averbal—, del que cabría esperar nada menos que «una perpetua paz y armonía colectivas» [10].

La idea, insistimos, estaría bien en la medida en que la

[10] M. McLuhan, *Understanding Media* (Routledge and Kegan, 1965).

Fundación Juan March (Madrid)

imagen contribuyera a reforzar, ampliar y unificar las relaciones de las palabras con las cosas que representan; pero dejaría de estarlo desde el momento en que supusiera un montaje de la imagen al servicio de la falsedad, o un descuido o postergación de la actividad lingüística. En efecto, como el mismo McLuhan ha indicado, cada medio de comunicación selecciona sus mensajes, y, lo que es más grave, condiciona también las operaciones mentales que lo subjetivan o descifran; la naturaleza del significante condiciona, pues, la índole y el nivel del significado. Pero es el caso que la imagen—principal significante de los nuevos medios—forma parte de un estrato comunicativo elemental, que sería erróneo pretender elevar en demasía. La señalización de los aeropuertos, carreteras, etc., o las maravillas a que nos tiene habituados el cine científico, por indicar algún ejemplo, patentizan la capacidad informativa de la imagen cuando es utilizada inteligentemente dentro de un contexto cultural; pero, de suyo, la imagen es un significado rudimentario, filo y ontogenéticamente primitivo, que acompaña a las significaciones abstractas vehiculadas por la palabra, sin alcanzar, no obstante, el nivel simbólico de éstas. Sólo cuando la imagen es transformada culturalmente en símbolo, como en el arte, trasciende el ámbito comunicativo concreto a que de suyo pertenece. A esto hay que agregar que la imagen visual en movimiento, tan usada en los nuevos medios, tiende a inhibir las operaciones reflexivas del sujeto; ya el viejo Aristóteles advertía que el hombre es incapaz de entender lo que varía sin cesar, y esta observación, que resuena también en las teorías de Bergson, ha sido confirmada por la psicología experimental de nuestros días. De suyo, la imagen se acomoda, sobre todo, a la comunicación gestual y emocional, que parece haber precedido en el hombre al uso de la palabra [11], pero no se presta a desempeñar el papel de significante superior del lenguaje proposi-

[11] Gordon W. Hewes, *New light on the gestural origin of language:* Bulletin of the American Anthropological Association (1970).

FUNDACION JUAN MARCH EX-LIBRIS
Fundación Juan March (Madrid)

cional humano. Es verdad que, privada de sus relaciones con los objetos, la palabra se transforma en *flatus vocis;* pero, a su vez, la imagen sin palabras conduce a la barbarie. No es por azar, nos parece, por lo que McLuhan alude con frecuencia en sus escritos al estado preverbal de la mente primitiva. En última instancia, y esto es lo que fundamentalmente queremos subrayar, la hipertrofia de la imagen a costa de la palabra no haría sino potenciar indebidamente los niveles inferiores de comunicación que funcionan en el hombre.

Frente a la alternativa desmedida de la «civilización icónica», lo que propondríamos para mejorar el lenguaje de los hombres no es, desde luego, un verbalismo reaccionario que cifre en la reificación de la palabra la salud y el progreso de la vida cultural. Somos partidarios, ni que decir tiene, del enriquecimiento del lenguaje en todas sus dimensiones, o, si se quiere, somos partidarios de la búsqueda de un lenguaje total en el que todas las formas de comunicación posibles estén representadas; pero representadas de acuerdo con su genuina posición en la jerarquía de niveles comunicativos que coexisten en el hombre. Porque sólo presididos por un auténtico lenguaje riguroso—en definitiva, científico—podrán esos niveles cumplir la función de enriquecer el pensamiento y la cultura que han hecho y harán del hombre un ser verdaderamente excepcional sobre la faz de la tierra. Subordinar la palabra a las imágenes equivaldría a emprender una marcha atrás. La galaxia de Gutenberg está en expansión, pero continúa siendo nuestra galaxia.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

DEL PARALENGUAJE A LA COMUNICACION TOTAL

Por FERNANDO POYATOS

Profesor de lengua y literatura españolas en la University of New Brunswick (Canadá)

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

DEL PARALENGUAJE A LA COMUNICACION TOTAL *

1. En los últimos quince años, aquellos lingüistas, psicólogos y psiquíatras que siguen considerando el lenguaje como sistema de comunicación totalmente autónomo y exclusivamente verbal, han podido observar el desarrollo interdisciplinario (por parte de colegas principalmente norteamericanos, y reflejado en sus publicaciones, simposios y congresos) de una serie de áreas y subáreas relacionadas con la lingüística, pero sólidamente enraizadas en otras ciencias, a través de las cuales podemos conocer y analizar los verdaderos constitutivos de la comunicación animal y humana. Al interés por «lo que se dice» se ha unido la búsqueda de los fenómenos y normas que rigen el «cómo se dice» o «expresa», y no por su valor aclaratorio o secundario, sino precisamente por encerrar la clave de la estructura comunicativa y la significación total. Es decir, junto a la expresión estrictamente verbal se han investigado la constitución y el contenido semántico de la expresión no léxica, sea o no vocal, animal o exclusivamente humana, planteándose, con una perspectiva realista, el alcance del término *lenguaje* y su definición, pues es indudable que debemos ir más allá de la palabra.

Se nos ha dicho que los gestos y otros signos convencionales son lenguaje. A lo cual podemos añadir que ciertos objetos son señales comunicativas convencionales, como las antiguas bacías que todavía cuelgan sobre la puerta de al-

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.12 p.1-9.

Fundación Juan March (Madrid)

gunas barberías españolas; que ciertos sonidos producidos mecánicamente se interpretan con tanta precisión como los lingüísticos; que nuestros movimientos y posturas pueden expresar tanto o más que las palabras; que el uso que hacemos del espacio y la distancia que mantenemos de los demás diferencian estilos personales y culturales; que el mobiliario y su distribución comunican un rico mensaje acerca de los dueños y de su cultura; que algunos pájaros emiten hasta cuarenta combinaciones sonoras, que producen reacciones concretas en los de su especie. En una palabra, podemos utilizar el término *lenguaje* en un sentido amplio, refiriéndonos a una serie de símbolos, no necesariamente (aunque esencialmente) fonéticos, usados para la expresión significativa y para la comunicación consciente. Pero incluso limitándonos a la conducta vocal (no estrictamente léxica) del hombre—la compartida con otras especies zoológicas—, si tratamos de analizarla buscando para ello una unidad, inmediatamente recurrimos al lenguaje verbal y aislamos una frase, distinguiendo en ella acentos y curva de entonación; pero nada más. Sin embargo, esa combinación de fonemas y morfemas percibida acústicamente carecería de vida si únicamente la dotáramos de esos elementos, ya que cualquier porción del discurso, en circunstancias normales, contiene otros elementos también vocales, pero «paralingüísticos»; y, si es percibida visualmente a la vez, irá casi siempre acompañada, aunque sea casi imperceptiblemente, de cierta actividad «kinésica».

El mérito de haber iniciado y desarrollado un verdadero microanálisis de los fenómenos expresivos que alternan con la estructura puramente lingüística, la sustituyen o la acompañan, se debe, sobre todo, al interés conjunto o individual de algunos lingüistas, psicólogos y psiquíatras por transcribir gestos y fenómenos vocales extralingüísticos y descubrir las normas culturalmente prescritas que parecen regir la conducta comunicativa, así como sus alteraciones patológicas. Mientras que el término *kinésica* ha denotado exclusivamente los movi-

Fundación Juan March (Madrid)

mientos y posiciones corporales, por paralenguaje se ha entendido a veces lo mismo los gestos que la actividad vocal extralingüística, aunque hoy son dos áreas bien definidas y repletas de posibilidades para la investigación.

2. Definiré el *paralenguaje* como cualidades de la voz, modificadores y sonidos producidos u originados en las zonas comprendidas entre los labios, las cavidades supraglotales, la cavidad laríngea y las cavidades infraglotales, que consciente o inconscientemente usa el hombre simultáneamente con la palabra, alternando con ella o sustituyéndola, apoyando o contradiciendo el mensaje verbal o el kinésico.

Definición que va mucho más allá del sistema fonológico tradicional de la mayoría de las lenguas, abarcando elementos modificadores de la palabra (percibidos como «tono de voz» o «manera de hablar»), sonidos equivocadamente desdeñados como «extranlingüísticos» y fuera de las normas fonológicas de las lenguas más estudiadas, y otros que se han llamado «marginales» por ocurrir muy raramente (Pike, 1944). Ese «tono de voz» o estilo vocal, que depende de multitud de variables normales o patológicas, fue prácticamente ignorado hasta que el funcionalismo y el conductismo empezaron a reconocer la estrecha relación entre la conducta lingüística y la personalidad, y la de ambas con las diversas actividades extralingüísticas. El psiquíatra Pittenger y el lingüista Smith (1957) y el lingüista McQuown (1957) empezaron a analizar ciertos fenómenos paralingüísticos como base de estudios clínicos, y un artículo hoy clásico del lingüista Trager (1958) diferenció tres categorías dentro del paralenguaje. Indicando aparte el origen y fuentes actuales de los estudios paralingüísticos [1], resumiré

[1] En mi artículo *Lección de paralenguaje:* Filología Moderna 39, junio 1970 (no recomendable por las erratas, involuntarias por parte de editor y autor) trazo el desarrollo de los estudios paralingüísticos, indicando la discrepancia entre los autores respecto a las categorías diferenciadas, los fenómenos incluidos y la terminología. R. E. Pittinger, C. F. Hockett y J. J. Danehy *(The First Five Minutes: A Sample of Microscopic Interview Analysis,* Ithaca, Martineau, 1960) ofrecen la transcripción paralin-

Fundación Juan March (Madrid)

aquí las cuatro categorías básicas que he distinguido, en las cuales he ido clasificando un número considerable de manifestaciones acústicas propias de la interacción personal, pero no estudiadas antes.

2.1. *Cualidades primarias,* inherentes a la estructura lingüística, cuyas variaciones notables deben considerarse paralingüísticas, como: el timbre, el tono, los tres registros tonales del español y el intervalo entre ellos, el campo de entonación, el volumen, la duración silábica y el *tempo* general de la frase.

2.2. Los *modificadores,* que forman el grupo más importante entre los alteradores de la palabra, se organizan mejor en sistemas de oposiciones distintivas a partir de un grado medio, y los he dividido en dos categorías: calificadores y diferenciadores. Los *calificadores* denotan alteraciones de la voz debidas no sólo a cambios producidos en la zona comprendida entre la cavidad torácica y la bucal, sino a la anatomía facial, abarcando desde sílabas aisladas a porciones enteras del discurso, y son: control glotálico (respiración—cuchicheo—fonación), control velar (oral—nasal), tensión articulatoria (según la posición correcta o incorrecta de la lengua), control faríngeo (abierta—áspera—ronca), control laríngeo (aspiración—glotalización),

güística más extensa hasta entonces; es un libro hoy clásico, probablemente superado por otro anunciado desde entonces, de M. Batoson, Ray Birdwhistell, H. Brosin, C. Hockett y N. McQuown: *The Natural History of an Interview* (New York, Grune and Stratton, en prensa?); Thomas Sebeok, editor de *Semiótica,* de varias series para Mouton y jefe del Research Center for the Language Sciences de la Universidad de Indiana, celebró en 1962 una conferencia sobre paralingüística y kinésica, cuyos resultados forman el libro *Approaches to Semiotics,* editado con A. Hayes y M. Bateson (La Haya, Mouton, 1964); otra conferencia semejante tuvo lugar en 1964 en el Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute, de Filadelfia; el lingüista británico David Crystal, además de *Systems of Prosodic and Paralinguistic Features in English,* editado con R. Quirk (La Haya, Mouton, 1964), y *Prosodic Systems and Intonation in English* (Cambridge, Cambridge University Press, 1969), ha preparado un resumen de los estudios paralingüísticos y una bibliografía para *Linguistics and Adjacent Arts and Sciences* (Mouton, vol.12 de la serie *Current Trends in Linguistics).*

El interés por la paralingüística y la kinésica está creciendo sensible-

Fundación Juan March (Madrid)

control labial (según diferentes posiciones de los labios) y control maxilar. Los *diferenciadores* pueden abarcar porciones del discurso (combinados con cualidades primarias y calificadores), distorsionándolo, y diferencian estados psicológicos o fisiológicos en una cultura dada, pues no siempre son universales (*¡Ay!* español, *Ouch!* inglés, como reacciones reflejas de dolor). Entre los que se deben analizar están: las variaciones de la voz baja (susurro, etc.), de la voz alta (gritos), del lloro, de la queja, de la risa (con sus diferentes vocales y acompañantes kinésicos), de la tos (con variaciones de gran valor social), del bostezo y del eructo.

2.3. Los *alternantes,* la categoría más compleja y numerosa (Poyatos, 1973a, 1974c), constituyen una serie de gran riqueza funcional y semántica y de numerosas posibilidades para el análisis clínico y el estudio cultural o intercultural de la comunicación personal. Son sonidos, articulados o no, producidos, iniciados o modificados en las zonas comprendidas entre los labios, las cavidades supraglotales (incluyendo faringe, nasofaringe, boca, fosas nasales y orificios nasales), la cavidad laríngea (con simple fricción glótica o voz), las cavidades infraglotales y el diafragma y los músculos abdominales; no modifican el enunciado verbal (aunque pueden ser modificados por cua-

mente. Estos temas formaron parte de la sesión *Language and Thought* del IX Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (Chicago, agosto-septiembre 1973), así como de la *Pre-Congress Conference on the Organization of Behavior in Face-to-Face Interaction.* F. Poyatos organizó y presidió la primera sesión sobre paralingüística de la Northeast Modern Language Association (Boston, abril 1973) y preparará también actividades sobre *Culture and Communication in the Hispanic World,* organizadas para la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese.

Además de las publicaciones lingüísticas, se ocupan del paralenguaje y de la comunicación extralingüística, entre otras, «Acta Psychologica», «American Anthropologist», «Anthropological Linguistics», «Behavioral Sciences», «Journal of General Psychology», «Journal of Personality», «Journal of Personality and Social Psychology», «The Journal of Psychology», «Journal of Social Psychology», «Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior», «Language Sciences», «Psychiatry», «Psychoanalitic Quarterly», «Psychological Bulletin», «Psychotherapy», «Quarterly Journal of Speech», «Semiotica», etc.

Fundación Juan March (Madrid)

lidades primarias y calificadoras) y aparecen alternando con él, sustituyéndolo o aisladamente. Pueden dividirse en articulados e inarticulados, y los primeros, en consonánticos y vocálicos. Los consonánticos muestran un punto (o zona) y un modo de articulación fuera del Alfabeto Fonético Internacional en su mayoría, y ocurren como labiales, labiodentales, alveolares, velares, faríngeos, etc. Entre ellos mencionaré los silbantes (desde los distintos tipos de silbido hasta las variantes del siseo, diversamente articulados y combinados con otros fenómenos paralingüísticos) y, sobre todo, los clics (no producidos por respiración, sino por succión, con una doble oclusión, anterior y dorso-velar, entrando el aire al romperse la primera, con o sin fonación). De uno de ellos, el apico-alveolar [tz'], he analizado hasta diez variantes que indican varios modos de negación, de llamada lasciva, intención de hablar o de interrumpir, tensión, etcétera. En cuanto a los vocálicos o pseudovocálicos, muestran variaciones de tono, nasalización y duración, y tiene cada uno una variante de idéntico significado producida con los labios cerrados; típicamente angloamericana es la «vocal de duda» [ϴ], que llega a usarse excesivamente en la oratoria y como muletilla, mientras que en español suele resolverse con una palabra. Finalmente, los inarticulados parecen ser fricativos (debido a una constricción faríngea en algunos), percibidos principalmente (excepto la pausa muda) como variaciones de las dos fases respiratorias (como ingresivos o egresivos), siendo orales o nasales, con cierta fricción glótica, faríngea, nasofaríngea o nasal. En la diaria interacción personal revelan el nivel social y estados psicológicos y fisiológicos. El último fenómeno que he incluido entre los inarticulados es la pausa. Sobre su distribución, duración y estructura se están realizando estudios importantes (Duncan, 1972). Puede dejar oír la respiración por causas diversas o puede ser muda, pero casi siempre modificada por indicadores kinésicos, el contexto situacional, etcétera, y nunca sin significado desde el punto de vista semiótico. Para un estudio sistemático, cada alternante debe ser ana-

Fundación Juan March (Madrid)

lizado teniendo en cuenta los siguientes factores: articulación, transcripción, lenguaje, paralenguaje y kinésica contextuales, función, significado, escritura, denominación (sustantivo y verbo) y contexto situacional. Los problemas que esto presenta son obvios.

3. Hoy se está llegando a tal minuciosidad en el análisis de los complejos comunicativos lingüísticos y extralingüísticos que resulta irreal desligar el lenguaje y el paralenguaje de la conducta kinésica, si hemos de percibir el significado total.

La *kinésica,* iniciada como ciencia por el psiquíatra-antropólogo Ray L. Birdwhistell, de la Universidad de Pensilvania (1970), puede definirse, con cierta concreción, como el estudio sistemático de los movimientos y posiciones corporales de base psicomuscular—aprendidos o somatogénicos, no orales; de percepción visual, auditiva o táctil—que, aislados o combinados con la estructura lingüístico-paralingüística y con el contexto situacional, poseen valor expresivo en la comunicación interpersonal.

Al integrarla en el sistema comunicativo, no me he limitado a valorar sólo los gestos, como se ha hecho demasiadas veces, sino que he diferenciado y definido: gesto (un movimiento corporal [más de cabeza, rostro y extremidades, consciente o inconsciente, aprendido o somatogénico] que sirve de vehículo comunicativo primordial [dependiente o independiente del lenguaje oral, simultáneo o alternando con él] y modificado por el fondo condicionado [la mirada, la sonrisa, un gesto de llamada]), postura (una posición general del cuerpo [más estática, consciente o inconsciente, aprendida o somatogénica, simultánea o alternando con el lenguaje oral], modificada por el fondo condicionador y menos usada como vehículo comunicativo, aunque revela estados afectivos y un nivel social [el modo de sentarse, el estar de pie con los brazos cruzados]) y manera (aunque similar al gesto, una actitud corporal más o menos dinámica que, aunque somatogénicamente modificada,

Fundación Juan March (Madrid)

es principalmente aprendida y codificada socialmente con arreglo a situaciones concretas [la manera de manejar los cubiertos, de andar, de saludar]).

Aunque no todos los estudios kinésicos requieren el mismo grado de minuciosidad (siguiendo las estructuras lingüísticas, se han diferenciado kines, kinemas y alokines, kinemorfemas y kinesintagmas), sí es importante observar, en la conducta kinésica del hablante, lo que he llamado *cualidades parakinésicas,* similares a las paralingüísticas con relación al lenguaje: intensidad o tensión muscular (similar al acento de intensidad y a la tensión articulatoria), campo o recorrido del movimiento (similar a la duración silábica) y velocidad o duración (semejante al *tempo*); pues el individuo, aun usando el mismo repertorio kinésico que otros, revelará su estado emocional, su categoría social y ciertas idiosincrasias personales por el uso consciente o inconsciente de esas cualidades parakinésicas (Poyatos, 1974b).

4. Si contrastamos los tres sistemas: lenguaje, paralenguaje y kinésica, vemos en primer lugar que el lenguaje, morfológicamente, contiene unidades mínimas (fonemas) combinadas con otras más complejas en construcciones sintácticas; y que, aunque desprovista la frase (como en la escritura) de acentos y entonación, aún guarda su valor semántico; muchos matices y cambios son imposibles de captar si no percibimos las tres actividades en conjunto. En kinésica también encontramos una estructura morfológica similar, pero acompañada siempre de las tres cualidades parakinésicas mencionadas, aunque tampoco así alcanzamos el mensaje total. Y en cuanto al paralenguaje, que no ofrece unidades distintivas, sino fenómenos descriptibles sistemáticamente (excepto los alternantes), tampoco es fácil o probable la actividad paralingüística por sí sola. Por eso he propuesto una «transcripción-descripción» de lo que he estudiado como *la triple estructura básica de la conducta comunicativa,* presentando en líneas o espacios paralelos transcripción

Fundación Juan March (Madrid)

fonética de una frase, transcripción paralingüística (con sus cuatro categorías diferenciadas), transcripción ortográfica, transcripción kinegráfica (o descripción kinésica) y descripción del contenido situacional. Aparte, en otro esquema, que puede desarrollarse con detalle en un texto, he sugerido una progresión semántica en dos direcciones; una vertical, empezando por la frase desnuda, a la que se van añadiendo elementos lingüísticos, paralingüísticos y kinésicos, y otra horizontal, los elementos biopsicológicos y sociales del fondo condicionador, mencionado más adelante [2].

5. Al admitir que el hombre, organismo pensante, hablante y moviente, estructura a la vez las tres actividades básicas de la comunicación, incluso hablando por teléfono o en soliloquio, hay que reconocer también que cada una de esas actividades suele estructurarse, a su vez, con otras conductas propias del ser social, sea humano o animal, determinadas por el espacio y por el tiempo.

El antropólogo americano Edward T. Hall (1966) ha desarrollado un nuevo campo de investigación, *proxémica* (Watson, 1970), que estudia cómo el hombre usa el espacio en cada cultura, reflejado en sus relaciones personales, en las que ha distinguido cuatro distancias: íntima, personal, social y pública, en cada una de las cuales juegan un papel importante los distintos tipos de percepción sensorial. Aparte de otros aspectos proxémicos referidos tanto al hombre como a los animales (pues es común a ambos su sentido de territorialidad según diversas situaciones de tipo cultural y ecológico), es necesario, creo, investigar a fondo, por ejemplo, la correlación lengua-espacio, demostrable en la distancia interpersonal determinada por la distribución del mobiliario; o kinésica-espacio, ya que el contacto físico puede no sólo variar según la distancia, sino sustituir, modificar o alternar con el lenguaje lingüístico o el

[2] Presenté «la triple estructura» por primera vez en la sesión de lingüística de la Northeast Modern Language Association (Filadelfia 1971).

Fundación Juan March (Madrid)

paralingüístico (el susurro o la espiración inicial con la que nuestro interlocutor pide su turno, son efectivos sólo a corta distancia). Es indudable que deben de existir ciertas normas y estructuras fijas de carácter cultural o universal, que cada modalidad comunicativa, desde el lenguaje hasta el contacto físico, deben de operar interrelacionadamente, y que, por tanto, a la hora de estudiar los factores de la comunicación humana exhaustivamente, hallaremos la relación lenguaje-arquitectura, debida a la relación proxémica-arquitectura, temas de investigación tanto para el lingüista como para el antropólogo, el psiquíatra, el psicólogo y el arquitecto de hoy día.

Pero además, ¿cómo vamos a disociar espacio y tiempo al analizar la comunicación, es decir, la dinámica social, o el tiempo del lenguaje o el paralenguaje? Tendríamos que ignorar la duración de las estructuras lingüístico-paralingüístico-kinésicas, el valor de las pausas, el funcionamiento normal o patológico de la mirada, la relación entre hablante y oyente, entre proxémica y *cronémica,* término que he propuesto para el estudio del uso que hacemos del tiempo, desde el *tempo* del discurso hasta la duración de diversos tipos de visita o los intervalos entre recepción y contestación de cartas en diferentes culturas.

6. Aunque en el breve espacio de que dispongo es casi imposible resumir los muchos aspectos de la comunicación, me referiré de pasada a dos enfoques metodológicos que he venido elaborando a medida que necesitaba profundizar más en la estructura y funciones de actividades lingüístcias y extralingüísticas. El primero, hasta ahora presentado sólo esquemáticamente (Poyatos, 1974a)[3], indica la necesidad de juzgar cualquier acto comunicativo personal como condicionado por el *fondo biopsicológico y social del hablante-actor,* lo cual, si es

[3] El fondo condicionador incluye sexo, edad, factores hereditarios o somatogénicos, fisiología, estado de salud, psicología, medio físico, medio socioeconómico; individuo, matrimonio, familia y clan, grupo social, variedad geográfica; refinado, educado, empleado modesto, pseudo-educado, rústico.

Fundación Juan March (Madrid)

cierto que complica el análisis, también proporciona una base segura y científica en cualquier campo relacionado con la comunicación. El segundo encierra una teoría para el análisis de una cultura por medio de la unidad, que he denominado *culturema* (Poyatos, 1973b, 1974c), susceptible de fragmentarse en unidades menores o amalgamarse en una mayor, y a través de la cual puede llevarse a cabo un análisis semiótico progresivo desde categorías básicas hasta porciones microscópicas de cualquier sistema cultural o comunicativo.

Cualquier estudio de las actividades comunicativas concierne, pues, a lo que Thomas Sebeok ha llamado *zoosemiótica* (1969), combinando la semiótica, o ciencia de los signos (1974), y la etología [4], o estudio científico de la conducta comunicativa entre las diversas especies animales, y distinguiendo entre sistemas zoosemióticos (proxémica, kinésica, paralenguaje) y estrictamente antroposemióticos (lenguaje verbal).

7. Espero que lo resumido hasta aquí demuestre por qué cualquier proceso comunicativo requiere un enfoque semiótico interdisciplinario para comprender su origen, propagación y uso en la interacción social (desde la de las abejas hasta un debate político), y que, aunque nos limitemos al estudio del paralenguaje (tema que se me pidió para este ensayo), no sólo depende su investigación de otras ciencias, sino que ofrece, a su vez, aplicaciones que proporcionan mayor efectividad en otros campos.

La biología, además de comparar la comunicación humana y la animal a través del lenguaje y de analizar la base genética de muchos tipos de conducta, ha demostrado, por ejemplo, que ciertas anormalidades del lenguaje se deben a alteraciones en el número de cromosomas en todos o en algunos miembros de una familia. En una reciente conferencia sobre

[4] En agosto de 1970 se celebró en Amsterdam, patrocinada por la Fundación Wenner-Gren, una conferencia sobre etología interactiva, en la que participaron antropólogos, lingüistas, psiquíatras, psicólogos, zoólogos y especialistas en comunicación extralingüística.

Fundación Juan March (Madrid)

lenguaje y medicina [5] se destacaron no sólo los espacios patológicos, sino la relación de la medicina con la semiótica y la importancia del paralenguaje en las relaciones médico-paciente, enfermera-paciente, etc. En psiquiatría son importantes el paralenguaje y la comunicación extralingüística para el conocimiento y diagnóstico del paciente, y en varias ramas de la psicología (Duncan, 1969) se analizan, con metas diversas, la conducta proxémica, el intercambio de la mirada con relación a ciertas variables (sexo, personalidad, distancia, estado afectivo), las distintas técnicas sociales (Argyle, 1967) y el sincronismo o desincronismo de actividades comunicativas simultáneas. La antropología sociocultural ve en las distintas modalidades comunicativas elementos cohesivos y definidores de diversos grupos étnicos y sociales. En pedagogía puede estudiarse, por ejemplo, la conducta paralingüística interactiva entre maestro y alumno, no sólo para aplicarlo a la enseñanza de subnormales, sino para juzgar objetivamente la eficacia del educador (Harris, 1972). Personalmente, la valoración de la conducta lingüístico-paralingüístico-kinésica del personaje novelesco me ha servido para ofrecer una nueva perspectiva de la técnica narrativa, que además sugiere aspectos interesantes del proceso creativo y de la relación autor-personaje-lector Poyatos, 1972).

Referencias

Argyle, Michael, *The Psychology of Interpersonal Behaviour* (London, Penguin Books, 1967).

Birdwhistell, Ray L., *Kinesics and Context* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1970).

Duncan, Starkey, *Nonverbal Communication:* Psychological Bulletin vol.72 n.2 (1969) 118-37.

— *Some Signals and Rules for Taking Speaking Turns in Conversations:* Journal of Personality and Social Psychology vol.23 n.2 (1972) 283-92.

Hall, Edward T., *The Hideen Dimension* (New York, Doubleday, 1966).

Harris, Richard M., *Paralinguistics:* Language Sciences 12 (1972) 8-11.

[5] Organizada por la misma Fundación en la primavera de 1970, en Nueva York, formada también por un grupo interdisciplinario.

Fundación Juan March (Madrid)

McQuown, Norman, *Linguistic Transcription and Specification of Psychiatric Interview Material:* Psychiatry 20 (1957) 79-86.

Pike, Kenneth L., *Phonetics:* Ann Arbor (The University of Michigan Press, 1943).

Pittinger, Robert F., and Henry L. Smith, *A Basis for Some Contributions of Linguistics to Psychiatry:* Psychiatry 20,61-78.

Poyatos, Fernando, *Language in the Context of Nonverbal communication* (New York State English Council, 1974a).

— *Gesture Inventories: Field-work Methodology and Problems (Semiotica,* vol.12, 1974, en prensa).

— *Paralenguaje y kinésica del personaje novelesco: nueva perspectiva en el análisis de la narración:* Revista de Occidente n.113-14 (1972) 148-69; en Adam Kendon, M. Harris and M. Key (eds.), *Organization of Behavior in Face-to-Face Interaction* (La Haya, Mouton, 1974c).

— *Cross-cultural Study of Paralinguistic «Alternants» in Face-to-Face Interaction; Pre-Congress Conference on the Organization of Behavior in Face-to-Face Interaction:* IX International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences (Chicago, agosto-septiembre 1973a); en Amos Rapoport (ed.), *The Mutual Interaction of Man and his Built Environment* (La Haya, Mouton, 1974c).

— *Analysis of a Culture Through its Culturemes: Theory and Method:* IX International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences (Chicago, agosto-septiembre 1973b).

Sebeok, Thomas A., y Alexandra Ramsay (eds.), *Approaches to Animal Communication* (La Haya, Mouton, 1969).

— *Semiotics* (La Haya, Mouton, 1974).

Trager, George L., *Paralanguage: A First Approximation:* Studies in Linguistics 13 (1958) 1-12.

Watson, Michael O., *Proxemic Behavior* (La Haya, Mouton, 1970).

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

LAS CLASIFICACIONES LINGÜISTICAS

Por FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Catedrático de la Universidad Complutense
de Madrid y Presidente de la
Sociedad Española de Lingüística

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

LAS CLASIFICACIONES LINGÜISTICAS *

I. Papel de la clasificación en la lengua

1. Cuando pronunciamos la palabra *perro* aislada, nuestro interlocutor la refiere a una multiplicidad de animales de diversas razas, tamaños, edades; subdivisiones que, a su vez, pueden subdividirse hasta llegarse al animal concreto. La lengua logra esta actualización mediante una serie de palabras que determinan progresivamente el término general *perro;* puede decir, por ejemplo, *el perro negro de mi hermano* o, acudiendo a recursos deícticos, *ese perro;* se puede también, con o sin ayuda de éstos, señalar a un perro determinado. La palabra *perro* es, pues, una clase integrada por una serie de términos en principio indefinidos en número.

Paralelamente, cada uno de los cuatro fonemas que integran la palabra *perro* puede definirse como una clase de sonidos. Un mismo fonema /p/ encierra dentro de sí numerosas variantes de articulación, hasta llegarse, en último término, a una serie de pronunciaciones concretas de la *p*. Cuando un fonema se descompone en alófonos claramente cortados, sucede lo mismo. Por ejemplo, en la /b/ del castellano hay una oclusiva *b* y una fricativa *b*, que están en distribución complementaria. Pero, a su vez, *b* y *b* son clases formadas por series de términos en principio indefinidas en número.

Toda la lengua está organizada a base de clasificaciones jerarquizadas como las que hemos puesto de ejemplo. Antes

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.13 p.48-59.

Fundación Juan March (Madrid)

se decía que sin abstracción no hay lengua; pero como el problema de la abstracción ofrece numerosas aporías, es más simple y exacto decir que sin clasificación no hay lengua.

2. En las clasificaciones lingüísticas hay siempre una clase y una serie de términos. Pero los que desde el punto de vista de la clase son términos, desde otro punto de vista son clases, que, a su vez, tienen cada una una serie de términos, y así sucesivamente; mientras que la clase inicial, a su vez, es un término respecto a otra clase superior, y así sucesivamente.

Debemos, pues, buscar una denominación absoluta que subsuma las puramente relativas de clase y término. Esta denominación es unidad. Los alófonos son unidades que se integran en una unidad superior, el morfema; en nuestro ejemplo hay dos morfemas o unidades significativas mínimas (definición provisional), a saber, /per/ y /o/; un morfema lexical y uno gramatical. O sea, el fonema no llega directamente al morfema, sino a términos de la clase morfema, a las últimas unidades del árbol en que se organiza, por divisiones sucesivas, la clase morfema.

En realidad, nosotros no pronunciamos /p/, sino una *p* concretísima, sentida, ciertamente, como el representante de la clase /p/ en el punto de la cadena hablada en que la pronunciamos. Tres sonidos que son representantes de tres fonemas producen el morfema /per/, que comporta la noción general del *perro*. En realidad, no pronunciamos /per/, sino un *perr* concretísimo, interpretado como representante del morfema /per/. Con esto hemos alcanzado la máxima generalidad significativa; e igual con /o/ (*-o*), que comporta la noción de masculino.

3. A partir de aquí comienza el descenso en el grado de generalidad del significado; pero los procedimientos son los mismos que se han seguido para pasar del no-significado (fonema) al significado general (morfema). La próxima unidad ascendente es *perro,* representante de /pero/; es la palabra.

Fundación Juan March (Madrid)

Pero es un ejemplo concreto de una palabra que, a su vez, es un término dentro de la misma (/pero/ como macho dentro del concepto de /pero/ en general; singular frente a /peros/, plural. Por otra parte, /pero/ pertenece como término a determinadas subclases de la clase de palabra nombre. O sea: en abstracto, la palabra se divide en morfemas, pero en la lengua realizada se entra siempre por lo más bajo de las clasificaciones.

Pero no es esto todo. El que *perr, o* y *perro* sean interpretados como /pero/, /o/ y /per/ro/, respectivamente, lo cual comporta una clasificación, y el que, de otra parte, sean reconocidos como términos de diversas clasificaciones del plano significativo, no es suficiente para la actualización. Por eso se dice *el perro;* y, como tampoco esto es suficiente, *el perro negro,* e incluso *el perro negro de mi hermano* o *el perro negro que vimos ayer.* De la palabra hemos pasado al sintagma, e incluso al grupo sintagma-oración de relativo, entrando, como siempre, por lo más bajo de la clasificación. Y lo mismo que /o/ determina a /per/, de igual forma /pero/ va siendo gradualmente determinado por las otras palabras.

4. Lo dicho hasta aquí no agota, ni muchísimo menos, las clasificaciones lingüísticas. En realidad no hemos hecho más que comenzar hablando de unidades sucesivas (el fonema, morfema, palabra, sintagma; añádanse la oración simple, la compuesta, las diversas unidades literarias), provistas cada una de clasificaciones, en cuyos niveles inferiores entran las unidades inferiores, y pasándose del no-significado al significado general, para pasarse luego a otros cada vez más especificados. Nótese que dentro del concepto de clasificación hemos incluido algo que suele considerarse aparte: la identificación de sonidos o alófonos en fonemas, de alorfomos en morfemas, etc.

5. Ahora bien, podría obtenerse de esta pintura la impresión de que nos hallamos ante clasificaciones progresivas

Fundación Juan March (Madrid)

en sentido único. En un sistema ideal, se pasaría de unidades de complejidad mínima a otras de complejidad creciente. Y en la lengua realizada, determinadas combinaciones de los elementos terminales de cada clasificación (mejor, de usos concretos de esos elementos terminales) llevarían a un ejemplo irrepetido de una unidad de la máxima complejidad, formada de unidades subordinadas, a su vez formadas de otras subordinadas, etc.

Por ejemplo: la *Ilíada* o el *Quijote*.

Siendo esto exacto, es también incompleto; la lengua es una realidad demasiado compleja para dejarse definir tan fácilmente. Habría que llamar la atención, sin pretensión alguna de exhaustividad, sobre varios puntos.

6. En primer término, no existe una clasificación única de las unidades sobre un único criterio. Por poner un ejemplo: en una lengua como el castellano, una oración simple, si es nominal-verbal (con sujeto y verbo) y transitiva, se clasifica según los varios complementos; pero cualquiera de las oraciones así resultantes está incluida en una clasificación desde otro punto de vista, el que opone aseverativas, interrogativas, etc., con diversas subclasificaciones [1].

Es también muy interesante lo que ocurre en las clasificaciones de las palabras. Una palabra pertenece, en una lengua dada, a una clase (las llamadas partes de la oración) y una subclase (las que otros llaman clases, denominando clasema al conjunto de rasgos distintivos comunes). Pero al tiempo pertenece a un campo semántico, que por lo demás está integrado por palabras de diferentes clases y subclases; aunque a veces puede suceder que sólo una aceptación de la palabra pertenezca a dicho campo semántico, siendo otra de otro campo. Más notable todavía es que los rasgos distintivos entre las subclases de palabras se emplean a veces para lograr oposi-

[1] Cf. mi *Lingüística estructural* (Madrid 1969) p.355ss y 370ss.

Fundación Juan March (Madrid)

ciones dentro de un campo semántico o entre dos campos semánticos [2].

7. Es tradicional distinguir entre las unidades y las funciones de una lengua. Esta distinción tiene notoria utilidad. En realidad, la función se refiere a la diferencia que existe entre la suma de los sentidos de las unidades y el sentido de la unidad más compleja en que se integran en la cadena hablada. Esta unidad compleja tiene un sentido, que deriva del de las unidades inferiores más las funciones o relaciones que hay entre ellas, ya se exprese esta función por palabras o morfemas especiales, ya por el orden de los elementos, ya por el hecho mismo de la clase de palabras a que pertenecen, ya mediante otros recursos; puede suceder incluso, como veremos, que una unidad tenga, además de su sentido propio, uno funcional. Ahora bien, hay que dejar bien en claro que la lengua clasifica las funciones de la misma manera que las unidades. Por ejemplo, la relación verbo-nombre puede ser de varios tipos, y de ahí los diversos casos y las diversas preposiciones. Una función tiene términos: es una clase; la función y sus términos son, en este sentido, unidades.

La existencia de unidades—en el sentido tradicional—y funciones crea un nuevo entrecruzamiento en las clasificaciones. Por ejemplo, un nombre puede estar en varias funciones (sujeto, objeto, etc.). Precisamente este entrecruzamiento es el que ha sido utilizado para el análisis gramatical por la teoría tagmémica de Pike, Longacre y otros; la suma de una función y una clase o subclase de palabras es llamada tagmema, como se sabe. Estas coincidencias de clasificaciones desde distintos puntos de vista podrían utilizarse también en otros terrenos para el análisis lingüístico; pero igual pueden seguirse utilizando alternativamente los distintos puntos de vista. El complejo tejido que es la lengua puede penetrarse mediante

[2] Cf. *Subclases de palabras, campos semánticos y acepciones:* RSEL 2 [1972] p.249ss.

Fundación Juan March (Madrid)

clasificaciones alternativas basadas en puntos de vista (rasgos relevantes) alternativos.

8. Todas las clasificaciones de que hemos hablado hasta ahora son clasificaciones abstractas, del plano de la lengua, aunque se reflejen, mediante representantes concretos, en la lengua realizada, el discurso. Ahora bien, si iniciamos nuestro estudio a partir de éste, primero segmentándolo, luego identificando variantes, deduciendo después el sistema de las invariantes, lo que estamos haciendo otra vez es descubrir sistemas de clasificación. Pero lo estamos haciendo siguiendo clasificaciones que aún no hemos mencionado: las de la distribución.

Una palabra o una clase o subclase de palabras es definida en el discurso por hechos de distribución característicos. Lo mismo las demás unidades, incluidas las funciones. Hay tipos de distribución que definen una palabra como tal palabra o como nombre animado o propio, etc.; que establecen que tiene tal sentido o tal otro. Cada clase y cada término, es decir, cada unidad, exige la existencia de un tipo de distribución; mejor diríamos, de una unidad de distribución, que, a su vez, puede integrarse en una clase superior o ser una clase de términos inferiores.

Hay que insistir todavía en que, si el estudio distribucional de la lengua se encuentra siempre con el hecho de la clasificación, lo mismo ocurre con el estudio paradigmático, estudio de la lengua como sistema. La prueba de la conmutación nos lleva siempre a operar con miembros de la misma clase; presupone la existencia de clases ramificadas. Por ejemplo, podemos conmutar un nombre sujeto, pero siempre por un nombre sujeto, siempre dentro de la misma subclase del nombre, siempre dentro de un mismo campo semántico. Esto en principio; el estudio del detalle nos llevaría muy lejos.

9. Desde cualquier perspectiva que se considere la lengua, siempre se llega al hecho de que trabaja con sonidos cla-

Fundación Juan March (Madrid)

sificados en diversos niveles, expresa referentes clasificados igualmente, consta de unidades relacionadas entre sí para crear otras con ayuda de clasificaciones, de elementos conmutables que son términos de clasificaciones, etc. Los datos que maneja la lengua están por definición clasificados en diversos niveles, con diversos criterios a veces. Los sonidos concretos no son lingüísticos hasta que se sienten como pertenecientes a una clase. Los referentes concretos no son expresables más que mediante su inclusión en una serie de clasificaciones.

Resulta extraña, desde esta perspectiva, la posición de la escuela transformacionalista, que ha opuesto su concepción de la lengua a la visión «taxonómica» de los estructuralistas, es decir, a una visión clasificatoria. Bien es verdad que a una visión clasificatoria concebida de un modo bastante primario, puesto que las clasificaciones de la lengua difieren grandemente de las taxonomías o clasificaciones científicas de plantas, animales, etc.

En realidad, como han puesto de relieve A. Juilland y H. Lieb[3], la escuela transformacionalista parte, como no podía ser menos, de elementos lingüísticos que son clases o términos de las clases. Los marcadores de frase básicos no son otra cosa que conjuntos de símbolos que se refieren a clasificaciones diversas, ya de unidades, ya de funciones, ya mixtas: *N* colocado en un determinado lugar de un paradigma indica un nombre que funciona como sujeto. Las reglas de ramificación y de subcategorización introducen nuevos símbolos interpretables igualmente; por ejemplo, el léxico no entra sin que antes se hayan introducido los rasgos distintivos que crean subclases de palabras *(contable, abstracto, animal...)*. Todo esto lo toma la gramática transformacional de la tradición anterior, aunque con un automatismo y rigidez que es muy característico; no se hace cuestión de lo que es un sujeto o un abstracto, de si un mismo elemento entra o no alternativamente en clasificaciones como éstas, etc. El desprecio de la

[3] *«Klasse» und Klassification in der Sprachwissenschaft* (La Haya, Mouton, 1968).

Fundación Juan March (Madrid)

clasificación no está fundado, pues, en su negación, sino en rebajarla al nivel de una taxonomía, de algo dado de una vez para siempre, fundado en rasgos distintivos claros sobre los que no merece la pena volver. Y, sin embargo, los graves problemas encontrados al relacionar el componente sintáctico con el léxico hacen ver que las cosas no son tan simples. De esta complejidad es de lo que vamos a ocuparnos a continuación precisamente.

10. Sin embargo, la pretensión de los transformacionalistas de haber superado la gramática estructuralista, clasificatoria, tiene una cierta justificación, pese a que ellos estén comprendidos en ella, porque ¿qué descripción de la lengua puede dejar de ser estructural, siendo la lengua como es un conjunto de estructuras, de elementos clasificados en abstracto con ayuda de clasificaciones que funcionan en el discurso?

Su gran aportación consiste en llamar la atención sobre las relaciones entre las clases de frases y oraciones, explicitándolas por medio de reglas. En efecto, el nominativo y el genitivo o el nombre y el adverbio son términos diferentes de una misma clase, y resulta posible dar reglas para pasar, en cada caso, del primero al segundo, o al revés; pero no resultan de gran utilidad. En cambio, entre una oración aseverativa y sus contrapartidas de mandato, negativa, pasiva, interrogativa, etc., que también son términos dentro de clases, el estudio de las transformaciones es sumamente importante, y no sólo a efectos prácticos o mnemotécnicos. Estas unidades están formadas por otras subordinadas, que contraen entre sí determinadas relaciones, que el hablante percibe mediante ciertos recursos gramaticales. Existe un mecanismo casi automático por el que el hablante, sin necesidad de sintetizar trabajosamente una unidad superior, la deduce de otra opuesta mediante reglas de transformación.

Se obtienen así no sólo los nuevos términos de unas mismas clases que hay que sustituir por los primeros, sino tam-

Fundación Juan March (Madrid)

bién los recursos formales y distribucionales que son sus significantes.

En cambio, la deducción de una estructura de superficie a partir de la profunda, de un marcador de frase básico, consiste en introducir gradualmente, dentro de los términos de cada clase, aquel que es adecuado distribucionalmente; los datos esenciales de una oración interrogativa, por ejemplo, están ya en la estructura profunda. Esta concepción de la gramática transformacional resulta menos novedosa y fecunda que la otra, pensamos; ello prescindiendo de lo problemático que se ha hecho, a partir de un momento dado, la concepción misma de la estructura profunda, que en principio no consistía en otra cosa que en introducir las unidades más genéricas, y luego, en otros estadios, las más específicas, hasta llegarse al texto mismo del discurso así analizado.

II. Características de las clasificaciones lingüísticas

1. El concepto de clase es empleado en lógica y en matemáticas para designar una serie de objetos (lógicos o matemáticos) que tienen una propiedad común. Presuponemos que una clase de unidades (incluidas las funciones) tiene, efectivamente, una propiedad común. Pero la determinación de esta propiedad común no es cosa fácil; tanto que a veces se dan los términos de una clase mediante una mera enumeración (por ejemplo, verbos que se construyen de tal o cual forma, que carecen o pueden carecer de sujeto, etc.). Nótese que en nuestro mismo ejemplo mencionamos propiedades comunes: tipos de construcción. Pero son propiedades comunes mínimas, puramente funcionales. Al menos en muchas ocasiones, a estas propiedades funcionales responden otras diferentes; se trata de verbos con determinados significados. Igual con el género. Un nombre femenino es el que concuerda con un ad-

Fundación Juan March (Madrid)

jetivo femenino; pero, al menos en muchos casos, éste no lo agota, sino que se añade que designa un ser hembra. Ahora bien, el significado no funcional puede faltar; y, sin embargo, no puede decirse que no sea importante como criterio de clasificación.

El hecho es que las unidades lingüísticas, tanto clases como términos, son terriblemente complejas y difíciles de manejar. Querríamos hacer algunas observaciones sobre ellas en forma puramente descriptiva; sin ver en ciertos rasgos defectos o imperfecciones, que sólo los lenguajes simbólicos superan; ni pasar por encima de los mismos como si no existieran, y la clasificación fuera una mera taxonomía.

2. Cualquier unidad lingüística, a cualquier nivel, tiene dos caras: un significante y un significado, tomando esta última palabra en sentido amplio, que incluye la distintividad propia de los fonemas para aceptar provisionalmente una oposición que es de dominio común. También es de dominio común que una unidad lingüística se encuentra en una determinada distribución o clase de distribuciones y en una o varias oposiciones paradigmáticas. Debería, pues, haber cortes claros: una forma + un significado + una distribución + una oposición (o varias) = una unidad. Pues bien, un postulado que habría que sentar es que en cualquiera de estos cuatro respectos hay con frecuencia multiplicidad de criterios para definir la unidad, pero también existen a veces criterios insuficientes y aun criterios contradictorios; ni es seguro que en cada uno de ellos deba de haber un criterio suficiente.

De hecho, esta situación se ha traducido en las constantes e inacabables disputas para definir qué es la palabra, o la oración simple, o el sujeto, etc. Sea cual sea el criterio que se señala como el decisivo, siempre es posible aportar ejemplos en que falla. Concretamente, para estos tres casos hemos expuesto la situación en otros trabajos nuestros [4]. Por ejemplo,

[4] Para la palabra: *Lingüística estructural* p.246ss; para la oración:

Fundación Juan March (Madrid)

la inseparabilidad y orden fijo de elementos propios de la palabra tienen excepciones, como las tiene el hecho de que ésta lleve un acento. En cuanto al significado, decir que es «unitario», no es decir mucho ni lograr una distinción respecto a otras unidades; su diferencia semántica frente a ciertos sintagmas no existe. Decir que la palabra va delimitada por junturas, nos obliga a llamar morfemas a los componentes de las palabras compuestas (y, sin embargo, son palabras que se componen con otras) y a decir que los morfemas delimitados por junturas son al tiempo palabras (lo que es un círculo vicioso), etc.

3. Estos problemas son generales. Hace un momento decíamos, siguiendo la doctrina común, que el fonema tiene valor distintivo, y el morfema lo tiene significativo. Pero no es nada seguro que el fonema tenga siempre valor distintivo [5], y, de otra parte, hay fonemas con valor significativo en onomatopeyas, aliteraciones y demás usos estilísticos [6]. Más todavía: por más que se diga que el morfema es la unidad significativa mínima, hay una serie de alargamientos que se añaden a distintas raíces o sufijos y que no tienen ningún valor general. Por ejemplo: puede postularse que *-ero* en *guarnicionero*, *-cero* en *carni-cero* y *-tero* en *ferre-tero* son alomorfos de un mismo sufijo, pero no por ello deja de ser cierto que a *-ero* se le añaden elementos vacíos de significación.

Esto en cuanto al significado; mayores problemas ofrece la forma de los morfemas, que con frecuencia se presentan como alomorfos libres o condicionados, o comportan amalgamas, o sincretismos, o están sustituidos por el orden de palabras. En cuanto a las distribuciones, las hay ciertamente típicas; pero otras veces, desde este punto de vista y desde el

p.324ss; para el sujeto: *Rasgos semánticos, rasgos gramaticales y rasgos sintácticos* p.24ss: RSEL 2 (1972).

[5] Cf. LIPSCHY, *Same or different?*, en la publicación provisional del XI Congreso de Lingüistas (Bolonia 1972) p.417ss, con bibliografía.

[6] Cf. I. FÓNAGY, *Die Metaphern in der Phonetik* (La Haya, Mouton, 1963).

Fundación Juan March (Madrid)

de las oposiciones, dos morfemas tienden a coincidir, a neutralizarse; e igual las palabras y las otras unidades.

4. La solución a estos problemas de clasificación no está, pensamos, ni en buscar un número de rasgos máximo, que obliga a dejar demasiado ejemplos fuera de la unidad que buscamos definir, ni en buscar uno tan exiguo, que prive a dicha unidad de lo más característico. Ni tampoco en sentar la existencia de *border-line categories* como las que ha propuesto G. F. Bos [7]. El artículo, por ejemplo, sería para él una de estas categorías límite, ni morfema ni palabra. Si analizáramos así, podríamos ver fácilmente que las categorías límite tienen, a su vez, casos límite, y así sucesivamente. Se trata de un continuo en el que se segmentan discontinuos cada vez menores, sin agotar jamás el campo. Es, exactamente, el problema de la cuadratura del círculo.

Pensamos que la solución debe buscarse desde dos puntos de vista: el de la lengua realizada o cadena hablada y el del sistema de la lengua. Las soluciones son diferentes, pero no contradictorias, sino mutuamente condicionadas.

5. Desde el punto de vista de la lengua realizada, el problema de la falta de cortes limpios en la segmentación de unidades y de tipos de distribución se resuelve diciendo que es un problema artificial que procede de concebir de una manera errónea el signo lingüístico. Existen, por ejemplo, casos —no en español, pero sí en otras lenguas indoeuropeas—en que resulta dudoso si nos hallamos ante un adverbio o ante un preverbio separado del verbo; es decir, ante una palabra de tipo anómalo. Pero es que nos empeñamos en realizar un análisis que la lengua no realiza; la comprensión del pasaje es global. En otro pasaje, tal vez se emplean como sinónimos dos morfemas gramaticales o lexicales que otras veces se oponen entre sí. Pero la sinonimia o neutralización de ciertas unidades en una distribución dada no implica nada respecto a su

[7] *Categories and border-line categories* (Amsterdam, Hakkert, 1967).

Fundación Juan March (Madrid)

función en el sistema en otras distribuciones. O sucede que una palabra tiene un significado especial en una distribución determinada; para el pasaje en cuestión no tiene interés el problema de si los dos significados son acepciones de una misma palabra o responden a dos palabras homónimas. De la misma manera, el que en castellano se opongan en ciertas distribuciones dos fonemos /r/ y /ɾ/, no quiere decir que ello ocurra en otras distribuciones en que efectivamente se neutralizan [8]. Hay que concluir que, por ejemplo, en determinadas circunstancias, la lengua no distingue entre morfema y palabra o usa, con total indiferencia, dos subclases de palabras, entre las que aquí propiamente no se distingue. Como, inversamente, se da a una unidad un significado especial, sin plantearse el problema del significado característico de la misma.

Dicho de otro modo: las clasificaciones de la gramática son utilizadas en el discurso solamente allí donde interesa utilizar las distinciones significativas o los niveles jerárquicos que les son propios. O bien pueden utilizarse comportando algunos de sus rasgos característicos y neutralizando otros.

Esto es un aspecto de la cuestión. Otro consiste en que el dato que resulte deficientemente fijado es llevado a la conciencia del interlocutor mediante otros varios. Un fonema es, normalmente, sólo distintivo; por tanto, el convertirlo en significativo precisa la ayuda de otros datos. Este problema de la convergencia ha sido estudiado en estilística, aunque también es importante en todo el nivel del signo. En ciertas distribuciones, el valor significativo se hace evidente. Es que no existe el fonema abstracto, sino el fonema en determinadas circunstancias distribucionales (y opositivas también).

6. La lengua como sistema es una pura abstracción deducida de la lengua realizada. Pero esta abstracción se ha querido hacer demasiado clara y tajante, como en las taxonomías,

[8] Cf. sobre todo esto *Sobre el significado de las unidades lingüísticas*, en *Estudios de lingüística general* (Barcelona 1969) p.91ss.

Fundación Juan March (Madrid)

por causa de una deficiente interpretación de la lengua realizada, por aspirar a una segmentación exhaustiva de formas, significados y distribuciones, siendo así que las más de las veces la comprensión se efectúa a partir de unidades superiores, sin llegarse a esa segmentación total, ni tampoco, por tanto, a la identificación de los elementos concretos existentes con unidades generales de la lengua.

A pesar de todo, sin embargo, es claro que el sistema de la clasificación es el propio de la lengua, aunque a veces se renuncie a sacar todas sus consecuencias o se complete con ayuda de elementos en principio extraños. Por ello, convendría lograr definiciones más realistas de las unidades lingüísticas que dieran razón de los papeles anómalos que a veces desempeñan en el discurso.

Por lo que respecta a la forma, parece claro después de lo dicho que puede faltar ocasionalmente tal o cual rasgo de los que habitualmente se dan. Hay unidades para las que ninguno de los rasgos debe considerarse absolutamente necesario. Razones de distribución o de significado, sea categorial o funcional, pueden bastar para la definición. Por ejemplo, el hecho de que en inglés *sheep* falte todo rasgo que indique singular o plural, se suple mediante la concordancia y con ayuda del significado plural que a partir de ella se deduce. A veces hay que recurrir para ello a una complicada determinación indirecta del significado.

7. Más interesante desde nuestro punto de vista es lo concerniente al significado de las unidades, y por eso vamos a tratar el tema con mayor detención. Los objetos que la lógica o las matemáticas incluyen en una clase deben tener una propiedad común. Teniendo las clases lingüísticas un significante (parte forma, parte distribución) y un significado, la primera interpretación que se ofrece es que esa propiedad es un rasgo de significado. Esta interpretación es la que se ha considerado obvia desde la antigüedad y ha llevado a definiciones sobre lo que es el nombre, o el adjetivo, o la oración

Fundación Juan March (Madrid)

simple, o el acusativo, que buscan deducir un significado central. Dentro de la gramática histórica y luego de la estructural, la idea del significado central ha sido defendida y seguida con mucha frecuencia; imposible retrazar aquí la historia de la cuestión. Otras veces se ha afinado más y se ha propuesto, por ejemplo por Pottier, un método de análisis componencial en virtud del cual una palabra puede contener un clasema y varios semas, es decir, un rasgo semántico propia de la clase (para nosotros subclase) de palabras a que pertenece y otros de menor difusión. Los valores especiales que la palabra adquiere en el contexto son atribuidos a semas virtuales.

8. Sin embargo, la teoría del núcleo significativo central aun así modificada, si bien resulta útil en ciertos casos, en otros no es defendible. Una unidad como el acusativo es, en general, un determinante del verbo, pero también puede ser, en griego y en latín, un sujeto infinitivo; imposible tender puentes entre ambas significaciones. Incluso cuando hay realmente un significado central, ello no quiere decir que se presente en todos los casos de la unidad en cuestión. Pensamos que la noción central del género masculino y femenino es la del sexo; pero lo único que hay en palabras como *silla* o *sillón* es una clasificación arbitraria, sin relación alguna con el sexo. Cualquier rasgo significativo puede desaparecer en una distribución determinada; hay *música callada* y *soledad sonora,* hay *lobo de mar* y *caballería aérea,* etc. Aquí no se trata del añadido ocasional de semas virtuales; se trata de la propia y concreta desaparición de semas que son habituales en las palabras en cuestión.

Por otra parte, la idea de que una clase tiene un significado logrado por abstracción del de los términos que la integran, de los cuales recoge lo común, está hoy desechada, lo mismo que la de la «imagen mental» producida por los morfemas o palabras [9].

[9] Cf. Eino Mikkola, *Die Abstraktion. Begriff und Struktur* (Helsinki 1964); Gustav Stern, *Meaning and Change of Meaning* (Bloomington

Fundación Juan March (Madrid)

Los abusos que se cometieron con estas interpretaciones —el llamado mentalismo—llevaron, por una reacción exagerada, a un antisemanticismo que hoy está superado. Hoy es reconocido generalmente que toda segmentación, toda clasificación de unidades, se basa en un análisis semántico más o menos consciente, más o menos preciso.

9. Es suicida para el lingüista prescindir de la semántica, pero es difícil manejarla, dejándola reducida a sus propios límites. Una primera cosa habría que dejar clara: es que hay tipos diversos de significado, que llamaremos, por simplificar, distintivo, semántico, categorial, funcional y meramente clasificatorio, que no es un significado propiamente dicho. Otra, que hay transiciones entre ellos; por ejemplo, entre el semántico y el categorial o funcional; lo hemos estudiado en otro lugar a propósito de la teoría de los casos [10].

Finalmente, habría que señalar no menos claramente que, si bien los tipos de significado tienden a ser propios de determinados tipos de unidades, hay entrecruzamientos diversos. Ya hemos señalado, por ejemplo, que el fonema es distintivo; pero a veces rebasa claramente ese estadio, como, inversamente, sucede a veces que el morfema es solamente distintivo. En el artículo arriba aludido hemos insistido también en que el significado semántico es el más propio del léxico, pero que éste comporta también significados no semánticos, categoriales o funcionales; mientras que las unidades propiamente gramaticales presentan a veces significados que deberíamos llamar semánticos (por ejemplo, el género indicando el sexo o ciertos usos locales de los casos), y que, efectivamente, en otras lenguas se indican mediante recursos puramente lexicales. Por otra parte, hemos hecho notar que un

1931); J. L. Pinillos, *El significado desde el punto de vista psicológico:* RSEL 1 p.97ss; y mi *Lingüística estructural* p.874ss.932.

[10] En el artículo *Rasgos semánticos, rasgos gramaticales y rasgos sintácticos,* cit. arriba; en él hablamos de significado gramatical no semántico y damos criterios para fijar los grados de valor semántico (es decir, concreto) o categorial y funcional.

Fundación Juan March (Madrid)

mismo rasgo, por ejemplo, «humano» frente a «no humano», se emplea indistintamente para oponer campos semánticos, subclases de palabras, palabras y acepciones.

10. Si a partir de aquí tratamos de estudiar el significado de una unidad cualquiera que es clase con diversos términos subordinados, veremos que se dan múltiples posibilidades. La más clara es, desde luego, la que consiste en que dicha unidad tenga siempre un determinado rasgo o sema. Esta posibilidad existe; pero habría que hacer la corrección de que, en distribuciones adecuadas, dicho sema puede neutralizarse, tendiendo la unidad a convertirse en sinónima de otro término de la misma clase. Así tenemos en griego la neutralización de los casos con palabras de tiempo; hay un genitivo, acusativo y dativo de tiempo. O tenemos el frecuente cambio de significado de una palabra a partir de un uso metafórico.

Puede suceder, de otra parte, que no haya un solo núcleo semántico, sino dos o más, según las distribuciones. Así, en muchas lenguas, en la categoría del número; ya se oponen singular y plural numerativos, ya, en los nombres de masa, un singular continuo y un plural discontinuo. Las distintas funciones de muchos casos y de muchas preposiciones son igualmente, a veces, imposibles de reducir a unidad. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con el genitivo en griego; desde el punto de vista del sistema de esta lengua, es imposible encontrar relación alguna entre el genitivo separativo tras verbo de movimiento y el genitivo partitivo tras ciertos adjetivos que indican cualidad o cantidad. La gramática histórica ha tratado de salir del paso acudiendo a la hipótesis de la fusión de varios casos indoeuropeos; sea o no acertada, la explicación es irrelevante desde el punto de vista sincrónico.

11. Puede pensarse que en ejemplos así no tenemos derecho a seguir postulando que existe una unidad plural o una unidad genitivo; que, cuando una palabra tiene dos sentidos

Fundación Juan March (Madrid)

totalmente diferentes, debemos postular la existencia de más de una unidad. En realidad, podemos tomar la decisión teórica que queramos; para la lengua no hay problema en la interpretación del discurso, según hemos indicado antes. Si se sigue hablando de un genitivo, es porque, de una parte, no hay límites claros entre los distintos significados y sus correspondientes distribuciones y oposiciones; y porque, de otra, existe una unidad de forma.

Con esto hemos llegado al fondo del problema. Decíamos que, en ocasiones, la falta de rasgos formales para definir el significante de una unidad era suplida acudiendo al significado. Ahora los términos se han invertido sin embargo. Ejemplificando otra vez con la oposición masculino-femenino, podemos ver claramente que, a más de los valores semánticos (y gramaticales al tiempo) «macho»-«hembra», nos encontramos con valores puramente clasificatorios, no semánticos, de palabras que son formal o distribucionalmente masculinas o femeninas. Por otra parte, lo mismo los valores semánticos que los clasificatorios tienen, en segundo término, un valor funcional; se indica así que, por ejemplo, un femenino *mujer* o *casa* se relaciona con un adjetivo *hermosa* o *pequeña* en *mujer hermosa, casa pequeña.* Análogamente, ciertos sujetos indican el ejecutante de la acción del verbo. Pero otro son puramente formales: francés, *il pleut;* alemán, *es ist kalt.* O simplemente se refieren al actante verbal que no es complemento.

12. En suma, si queremos definir el significado de una unidad lingüística, nos encontramos ante un problema nada simple; no hay que darlo por resuelto sin más, ni que prescindir de él y acudir a definiciones enumerativas. Tras acudir a uno o más significados semánticos, categoriales, o funcionales, o meramente distintivos, o a una combinación de ellos; tras admitir la existencia de casos de neutralización, a veces quedan todavía lagunas por llenar. La expresión «significado

Fundación Juan March (Madrid)

clasificatorio» puede ser una tautología, pero expresa, creemos, una verdad; a veces, la esencia de la clase está exacta y solamente en ser una clase, en agrupar una serie de miembros que entran en combinación entre sí con exclusión de otros o están excluidos de funciones de otra clase. Y que se reconocen, en primer término, por la forma.

El significado gramatical está, en principio, al servicio de la expresión de peculiaridades semánticas, categoriales o funcionales, con clasificaciones arbitrarias que varían de lengua a lengua; está expresado por forma y distribución, defendido por la existencia de términos opuestos conmutables. Pero el principio de la clasificación es tan poderoso en la lengua que a veces la arbitrariedad en el corte semántico es llevada al extremo de que no hay ya propiamente un significado común. Bajo la misma forma, bajo la que a veces hay un determinado significado, se agrupan unidades que no tienen nada significativo en común. Este significado clasificatorio va acompañado de rasgos distribucionales y combinatorios u otros consistentes en la exclusión de determinadas distribuciones y combinaciones; rasgos funcionales en suma, con una función mínima consistente en determinadas compatibilidades e incompatibilidades. Inversamente, sucede que unidades funcionales como los casos, pierden, en ciertas distribuciones, ese carácter y toman uno propiamente semántico, según hemos dicho.

13. Todas éstas son características de las clasificaciones lingüísticas que, sin hacerlas diferentes esencialmente de las clasificaciones lógicas, prestan a los rasgos característicos de las clases una complejidad propiamente lingüística. Para comprenderla hay que pensar, insistimos otra vez, en que lo que realmente existe es la lengua realizada, el discurso, que pone en funcionamiento una serie de mecanismos basados en la existencia de clasificaciones, pero que operan solamente al nivel de especímenes concretos de los términos inferiores de las mismas. Ignoramos en qué forma están organizados estos

Fundación Juan March (Madrid)

datos en el cerebro humano. Pero resulta demasiado simple creer que en él existan unidades absolutamente delimitadas, especie de ideas platónicas con rasgos formales mínimos e inexcusables y con rasgos semánticos (semas) también mínimos e inexcusables. Los sucesivos niveles de abstracción que producen unidades que se organizan en clases, que a su vez se organizan en otras, etc., existen. Pero no tienen esa organización cerrada de las clases lógicas, poseedoras de una propiedad bien definida. Aquí hay una serie de condicionamientos y una serie de cosas que decir sobre esa propiedad. No podemos definirla al nivel máximo, porque dejamos fuera a muchos miembros de la clase. Ni al mínimo, porque dejamos fuera lo que es central en ella.

Todos los lingüistas deberíamos tener presente esta complejidad de los hechos de la lengua. Desatenderla es más cómodo, pero lleva a concepciones simples y apriorísticas, a trazar una imagen de la lengua de una generalidad tan amplia (y a veces tan falsa), que entre sus mallas se escapa todo lo que es más fino, lo que está más vivo en ella, lo que es más peculiar y más propiamente humano.

Fundación Juan March (Madrid)

EL LENGUAJE DE LA TECNICA

Por Ramón Trujillo Carreño

Catedrático de Gramática general y Crítica literaria de la Universidad de La Laguna

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

EL LENGUAJE DE LA TECNICA *

El lenguaje técnico no es, naturalmente, una novedad en la historia de las lenguas. Todo sistema lingüístico admite la posibilidad de que un signo sea empleado *técnicamente* o no. La cuestión afecta al modo de significar, a la estructura misma del proceso semiológico, e implica, como veremos, un replanteamiento de la noción teórica del signo lingüístico. La actualidad del problema del lenguaje técnico [1] obedece a causas externas, fáciles de explicar, y si no se había planteado a la consideración de los lingüistas hasta fechas recientes, es porque, desde el punto de vista práctico de la lexicografía principalmente, el aluvión de tecnicismos no resultaba aún demasiado alarmante. Con el desarrollo de las ciencias, el caudal de voces exóticas ha crecido desmesuradamente. Los lexicógrafos empiezan a perder pie en el mar de este léxico: ¿Qué palabras han de incluirse en los diccionarios y cuáles han de desecharse? ¿Qué términos pueden ser asimilados por sus características fonéticas y cuáles otros han de ser rechazados por extraños a nuestros hábitos fonológicos?

Los problemas planteados son muy diversos, tanto prácticos como teóricos, aunque estos últimos parecen más interesantes, quizá por no haber sido aún estudiados a fondo. Veremos primero, rápidamente, los de tipo práctico.

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.18 p.312-322.

[1] Con más propiedad, del *vocabulario* técnico, ya que no hay realmente un lenguaje técnico, por ejemplo, en un sentido morfológico o sintáctico, aunque existan procedimientos de composición, de base grecolatina, ya consagrados para la formación de este tipo de léxico.

Fundación Juan March (Madrid)

Para muchos, no se trata propiamente de un problema de lenguaje técnico, sino del problema de la «legitimidad» o «ilegitimidad» de su formación según se parta de procedimientos consagrados o no. «Cuando el latín—nos dice Gili Gaya [2]—fue perdiendo su uso como lengua universal del saber, las lenguas modernas heredaron sus tecnicismos, sin más que un ligero reajuste de las terminaciones, y heredaron sobre todo la facultad de formar neologismos de base griega y latina, capaces de expresar las ideas nuevas. Esta facultad es la fuente más copiosa de tecnicismos que todas las ciencias han formado y siguen formando [...]. *De tales neologismos nada podemos temer* [3], puesto que son para nosotros tan patrimoniales como los que el romance ha creado con sus propios recursos. Ocurre, sin embargo, que el humanismo grecolatino está hoy en decadencia [...]. Bien que mal, la tradición es fuerte todavía, pero ¿qué ocurrirá cuando la investigación científica se extienda entre los pueblos alejados de la civilización grecolatina?» Estas palabras nos hacen pensar no ya en el problema del lenguaje técnico en sí, sino en el de los procedimientos de formación y de incorporación. Pero nos hallamos realmente ante un hecho consumado: el uso lingüístico echa mano, sin consultar a nadie, de procedimientos diferentes. Se impone el calco directo de la voz extraña en lugar de la invención artificiosa de un término de base grecolatina o de la sustitución por un término patrimonial, ya demasiado implicado en el engranaje de la lengua como para poder denotar, pura y simplemente, una noción nueva sin posibilidad de ambigüedad.

Más fundado nos parece el problema de la diversificación de los términos técnicos, también señalado por Gili Gaya [4]. En una lengua como la nuestra, hablada en tan extensos te-

[2] Cf. *El lenguaje de la ciencia y de la técnica,* en *Presente y futuro de la lengua española* vol.2 (Madrid 1964) p.271-72.
[3] Subrayamos nosotros.
[4] O.c., p.269.

Fundación Juan March (Madrid)

rritorios, se propagan tecnicismos diferentes para las mismas designaciones. Este es un problema que podrían resolver las Academias de la Lengua [5]. Sin embargo, es más grave, para la unidad lingüística estricta, la diversificación semántica del vocabulario no técnico, sujeto a reajustes estructurales tan incontrolables como los del sistema fonológico.

Otro problema importante—aunque no me parece alarmante—es el de la influencia de ciertos neologismos en los hábitos fonológicos hispánicos y aun en los morfológicos [6]. La aparición, sobre todo en el lenguaje culto, de combinaciones no habituales de fonemas *(clubs, bóers, soviet,* etc.) puede conducirnos hacia una nueva fisonomía de la palabra o de los significantes de ciertos morfemas. Pero esto es ya cuestión que afecta exclusivamente al plano de la expresión, a lo que hemos llamado en otro lugar lexicofonología [7], y no tiene nada que ver con la íntima esencia de lo que es en sí el vocabulario técnico.

Tampoco nos parece un problema grave la adopción de sinónimos exóticos para contenidos ya lexicalizados en la lengua, puesto que la diferenciación semántica se produce rápidamente o es precisamente la necesidad de tal diferenciación la que propicia la entrada del término extraño. «Una *consigna* comercial—escribe E. Lorenzo [8]—puede ser: «Vender mucho y barato», pero «Mejores no hay» es una frase afortunada que difícilmente podría calificarse de consigna y cae plenamente en la categoría de *slogan*»... El éxito de un neologismo al lado

[5] Ya se ha intentado en el Congreso de Academias de la Lengua celebrado en Bogotá en 1960. En aquella ocasión se acordó constituir una serie de Comisiones del Vocabulario Técnico, las cuales tendrían como misión el asesoramiento en esta materia a las personas o entidades que lo requiriesen.

[6] Cf. Emilio Lorenzo, *El anglicismo en la España de hoy* y *Dos notas sobre la morfología del español actual,* en *El español de hoy, lengua en ebullición* (Madrid 1966).

[7] Cf. Ramón Trujillo, *A propos du concept de forme du contenu:* Cah. Lex. 20 I (1972) p.3-11, y *Gramática, lexicología y semántica:* RSEL 2,1 (1972) p.103-109.

[8] Cf. *El anglicismo en la España de hoy* (ya cit.) p.65.

Fundación Juan March (Madrid)

de su sinónimo patrimonial es una muestra de su necesidad y de la introducción de cambios en la forma de contenido de un mismo campo semántico.

Pero el verdadero problema práctico en relación con la importación o formación de términos extraños —y todo término extraño es, en principio, un tecnicismo en el sentido amplio de la palabra, aunque pueda perder tal carácter al terminar engranando en los sistemas semánticos de una lengua natural— atañe fundamentalmente a la lexicografía: ¿qué léxico ha de ser incorporado al *Diccionario* y cuál ha de quedar para los vocabularios especializados de las distintas ciencias o técnicas? ¿Cómo situar la frontera entre lo técnico y lo no técnico, sobre todo teniendo en cuenta que no son pocos los tecnicismos que pasan al lenguaje común y se incorporan a sus sistemas de oposiciones y relaciones sintagmáticas, ni los términos comunes que se especializan en el marco de una ciencia o de una técnica?

El problema se hace agobiante dado el volumen de léxico técnico que se incorpora constantemente. «Aterrador» le parecía a Casares [9] y la misma impresión manifiestan Dámaso Alonso [10], Gili Gaya [11], Baldinger [12] y otros. Refiriéndose a la magnitud de la invasión y a la necesidad de prescindir de ciertos tecnicismos, señala Baldinger [13] que, a partir del momento de la industrialización, el problema es verdaderamente grave. Piensa en el peligro de que la lengua común resulte ahogada en el mar de los términos científicos.

Para la lexicografía, el problema no ha consistido realmente en distinguir entre dos clases de vocabulario fundamen-

[9] Cf. *Introducción a la lexicografía moderna* (Madrid 1930) p.285.
[10] Cf. *Para evitar la diversificación de nuestra lengua,* en *Presente y futuro de la lengua española* vol. 2 (Madrid 1964).
[11] O.c., p.271.
[12] Cf. *Lexicologie et Lexicographie Françaises et Romanes:* Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique (Strasbourg, 12-16 nov., 1957). Ed. du Centre National de la Recherche Scientifique (Paris 1961) p.198. En adelante citaremos *Colloques.*
[13] Cf. *Colloques* p.198.

Fundación Juan March (Madrid)

talmente diversas por su estructura semántica, sino más bien en establecer la separación basándose, de una parte, en el carácter popular, patrimonial y general, y, de otra, en el carácter exótico, restringido o especializado. En el Diccionario de Littré leemos que, «ante todo, es necesario señalar que la lengua científica es esencialmente diferente de la de los oficios. En efecto, mientras que la lengua de los oficios es siempre popular, a menudo arcaica y sacada de las entrañas mismas de nuestro idioma, la lengua científica es casi toda griega, artificial y sistemática». Lo que se opone así es técnica popular a técnica científica, *vocabulario común* a *vocabulario especializado,* pero no *vocabulario técnico* a *vocabulario no técnico:* no se distingue entre distintos aspectos de organización semántica interna.

El criterio práctico de los lexicógrafos ha consistido, normalmente, en dar cabida en los diccionarios a todos los términos, técnicos o no, que aparecen en los textos y que con cierta probabilidad puede encontrar o necesitar un hombre de mediana cultura; es decir, el vocabulario popular y aquella parte del neológico que haya trascendido el círculo estricto de los especialistas de una determinada ciencia o técnica. Con esto, los diccionarios no han venido a ser propiamente diccionarios de la lengua en sentido estricto, sino más bien enciclopedias que combinan lo propio de una lengua dada con todo tipo de información cultural relativo a las diversas ramas del saber humano.

Con el gigantesco aluvión moderno de los tecnicismos surge la pregunta de Baldinger: «¿En qué medida y hasta qué punto deberá un Thesaurus incluir las palabras técnicas y científicas...?» [14] Para que el léxico usual no se vea materialmente ahogado en el seno de los diccionarios, se impone la necesidad imperiosa de distinguir entre lo técnico y lo no técnico

[14] Cf. *Colloques* p.198.

Fundación Juan March (Madrid)

y dictaminar qué ha de ser excluido de los diccionarios usuales y reservado a los especiales de cada ciencia o técnica.

Ahora bien, separar los tecnicismos requiere su definición previa: ¿Qué es léxico técnico? ¿Cuáles son sus características? La existencia de dos tipos de léxico parece evidente, aunque para algunos, como Lausberg, «en el fondo no hay más que palabras técnicas» [15], falacia fundada en concebir la lengua como una mera nomenclatura. La intuición de la diferencia parece estar más o menos clara para todos, y ya se había planteado como problema práctico mucho antes de que la invasión terminológica adquiriese el volumen actual. Es sabido que, para nuestra lengua, abundan, desde el siglo XVI, los diccionarios especializados.

Ahora bien, desde un punto de vista estrictamente científico, la separación entre dos clases diferentes dentro de una masa aparentemente homogéna sólo puede cimentarse en una base objetiva, ya radique ésta en el distinto comportamiento lingüístico de uno y otro tipo de léxico, ya en la diferente esencia del signo, es decir, en la raíz misma del proceso significativo. Lo importante es que para la separación, si procede, sólo se tengan en cuenta consideraciones internas. No vale así, por ejemplo, distinguir entre lenguaje científico y lenguaje técnico, porque esta diferencia no implica comportamientos diversos. En uno y otro caso se trata de terminologías para objetos reales cuya diferenciación semántica no depende de las relaciones internas de una lengua dada, sino de las condiciones objetivas de los seres designados. La lengua no crea aquí significados, sino que, por el contrario, pone etiquetas a significados o cosas preexistentes a la lengua misma.

Nos encontramos, pues, ante la cuestión de qué es un tecnicismo. ¿Se opone *técnico* a *ordinario,* o hay que buscar en otra parte la diferencia? Porque es indudable que son muchos los términos técnicos que pertenecen al uso común. No

[15] Cf. *Colloques* p.200.

Fundación Juan March (Madrid)

vale por ello la definición de Matoré, según el cual «es técnico todo lo que no pertenece al vocabulario de una persona culta, para quien el ejercicio de esa técnica no es su profesión» [16]. No se pueden establecer clases formales basándose en la mayor o menor difusión de los términos o en la mayor o menor «autonomización» de sectores del vocabulario técnico dentro del vocabulario general [17], como no se puede tampoco postular la imprecisión de los límites entre lo técnico y lo no técnico apoyándose en el hecho del constante trasiego entre una y otra categoría, porque, aunque en el nivel de los hechos, como señala Vidos [18], nos encontramos tanto con términos del vocabulario corriente que pasan a ser técnicos, o a la inversa, como con términos usados exclusivamente en diversos lenguajes técnicos, en el nivel teórico se trata, a pesar de todo, de cosas diferentes. No es ya cuestión de los términos en sí, sino del modo de significar, del tipo de relaciones lingüísticas en que intervienen. El hecho de que un término común se emplee como técnico o de que un tecnicismo se incorpore a la mecánica de la lengua natural, no invalida la distinción, ya que lo que existe no son propiamente términos técnicos o no técnicos, sino usos técnicos o no técnicos de los significantes léxicos. La distinción teórica se mantiene, aunque en el nivel de los hechos sea a menudo difícil establecerla.

No es tan reciente el intento de distinguir teóricamente las características del lenguaje científico. Pius Servien [19] señalaba ya, aunque sin una formulación rigurosa, algunas características, como la univocidad, la universalidad y el carácter «verificable» de los enunciados científicos. Parecidas peculiaridades encuentra Gili Gaya [20]: fundamentalmente, la uni-

[16] Cf. *Colloques* p.199.

[17] Cf. J. Dubois, *Les problèmes du vocabulaire technique:* Cah. Lex. 9 II (1966) p.103-12.

[18] Cf. *La place du vocabulaire technique dans le Thesaurus de la langua française,* en *Colloques* p.185-95.

[19] Cf. *Le langage des sciences* (Paris 1938).

[20] O.c., p.271.

Fundación Juan March (Madrid)

versalidad y la adecuación al objeto designado, sujeto, por supuesto, a las mudanzas de los conceptos científicos.

Es evidente que si queremos ahondar teóricamente en la la cuestión de los tecnicismos, tendremos que abandonar las consideraciones de tipo práctico. No se trata ya de un vocabulario exótico que repugne a los puristas, ni de una masa ingente que cree problemas a los lexicógrafos, sino de dos maneras distintas de significado y de comportamiento. La idea de la diferencia la sugiere ya Saussure, aunque sin resolverla: «Para ciertas personas, la lengua [...] es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas» [21]. Los signos no son, para Saussure, tecnicismos, puesto que no son nombres para realidades dadas *a priori* [22]: concebir la lengua como una nomenclatura «supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras...» [23] «Considerado en sí mismo —nos dice—, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas y nada es distinto antes de la aparición de la lengua» [24]. Para Saussure, pues, en la lengua no hay tecnicismos, porque el valor del signo depende del sistema, y no es, por tanto, una «cosa»: «Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica» [25]. Es precisamente aquí donde empezamos a ver claro: Saussure excluye de la lengua la relación palabra-cosa o significante-cosa. Los significados son entes lingüísticos que emanan del sistema mismo; no son «cosas». Y aquí tenemos ya el concepto de tecnicismo: la relación directa entre significante y «cosa», o, lo que es lo mismo, el significante como representante de una «cosa» [26] y no de un «va-

[21] Cf. *Curso de Lingüística general* 6.ª ed. (Buenos Aires 1967) p.1.ª c.1. En adelante citaremos *Curso*.

[22] «En todos estos casos, pues, sorprendemos, en lugar de *ideas* dadas de antemano, valores que emanan del sistema» (*Curso* p.2.ª c.4).

[23] Cf. *Curso* p.1.ª c.1.

[24] Cf. *Curso* p.2.ª c.4.

[25] Cf. *Curso* p.1.ª c.1.

[26] No entendemos aquí «cosa» en cuanto objeto material, sino en

Fundación Juan March (Madrid)

lor». Al concepto de lengua, tal como lo entiende Saussure, es ajeno el tecnicismo; pero las lenguas, como productos históricos que son, han de incorporar un acervo cultural indispensable —un saber técnico de las cosas—, y ahí surgen los tecnicismos, que, si bien no forman parte de la estructura propiamente lingüística, privativa de una lengua dada, son indispensables para ordenar el saber objetivo alcanzado por una comunidad determinada. Es evidente que se trata de dos cosas diferentes: de un lado, el sistema de nociones dependientes del sistema lingüístico, y que sólo pueden ser investigadas por procedimientos lingüísticos; de otro lado, el sistema de nociones dependientes de nuestro saber de las cosas en cuanto tales, y que sólo puede ser investigado con los métodos de las ciencias correspondientes. Se separa así lengua de cultura: a la lengua pertenece el léxico «estructurado» de acuerdo con principios internos y propios de la lengua misma; a la cultura —al saber de las cosas— pertenece el léxico «ordenado» conforme a las exigencias de un conocimiento científico o popular (de ahí que los tecnicismos puedan ser especiales, y propios de una ciencia o de una técnica determinada, o populares y patrimoniales, y propios de un saber tradicional; tecnicismos serán tanto *apendicitis, teléfono* o *fonema* como *lunes, febrero, peral* o *manzano*).

La intuición de las dos clases de léxico está, pues, clara. El problema consiste en saber si podemos distinguirlas por medio de criterios objetivos y hasta qué punto pueden delimitarse esos criterios, o si sólo se trata de dos funcionamien-

cuanto objeto mental *previamente definido.* «Una lengua—escribe Ortega y Gasset—es un sistema de signos verbales merced al cual los individuos pueden entenderse sin previo acuerdo, al paso que una terminología sólo es inteligible si previamente el que escribe o habla y el que lo lee o escucha se han puesto *individualmente* de acuerdo sobre el significado de los signos» (cf. *Miseria y esplendor de la traducción,* en *Misión del bibliotecario y otros ensayos afines:* Col. El Arquero [ed. Revista de Occidente, 2.ª ed., 1967] p.108). Oponemos así el concepto de tecnicismo, como significado *previamente definido,* a signo lingüístico propiamente dicho, como valor *no definido explícitamente,* sino establecido en función de las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas que contrae.

Fundación Juan March (Madrid)

tos distintos del proceso semiológico, con lo cual los dos tipos no vendrían a ser más que especializaciones en una u otra función. «Entre las muchas posibilidades del lenguaje —escribe Coseriu—, existe también la de un lenguaje objetivamente fundado, o sea, de un lenguaje que sólo establece y hace valer las delimitaciones que corresponden a líneas divisorias objetivas y valoradas objetivamente. A este respecto, el lenguaje de la ciencia, el lenguaje técnico, es simplemente una de las posibilidades del lenguaje, que, dicho sea de paso, es realizada también, en parte, en las lenguas históricas, representando lo que en estas lenguas es nomenclatura y terminología técnica» [27].

Coseriu ha tratado detenidamente el problema, oponiendo *léxico estructurado* a *léxico nomenclador* [28]. Hace ver el divorcio entre una parte estructurada por la lengua, y, por tanto, lingüística, y otra ordenada según las propiedades de lo real, o, mejor dicho, sobre las propiedades con que una técnica determinada describe o intenta describir lo real. «Para las ciencias y las técnicas, las palabras son [...] los representantes de las cosas [...]. La 'significación' coincide aquí con la 'designación'»... [29] «Lo importante es que se reconozca que en lo que se llama 'léxico' de una lengua hay amplias secciones puramente 'designativas', y donde la única 'estructuración' posible es la enumeración [...]. Que hay un *léxico estructurado,* lingüístico, y un *léxico 'nomenclador' y terminológico*» [30].

Los tecnicismos responden a una *definición explícita,* mientras que los términos estructurados *no se definen,* sino que se *comprueban* dentro de las relaciones lingüísticas en que se hallan implicados. Podemos definir explícitamente *hipotenusa,* pero sólo comprobar los valores de *dar* en sus relaciones dis-

[27] Cf. *Das Phänomen der Sprache und das Daseinsverständnis des heutigen Menschen,* en *Die Pädagogische Provinz* 21 (1967) p.11-28.

[28] Cf. *Structure lexicale et enseignement du vocabulaire,* en *Les théories linguistiques et leurs applications:* AIDELA (Nancy 1967) p.9-50. En adelante citaremos *Structure lexicale.*

[29] Cf. *Structure lexicale* l.1.

[30] Cf. *Structure lexicale* l.1.

Fundación Juan March (Madrid)

tribucionales y con respecto a otros sinónimos. Los elementos del primer tipo sólo pueden sumarse; los del segundo no se suman: se implican unos a otros, no lógicamente, sino por una suerte de «afinidades» sintagmáticas y paradigmáticas (que no siempre coinciden con la implicación lógica).

Piensa Coseriu que con la separación de uno y otro tipo de vocabulario se resuelve el problema del carácter abierto del léxico, dificultad que lo pone fuera de todo posible análisis interno. Ya había señalado Hjelmslev [31] que sólo podría intentarse un estudio estructural del léxico a condición de reducirlo a clases cerradas. Separando lo técnico de lo no técnico, podrá acotarse lo que corresponda al campo estricto de estudio de los lingüistas. Lo cual no quiere decir tampoco que los tecnicismos escapen enteramente a su competencia. Los términos técnicos contraen implicaciones sintagmáticas y paradigmáticas, aunque éstas no vayan más allá de la pertenencia a las clases más generales, gramaticales (sustantivo, adjetivo, verbo) o léxicas (animado, inanimado, etc.).

A pesar de señalar Coseriu tan agudamente la distinción, no llega a establecer formalmente la frontera de una manera precisa. El rasgo formal que descubre como propio del léxico «estructurado» en oposición al «nomenclador» es el del carácter inclusivo de muchas oposiciones lingüísticas: «Las oposiciones terminológicas son 'exclusivas', de acuerdo con el principio de contradicción (a cada nivel de la clasificación, cada término es diferente de todos los demás), mientras que las oposiciones lingüísticas son con mucha frecuencia 'inclusivas', esto es, que el término 'negativo' [...] puede englobar al 'positivo'»... [32] Desgraciadamente, ese rasgo es característico de muchas oposiciones léxicas, *pero no de todas:* parejas como

[31] Cf. *Pour une sémantique structurale:* TCLC vol.12 (1957), y *Dans quelle mesure les significations des mots peuvent-elles être considerées comme formant une structure?*, en *Proceedings of the eighth International Congress of Linguists* (Oslo 1958) p.636-54.

[32] Cf. *Structure lexicale* 1.1.

Fundación Juan March (Madrid)

bueno-malo, alto-bajo, contraen oposición exclusiva, y son, sin embargo, rigurosamente lingüísticas.

A este rasgo formal agrega Coseriu otro también importante, no referido, sin embargo, al comportamiento propiamente dicho, sino más bien al modo de significar. Afirma que, en el caso de las terminologías, «'traducción' significa [...], simplemente, 'reemplazamiento de los significantes' y no 'transposición de los significados de una lengua a los de otra'» [33].

De todas maneras, además de la característica formal de las oposiciones inclusivas *(día-noche, pelo-cabello,* etc.), pueden señalarse otras que también son propias del léxico «estructurado» en oposición al léxico «ordenado». Mientras que las terminologías no contraen implicaciones sintagmáticas y paradigmáticas más allá de la pertenencia a una clase gramatical (sustantivo, verbo) o léxica (animado, inanimado) y su valor se mantiene independiente del contexto, los elementos «estructurados» se hallan implicados en relaciones *particulares* de sinonimia más o menos parcial [34]—pueden intercambiarse en ciertos contextos, alterando su orientación semántica— y en relaciones sintagmáticas también *particulares;* es decir, no homogéneas para todos los elementos de una misma clase o campo léxico, relaciones que dependen de los diversos componentes semánticos del contexto. El léxico estructurado sólo puede «comprobarse» en su doble relación paradigmática y contextual [35] y no tiene existencia fuera de ella. Así *eficaz* y *eficiente* conforman una misma sustancia de contenido y permiten distinguir entre *hombre eficaz* y *hombre eficiente*, pero no en-

[33] Cf. *Structure lexicale* 1.1.

[34] Estas relaciones particulares de sinonimia suponen un concepto más amplio que el de *estructura paradigmática primaria* (postulado por Coseriu como base para establecer los campos léxicos), concepto un tanto estrecho y poco fecundo (cf. *Les structures lexématiques,* en *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur,* Beiheft: «Probleme der Semantik», Heft 1 [Wiesbaden 1968] p.3-16).

[35] Véase el método que hemos ensayado para el análisis semántico de las preposiciones en *Notas para un estudio de las preposiciones españolas:* Thesaurus 26,2 (1971).

Fundación Juan March (Madrid)

tre *hierba eficaz* y **hierba eficiente*. La suma de todos los contextos posibles de ambos términos nos mostrará su valor, que nunca podrá definirse más que convencionalmente.

Pero la cuestión del significado técnico tiene su raíz íntima en la estructura misma del signo. Y es que hay dos maneras de significación, siempre posibles. Cuando Adam Schaff [36] opone signo verbal a signo no verbal, establece que el verbal es primario, de suerte que el no verbal sólo puede ser comprendido en función del otro. Los signos no verbales son, según él, derivativos, ya que sólo existen en virtud de una convención verbal. En cambio, el signo verbal es «transparente»: no precisa de un mecanismo intermedio que, por decirlo así, lo «traduzca». Corresponde, pues, a una intuición inmediata. Con esto se establece una hipótesis según la cual los signos no verbales son por naturaleza «traducibles», mientras que los verbales resultarían «intraducibles» (no requieren para su interpretación ninguna operación compleja ni una convención explícita previa). Sin embargo, creemos que Schaff se equivoca doblemente: en primer lugar, porque muchos signos no verbales son intraducibles (¿cómo podría traducirse por un equivalente verbal una fuga de Bach o una estatua de Miguel Angel?); y en segundo lugar, porque muchos signos verbales no son intraducibles o «transparentes». Mientras sabemos del significado de unos signos porque conocemos su engranaje sintagmático y paradigmático y sin que haya mediado una convención explícita, existen otros, también verbales, de los cuales sabemos el significado gracias a una definición verbal previa, es decir, gracias a una convención explícita que se ha producido en algún momento. Los signos verbales pueden ser, pues, también derivativos, esto es, depender de una definición explícita *(hidrógeno, oxígeno, lunes, marzo)* que los sitúa en relación con una realidad determinada e inconfundible. Pero al mismo tiempo pueden no ser derivativos, es de-

[36] Cf. *Introducción a la semántica* (Fondo de Cultura Económica, México 1966) p.2.ª c.2.

Fundación Juan March (Madrid)

cir, no depender de ninguna definición explícita: el significado es entonces un «equilibrio» que resulta de las relaciones del sistema lingüístico (paradigmáticas y sintagmáticas). En este caso, el significado no puede ser «definido», sino «mostrado» en su red de conexiones.

Naturalmente, los tecnicismos, sean populares o no, entran en la categoría de los «definibles», y de ahí su carácter universal: apuntan sólo a una sustancia, idéntica para todas las comunidades lingüísticas (el lenguaje técnico siempre podrá ser traducido a otra lengua sin residuo), mientras que los signos «estructurados» entran en la categoría de los «no definibles», y de ahí su carácter particular y exclusivo (difícilmente el lenguaje no técnico podrá ser traducido sin residuo a otra lengua). Por eso no estamos de acuerdo con Gili Gaya [37] cuando propone, como remedio a la invasión de tecnicismos exóticos, la traducción por medio de términos de la lengua común. El tecnicismo se resiste, en mayor o menor medida, a la traducción precisamente porque una gran parte de los términos de la lengua común están «estructurados», y corresponden, por tanto, a un modo diferente de significar. Traducir el tecnicismo es, hasta cierto punto, «destecnificarlo» y pasar de un nivel semiológico a otro.

Todas las consideraciones que preceden nos hacen pensar en la posibilidad y aun en la necesidad de tres tipos de diccionarios:

a) Los que se atengan exclusivamente al léxico estructurado, es decir, a aquel que haya contraído en el sistema implicaciones que vayan más allá de la mera pertenencia a clases generales, gramaticales o léxicas. Estos diccionarios no «definirían», sino «mostrarían» los valores («equilibrios») dados en la red de relaciones generales. Naturalmente entrarían aquí los términos técnicos que por alguna razón se hubiesen incorporado al engranaje funcional de la lengua.

[37] O.c., p.274.

Fundación Juan March (Madrid)

b) Los que se atengan a un criterio práctico y unan al contenido de los anteriores todo aquel vocabulario técnico que sea de conocimiento común y que interese al hombre medio culto. Tales diccionarios serán productos híbridos, que mezclarán lo lingüístico con lo puramente enciclopédico.

c) Los que sólo recojan tecnicismos. Estos no tendrán ya carácter lingüístico. Nos referimos a los diccionarios especializados de las distintas ciencias o técnicas.

Creemos, en fin, que los problemas del vocabulario técnico sólo pueden analizarse desde los puntos de vista expuestos. Toda solución práctica deberá cimentarse en los presupuestos teóricos que hemos indicado.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

PARA UNA FUNCION LUDICA EN EL LENGUAJE

Por FRANCISCO YNDURÁIN HERNÁNDEZ
Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

PARA UNA FUNCION LUDICA EN EL LENGUAJE *

En estas líneas trato de exponer algo que hace tiempo estaba pensando, sin acertar a darle acomodo entre los hechos del lenguaje, y que, provisionalmente, llamaré función lúdica, inserta entre las otras funciones reconocidas y aceptadas. Se trata de organizar una variada muestra de fenómenos que creo caben dentro de la categoría propuesta. Por de pronto, me conviene despejar una posible confusión, descartando los juegos de palabras—equívocos, chistes verbales, etimologerías—; esto es, los usos en que hay un contenido de significado por tenue que sea. Adelantaré que mi área de observación es, en cierto modo, prelingüística, en cuanto recoge hechos lingüísticos donde el contenido es, prácticamente, nulo. Cómo veremos, ha habido más de un atisbo, en cuanto alcanzo, para denominar y dar integración a este hecho entre los más marcados del uso de la lengua.

Empezaré por echar una mirada retrospectiva a las teorías sobre las funciones del lenguaje, dando de lado a los análisis del signo lingüístico en su entidad y funcionamiento, pues este aspecto ha de quedar subsumido en el punto anterior. Parto del *organon* propuesto por Karl Bühler en su análisis del fenómeno de la comunicación lingüística, que reduce a la tríada expresión, apelación y representación, según atendamos al emisor, al receptor o a objetos y relaciones representados en el mensaje transmitido. Este esquema, pensado más desde

* Publicado en el «Boletín Informativo de la Fundación» (1973) n.19 p.365-373.

Fundación Juan March (Madrid)

un punto de vista psicológico que estrictamente lingüístico, puede servir de base para toda suerte de análisis textuales y aun generalizarse para cualquier otro acto de comunicación, sea cual fuere el medio (imagen, sonido, mixto de ambos, gestos, etc.): Uno *dice* algo a alguien, donde *dice* vale, abstractivamente, para todo hecho de comunicación. Esta teoría de Bühler, formulada ya en los años treinta, puede verse en la traducción española de Julián Marías de la *Sprachtheorie* (Jena 1934), de la Revista de Occidente (3.ª ed., Madrid 1967). También desde el campo de la psicología ha sido propuesta otra triple función para el lenguaje por Friedricht Kainz, no muy alejada de la que acabamos de resumir, aunque con ligera discrepancia en la terminología para los tres términos de los factores en presencia, lo que no afecta a la esencia del planteamiento. Añade, sí, a estas que llama funciones «primarias» las que denomina «secundarias», donde tienen cabida valores de carácter ético y estético tales como el eufemismo, la grosería, además de otras notas que pertenecen a la esfera del timbre vocálico, por ejemplo, con sus varios matices posibles. Ahora bien, tales cualidades secundarias, muy presentes en el lenguaje en ocasiones, parecen, sin embargo, ajenas a la esencia del habla en cuanto comunicación lingüística, y su vigencia es ocasional y, en algún modo, adventicia, marginal [1]. Más complejo es el cuadro que debemos a Alan Gardiner, quien introduce la distinción que separa la «significación de las palabras» de «las cosas significadas por esas palabras», en lo que no hacía sino reiterar lo ya visto por Ogden y Richards *(The meaning of meaning)* en su reelaboración del signo lingüístico. Pero Gardiner, y es por lo que se le trae aquí, descompone el proceso de comunicación en cuatro aspectos: el que habla, el que escucha, la cosa de que se habla y las palabras pronunciadas. Lógica aplicación consecuente con lo anterior [2].

[1] Véase F. KAINZ, *Einführung in die Sprachpsychologie* (1946).
[2] *Theory of speech and language* (Oxford 1951).

Fundación Juan March (Madrid)

Otra línea de análisis más ceñida a la naturaleza del lenguaje como medio de comunicación nos va a llegar desde el Círculo de Praga y sus secuelas. Por ejemplo, uno de sus fundadores, J. Mukarowsky, ya propuso la función estética como constituyente del hecho lingüístico en una comunicación presentada en 1936 al IV Congreso Internacional de Lingüistas, de Copenhague (publicada en 1938 allí mismo), bajo el título de *La dénomination poétique et la fonction esthétique de la langue*. Por el momento, dejaremos esta función poética, que luego volveremos a encontrar en Roman Jakobson más depurada. Y mientras tanto, para seguir un orden cronológico, ha de prestarse atención a lo aportado por el antropólogo B. Malinovski estudiando lenguas de pueblos primitivos; la que llaman «función fática» en la comunicación oral, simplemente la mera toma de contacto entre emisor y destinatario del mensaje[3]. La verdad es que esta función fática se da en las costumbres de los pueblos más civilizados también; pueden ser desde simples sonidos, que muestran la atención prestada —hum, ya, sí, etc.—por el oyente; las fórmulas de saludo, desposeídas de contenido semántico (¿quién piensa en Dios cuando dice «adiós»?), y hasta conversaciones o fragmentos de conversación que se reducen a vaciedades sin sentido, que algunos escritores han sabido utilizar (A. Reyes, Baroja, Cela, etc.).

Con esto llegamos ya a la más completa teoría para los factores y funciones que intervienen en los actos del lenguaje, la ya anunciada de Jakobson, que sigue teniendo vigencia en términos generales. Me refiero, claro es, a la lección de clausura en la Conference on Style: *Linguistics and Poetics*, pronunciada en la Universidad de Indiana, Bloomington (abril de 1958). Para comodidad reagrupo factores y funciones, ha-

[3] El estudio de Malinovski puede verse en *The meaning of meaning*, o.c., donde figura como *Supplement* I p.315-16. Cito por la 9.ª ed. (London 1953); la 1.ª es de 1923.

Fundación Juan March (Madrid)

ciendo uno de los dos cuadros propuestos allí y escribiendo FACTORES y *funciones* así:

	CONTEXTO: *referencial.*	
EMISOR: *emotiva.*	MENSAJE: *poética.*	RECEPTOR: *conativa.*
	CONTACTO: *fática.*	
	CÓDIGO: *metalingüística.*	

No es ahora mi propósito el analizar y considerar cada una de las funciones y factores, cuya elucidación es de curso corriente, aun cuando no hayan faltado reparos y discusiones, especialmente en cuanto a la función *poética.*

Desde luego, ha de tomarse el término en el sentido que le atribuye Jakobson [4] y, en cada caso, con el relativismo operativo de valencia no exclusiva, sino predominante, de las distintas funciones y factores. Provisionalmente, digamos que el factor MENSAJE y su función *poética* suponen una especial atención a la entidad de aquél en cuanto tal, en su realidad formal. Esta preeminencia pone en primer plano, ocasionalmente, el texto comunicado.

Con esto hemos llegado al punto crítico de nuestra exposición, toda vez que la función lúdica se propone, dentro del factor MENSAJE, no como una subespecie, sino como algo netamente distinto de la función *poética.* Al llegar aquí se deben excusas por aumentar el profuso—y a las veces difuso—vocabulario de la lingüística, bien que se parte de la existen-

[4] La lección de Jakobson se publicó en el libro, editado por THOMAS A. SEBEOK, *Style and language* (M. I. T., 1960); luego fue recogida en trad. francesa, en los *Essais de linguistique générale,* de Jakobson, eds. (Minuit, Paris 1963). Todavía el autor insiste en uno de los aspectos de su ponencia en el artículo más reciente: *O que fazem os poetas com as palavras:* Colóquio 12, março (Lisboa 1973) p.5-9. Una crítica, por ejemplo, en MICHAEL RIFATERRE, *Essais de stylistique générale* (Paris 1971) p.146ss.

Un ingenioso *re-wording* de la conferencia de J. en I. A. RICHARDS, *Functions and factors in Language:* Journal of Literary Semantics I (Mouton, 1972) p.25-40, donde se proponen algunos matices y nueva terminología, aunque aceptando el planteamiento básico.

Fundación Juan March (Madrid)

cia de la cosa, y, por otra parte, acaso así se logre resumir en un término los otros que han sido apuntados, aproximadamente, antes. Pero antes de llegar a nuestra función *lúdica* es necesario ver con algún detalle la *poética* de Jakobson, puesto que es muy cerca de su campo donde va a incidir la nuestra, quedando las restantes funciones mucho más ajenas, salvo la *emotiva,* correspondiente al EMISOR, inexcusable por definición en cualquier acto de habla y comunicación. Para ello no estará de más recordar otro trabajo del mismo Jakobson: *Fundamentals of language* (Mouton, The Hague, 1956), donde expone que en todo signo lingüístico hay dos modos de disposición: 1) *combinación* con otros signos, esto es, formando entidades lingüísticas más complejas; y 2) *selección,* que supone la posibilidad de elegir entre semejantes y dispares, o lo que viene a ser lo mismo, sustituciones entre éstos. Nos encontramos ante las dos posibilidades que se ofrecen en el campo del lenguaje, en terminología también habitual: las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas y su ordenación consiguiente, que se representa en dos ejes, horizontal el primero, vertical el otro, respectivamente. Pues bien, el principio sobre el que basa Jakobson la función *poética* supone que en la tal prima la *combinación*—eje sintagmático—sobre la *selección*—eje paradigmático—, por lo que el MENSAJE en cuanto tal cobra predominancia sobre los restantes factores y hay una función *poética* consiguiente. Bien se entiende que aquí *poética* no debe confundirse con lo que tradicional y convencionalmente ha venido llamándose «poético», si bien la lengua artística que así calificamos no deja de tener su lugar en el factor del MENSAJE. Para Jakobson quedan fuera los criterios de valor estético, y se limita a principios de tipo formal y funcional, como sabemos.

(Incidentalmente, por no ser ésta la ocasión, tengo que disentir cuando Jakobson, tomando un texto de G. M. Hopkins, el gran poeta y jesuita inglés, afirma que la recurrencia en cualquier nivel de lenguaje es lo que caracteriza y distingue

Fundación Juan March (Madrid)

a lo «poético». Creo que no, pues podrían citarse ejemplos de no recurrencia, aunque sea dominante en la historia de la poesía. Pero, sobre todo, no ha tenido en cuenta algo que sí me parece decisivo en poesía, y es la actitud, talante o disposición del autor y lector ante el objeto poético. Largos siglos de cultura han conformado actitudes y modos de hacer y gustar poesía, con las variaciones que se quiera y en muy distintos grados de convencionalización. Pero esto pertenece a una fenomenología del hecho poético, implicada en otros planteamientos. Y todavía en el plano del lenguaje hay una potenciación de la palabra en virtud de un proceso intuitivo, que la dota de una fuerza y sentido muy diferente del usual y práctico.)

Reanudo el hilo interrumpido para venir a la función *poética* y al archifamoso ejemplo tomado por Jakobson para mostrarla en forma realmente convincente, el de la frase propagandística con que los republicanos de U. S. A. animaron la campaña electoral de 1956: *I like Ike* (= ai laik aik). La combinación de sonidos aliterados confiere al mensaje una relevancia *poética,* marcándolo. Claro que la función *conativa* (sobre el receptor) es también muy importante, supuesto que se trata de lograr el mayor efecto en el destinatario, forzando su atención y facilitando su retentiva. Basta repasar las formulaciones de la publicidad comercial al uso para hallar esa función poética, conseguida con repeticiones, aliteraciones, gradaciones y demás recursos en la sintagmática de la expresión.

Ahora bien, entre las funciones *poéticas,* digo en textos así marcados, los hay con muy poca atención para el receptor y también con una casi total carencia de función *referencial,* como si se prescindiera del factor correspondiente del CONTEXTO. Para estos hechos del lenguaje se propone la denominación de función *lúdica,* que vamos a exponer empezando por acotar el sentido que para el caso atribuimos a lo lúdico. (Más adelante veremós si puede hablarse de función lúdica pura, no implicada en la poética.) No se ha de seguir con de-

Fundación Juan March (Madrid)

masiada fidelidad a Huizinga en su hermoso libro *Homo ludens,* donde acaso ha llegado a consecuencias excesivas. La actividad lúdica, y aun la disposición para hacer juego de lo que habitualmente no lo es, constituye una característica humana (no me interesa que los animales jueguen también), y tanto en aquella disposición como en su ejercicio creo que hay notas peculiares y privativas que, si nos han de servir para notar lo lúdico, deberían aparecer siempre que y sólo cuando tal hecho se presente. Cierto que hay una zona, más bien que línea, fronteriza entre juego/no juego, y acaso el campo de ambos se solapa en ocasiones; pero, en busca de la noción de lo lúdico puro, y con las rectificaciones a que haya lugar, pienso que el juego se distingue por el ejercicio de una actividad: *a)* gratuita, sin finalidades segundas; *b)* libremente, sin coacción, aunque no sin ajustarse a reglas, y *c)* como algo fuera de los usos habituales, algo que se entienda como licencia o escape. La sensación placentera que suele acompañar al ejercicio lúdico podemos dejarla entre los fenómenos concomitantes, no esenciales, así como la presencia de espectadores, el estímulo de la competición o del propio perfeccionamiento. Por ahora no nos interesan las implicaciones psicológicas o socioculturales.

Viniendo ya a la observación del lenguaje en sus funciones *lúdicas,* tomaremos las cosas desde los ejemplos más antiguos de que encuentro testimonio. Y bien se advierte que, dada la naturaleza de estos hechos de lenguaje, han accedido tarde a la lengua escrita y muchos, sin duda, no se han conservado. En el *Cancionero musical español del siglo* XV *y* XVI [5] encontramos estribillos de canciones populares en que la letra o parte de ella es algo sin sentido, puro gesto fónico, adrede por supuesto. Así, «La zorrilla con el gallo / zangorromango» (n.442, *o.c.*). No es necesario subrayar la arbitrariedad y la no significación de la última palabra, ejemplo de invención

[5] Utilizo la edición moderna (Buenos Aires 1945), que reproduce la primera, dispuesta por F. A. Barbieri.

Fundación Juan March (Madrid)

lúdica. Verdad es que entra en rima con *gallo* y que la invención no es tan arbitraria que no se ajuste a un efecto de eco interno *(angо... ango)*, con lo que podría ser adscrita a la función *poética* de Jakobson, salvo que la ausencia de función *referencial* pide un apartado privativo, el *lúdico*. Ya no me parecen tan convincentes para autorizar nuestra función los casos en que la lengua se musicaliza, como en «Dindirín, dindirín, dindirín; daña, dindirín, din» (n.445, *o.c.*). En este y otros casos que podría citar en el mismo *Cancionero* (o el verso de Guillén «La ra ri ra») hay o bien imitación del sonido de un instrumento músico, o bien se «tararea» o «lalalea» una melodía, y son más bien onomatopeyas, algo no lingüístico propiamente [6]. Dejando el fértil campo de la canción popular tanto en cancioneros como en el teatro del Siglo de Oro, si nos acercamos al gran lexicógrafo Gonzalo de Correas, hemos de encontrar en su *Vocabulario*, de 1627 (que citaré por la ed. de Madrid, 1924, no invalidada por la de Combet, Bordeaux 1967), variada muestra de lo que buscamos y hasta un atisbo teórico de explicación. Para dos frases—«Teresa triquitesa, pon la mesa» y «tinajita de zombodombón»—acude a que, en el primero, *triquitesa* «es palabra de énfasis», y para el segundo, «es palabra enfática, hecho al sonido». Lo de énfasis—voz muy en uso según Covarrubias en su *Tesoro*—puede valer tanto como «ponderación», y quizá más como expresión expletiva, horra de sentido y forjada por y para el oído. En ambos casos hay aliteración, ecos y rima, lo que nos sitúa, una vez más, en el factor del MENSAJE, ya que no en la función *poética*. Correas inserta muchos más ejemplos de estas expresiones arbitrarias: «Zanquil y mandil y la val de Andorra»; «a la noche, chichirronoche»; «guilindón, quilindón: quien no tiene posada, que busque mesón»; «rividijábalas el pastor con el rividijón» (que es cuento de veladas); «salsa de almodrote no es buena colación; tibirirranrrán, tibiribirranrón»;

[6] Véase EMILIO ALARCOS LLORACH, *Fonología expresiva y poesía:* Archivum 11 (1950) p.179ss.

Fundación Juan March (Madrid)

o lo que «buscando algo, dicen los muchachos: 'Zurro, zurro. Quien lo hallare, que sea suyo'». Luego ensaya otra denominación, ya no énfasis; lo que llama «palabras de modillo»: «Ñafe, ñafe, ñafete; ñifi, ñafe, chape, chape». De estas frases, unas son dichos infantiles, del folklore; otras, también populares, parecen estribillos cantados, y puede notarse una gradación desde el expresionismo sonoro puro hasta una cierta acomodación a esquemas morfológicos normales, que reduce el campo de la creación arbitraria. Quevedo, tan buen conocedor y gustador del lenguaje en todos sus niveles, en la sátira contra Pérez de Montalbán, *Perinola* (1632) recoge expresiones como: «burrungóngoros, móngorros, chóngorros» y «tórligos, mórligos, chinchirrimallos, turigurigallos».

Como suele ocurrir, poetas cultos han beneficiado este recurso tomado de lo popular, como el «noche que noche nochera», de García Lorca, acaso estimulado por el «luna lunera», del sabido cantar infantil. Frente a efectos de juego sonoro más original, como en la salida funambulesca de una de las *Claves* (la 18) de Valle-Inclán:

> «Se apagó el fuego de mi cachimba
> y no consigo ver una letra;
> mientras enciendo—taramba y timba,
> timba y taramba—, pongo un etcétera».

Estamos ante lo que se ha llamado efectos «encantatorios» de la poesía, sea popular o culta [7] y documentable en toda lengua, como en el *limerick* inglés: «nonsense verse set out in a facetious jingle»; o la *fatraserie* gala: «jargon inintelligible», por no citar más. Y en ambas literaturas nos encontraremos con los juegos de la escuela Dadá («la pensée se fait dans la bouche»), que busca «une communication authéntique»,

[7] CARMEN BRAVO-VILASANTE, *Historia de la literatura infantil española* (Doncel, Madrid 1972) *passim;* y RAMÓN SOLÍS, *Coros y chirigotas. El Carnaval en Cádiz* (Taurus, Madrid 1966), donde se encontrarán numerosos ejemplos de juego verbal.

Fundación Juan March (Madrid)

una manera de transmitir directamente estados emocionales y vivencias preintelectuales sin acudir a la comunicación verbal plena. Creo que Wilbur Urban Marshall pensaba en esto cuando habla de la «intelligible communication», obtenida por actos de lengua que transmiten un saber o estado mental, frente a la «behavioural communication», que dice de un cierto comportamiento o de un estado emocional [8]. Esta clase de comunicación conviene a la función *lúdica* del lenguaje que venimos proponiendo.

Otro es el caso, a mi juicio, de la manipulación del lenguaje en James Joyce, ya desde su primera novela, y singularmente en *Finnegans Wake,* o en la *singerie* de Quéneau en *Une traduction Joycien* (en Bâtons, Chiffres et Lettres [Gallimard, Paris 1965], p.139ss). La libertad con que se asocian, descoyuntan y recrean palabras incluso de otros idiomas, hacen del MENSAJE campo de juego variadísimo. Pero la prosa de Joyce es un *finisterrae* literario hasta hoy no sobrepasado. Además habría de tenerse en cuenta, y no sólo en Joyce por supuesto, los efectos lúdicos conseguidos por parodias de estilos «a la manera de». (Véase la reciente novela de Palomino, donde se hace un alarde imitando a varios novelistas contemporáneos.) Con alcance un tanto esotérico, Gonzalo Torrente-Ballester ha ilustrado su novela *La fuga-saga de J. B.* con algunos poemas en fárfara lúdica, como la *Balada periódica mixta de los amores del tornillo y la tuerca:*

> «Mátira coscoralátura cal
> Torcarilete, Turpolireta
> Lámbita múrcula sexjula nam,
> Turpolirete dindele mu gay», etc.

Entre los escritores hispanoamericanos ha tenido singular fortuna el gusto por la creación de una lengua llena de efectos

[8] Véase *Langage and reality* (London 1951) ch.6. Hay trad. esp. en FCE (México). También suscribe esta distinción ADAM SCHAFF, *Introduction à la sémantique* (Paris 1960) p.112ss.

Fundación Juan March (Madrid)

lúdicos; así en Cabrera Infante *(Tres tristes tigres)*, Fernando del Paso *(José Trigo)* o Carpentier *(Ecué yamba ó)*, por el que llegamos a la poesía negra de lengua española, basada en ritmos de baile y con una fonética peculiar (nasales y guturales). Ya se sabe que esta deformación fonética aparece en la Península a finales del xv (Reinosa), y fue luego cultivada por poetas como Góngora y Lope de Vega o sor Juana Inés de la Cruz en América, donde modernamente tiene un extraordinario cultivo tanto en nuestro idioma como en francés, inglés y portugués. Es el ritmo y la imitación de timbres instrumentales lo que dispara la creación de palabras sin contenido, o apenas. No vale la pena citar algo tan conocido, aunque conviene para nuestra tesis de las funciones lúdicas [9].

Ahora podemos llegarnos a la colección más abundante y variada de ejemplos nunca reunida en orden a la ilustración, ya que no defensa, de juegos sonoros lingüísticos; claro es que me refiero a los escritos de Alfonso Reyes, desde 1929, reelaborados y ampliados en el que creo definitivo, *Las jitanjáforas* (citaré por la ed. en *La experiencia literaria* [Losada, Buenos Aires 1942], 193-245).

Sencillamente, con esa palabra *jitanjáfora* designa Reyes todos aquellos hechos de lengua en que domina el puro valor del sonido, desde los signos orales que no llegan a constituir palabra, pasando por las interjecciones, onomatopeyas, nanas, glosolalias, fórmulas mágicas, canciones populares, disparates, etcétera. Quizá demasiado exuberante ejemplificación, fruto de su mucha lectura y buen saber. Lo curioso es cómo tomó la definición en la palabra *jitanjáfora,* que oyó a la niña de unos amigos recitando de propia minerva:

> «Filliflama alabe cundre
> ala olalúmena alífera
> alveolea jitanjáfora
> liris salumba salífera»;

[9] Véase, entre otras, la antología *Mapa de la poesía negra americana,* presentada por el poeta Emilio Ballagas (Losada, Buenos Aires 1946).

Fundación Juan March (Madrid)

y, «escogiendo la palabra más fragante de aquel racimo, dio desde entonces... el término a todo este género de poema o fórmula verbal. Todos, a sabiendas o no, llevamos una jitanjáfora escondida como una alondra en el pecho» [10]. Pero creo que podemos descargar nuestra función *lúdica* de vecinos, que terminarían por desdibujarla, aunque no dejemos de reconocer el parentesco próximo. En el lenguaje infantil, por ejemplo, no me interesa acoger el balbuceo, lo que supone inhabilidad en la fonación; sino el deliberado juego deformante de voces cuya pronunciación se sabe y domina para jugar con el trastueque. Como no me sirven las glosolalias patológicas de los adultos, y sí las creaciones caprichosas de vocablos sin sentido definido, aunque acomodados a la fonología de la lengua. Supongo que todos tenemos experiencia de esa debilidad lúdica ocasional.

Encuentro algo más próximo a lo que he estado intentando definir en Ivan Fónagy [11], quien nota cómo los sonidos, independientemente de las exigencias de la comunicación, están hondamente arraigados en la fase más temprana del desarrollo mental y verbal, «in babbling, which is entirely dominated by principles of pleasure and repetition». Esta raíz psicológica—y hasta cierto punto fisiológica—no afecta a lo buscado y sí a lo que ocurre en estados más avanzados que en el del aprendizaje, en el que «the need for communication is not or only barely, felt». Acaso sea un residuo de la mentalidad y espíritu infantiles esa tendencia a operar con los sonidos, jugando, ya de mayores, con los sonidos libremente, sin finalidad segunda y como en uso de una licencia que nos concedemos entre las ocupaciones serias de la vida. La mayor parte

[10] El término ha tenido fortuna. No consta en la última edición del *Diccionario de la Real Academia,* aunque tiene papeletas en el fichero para el *Diccionario histórico* de la Española. Una, de un texto del escritor cubano F. Ortiz; la otra, de Cortázar en *Rayuela,* donde el autor atribuye a su personaje Oliveira una jitanjáfora.

[11] En el artículo *The Function of vocal Style,* apud *Literary style: A Symposium,* ed. by Seymour Chatman (Oxford, Univ. Press, 1971) p.159-76.

Fundación Juan March (Madrid)

de los ejemplos mostrados— y de los pensados, que son muchísimos más—no dejan de tener una de las características señaladas por Jakobson para la función *poética,* la recurrencia, singularmente de elementos sonoros; pero, insisto, la función *referencial* está ausente, o casi, y no por azar. De otra parte, hay no pocos casos en que falta el fenómeno de repetición, y la arbitrariedad del signo es total. Ambos tipos de hechos lingüísticos caben, por exclusión y por inclusión, dentro de la función *lúdica* que se postula, aunque con ello se rompa la equilibrada simetría del cuadro propuesto por Jakobson.

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
DE «DOCE ENSAYOS SOBRE EL LENGUAJE»
EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1974 EN LOS TA-
LLERES DE LA IMPRENTA SÁEZ, HIERBA-
BUENA, 1, MADRID

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

Fundación Juan March (Madrid)

Estadística matemática y Control de Calidad, de D. Vicente Martín Valero.

La Revolución Islámica, de D. Ignacio Olagüe Videla.

COLECCION ENCUENTROS

Planificación cerebral del hombre futuro, de D. José Manuel Rodríguez Delgado, D. Alfonso Alvarez-Bolado, D. José Gómez Caffarena, D. Francisco González Sastre, D. Luis González Seara, D. José Luis Pinillos Díaz.

COLECCION ENSAYOS

Once Ensayos sobre la Ciencia, de los profesores: Benzo, Caro Baroja, Cencillo, Díez Nicolás, Fernández Carvajal, Garigue, Jiménez-Blanco, Laín Entralgo, Linz, Rafael Morales y Rof Carballo.

Fundación Juan March (Madrid)